

 HARLEQUIN™
The background of the cover is a black and white photograph of a couple in a close embrace. The woman's arm is wrapped around the man's neck, and her hand is resting on his shoulder. The lighting is dramatic, highlighting the contours of their bodies against a dark background.

INTENSE

JUEGO DE
PASIÓN
NICOLA MARSH

INTENSE

JUEGO DE
PASIÓN

NICOLA MARSH



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2018 Nicola Marsh

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Juego de pasión, n.º 15 - abril 2019

Título original: Play Thing

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-784-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Para las mujeres fuertes y empoderadas
que personifican a las protagonistas
que me gusta crear.
Ten presente lo que quieres
y lucha por conseguirlo.
Sé osada. Sé valiente. Sé fiel a ti misma.*

Capítulo 1

Charlotte esperó a que el jefe odioso colgara para golpear el teléfono y sacarle la lengua. Infantil, sí, pero después de hacerlo se sintió mejor.

Miró el teléfono de hito en hito, deseando que se desintegrara para no tener que volver a hablar con aquel hombre. No serviría de mucho, pues su bandeja de entrada estaba también llena de emails del señor Alexander Bronson, gilipollas integral.

Era un hombre exigente, arrogante y obviamente estaba en el mundo para hacerle la vida imposible.

Un pitido avisó de la llegada de otro email. En la línea del asunto ponía: «Una última cosa». La joven abrió el correo con un suspiro. Y dejó de respirar.

Charlie, he olvidado mencionar que mañana llegaré a la oficina de Sidney para poner en práctica mis ideas de redistribución de los empleados. Estoy deseando conocerte por fin.

No firmaba ni se despedía. No hacía falta. Los seres superiores de otros planetas estaban por encima de los simples mortales.

Alexander Bronson estaría al día siguiente allí en carne y hueso. Torturándola. Atormentándola. Burlándose de ella.

«Charlie». Nadie la llamaba así. Lo odiaba y se lo había dicho. Con lo que había conseguido que nunca la llamara de otro modo. Nada de señorita Baxter, no. El director ejecutivo de incontables empresas de contabilidad de Australia, el lumbrera que tomaba empresas en crisis y les daba la vuelta, jugaba a ser campechano para ganarse amigos e influir en pobres contables como ella.

Lo malo era que, aunque su jefe era exigente y esperaba perfección, ella no podía evitar admirar su ética de trabajo. Lo respetaba por eso y se identificaba con su trabajo duro. Era lo único que ella tenía en su deslucida vida. Lo cual hacía que resultara aún más irritante que una pequeña parte de ella esperara impaciente sus llamadas diarias y sus desesperantes coqueteos.

¿Se podía ser más patética? El punto álgido de su día era hablar con un jefe chulo que parecía empeñado en arrancarle alguna respuesta a base de vacilar con ella.

Sonó el teléfono y miró la pantallita. Dudó antes de contestar. Adoraba a su tía Dee, pero ese día no podía lidiar con peticiones extravagantes. Tenía que prepararse para su encuentro inminente con el encantador señor Bronson.

Su conciencia de chica buena hizo que se riñera y respondió al teléfono.

—Hola, tía. Estoy trabajando y no puedo hablar mucho...

—Querida niña, sé que estás trabajando —su tía sonaba sin aliento, como si subiera escaleras corriendo. Algo improbable, teniendo en cuenta que para Dee el ejercicio era un invento del diablo—. Pero necesito tu ayuda y es urgente.

Dee la había criado porque sus excéntricos padres preferían recorrer el mundo en busca de otro pueblo necesitado de educación. Dee casi nunca pedía favores y el hecho de que necesitara ayuda podía implicar que se trataba de algo serio.

—De acuerdo, dime qué necesitas. ¿Va todo bien?

Dee inhaló profundamente.

—La verdad es que no. Mi amiga Queenie se ha caído y se ha roto la cadera. Está sola y no tiene a nadie que cuide de sus animales, así que tengo que ir a Byron Bay ahora. Pero el dueño del edificio donde guardo los productos de mi negocio viene estar tarde a inspeccionar y tengo que vaciar el espacio de alquiler.

A Charlotte le dio un vuelco el corazón. El día iba de mal en peor. Revisar los «productos» morbosos que vendía su tía por internet no era una de sus actividades favoritas. Su tía le había pedido ayuda en más de una ocasión para guardar pedidos en sobres y la joven se sonrojaba solo de pensar en algunos de los aparatos que usaba la gente en su vida sexual.

—¿Quieres que lo empaquete todo y lo guarde en casa? —preguntó.

Dee suspiró aliviada.

—¿Podrías hacerlo? Así yo iría a casa de Queenie hoy en vez de mañana.

Me necesita urgentemente.

La niña interior de Charlotte quería decir que ella también la necesitaba, pero eso era egoísta e incierto. Había aprendido desde muy joven a no depender de nadie. Valoraba su independencia, la llevaba como una medalla. Excepto porque últimamente sus mejores amigas, Abby y Mak, habían encontrado unas parejas fantásticas y ella se preguntaba si valoraba tanto estar sola porque no tenía más remedio.

Intentó sacudirse de encima la melancolía y dijo:

—Déjalo de mi cuenta.

—Eres mi salvavidas, Charlotte —Dee hizo ruiditos de besos—. No sé cuánto tiempo estaré fuera, puede que algunas semanas. Te avisaré.

—Está bien... —contestó la joven. Pero su tía había colgado ya y a ella no le quedaba más remedio que afrontar lo inevitable.

Una tarde empaquetando vibradores, pinzas para los pezones y ropa interior comestible.

¡Hurra!

Hacia un año que Alexander Bronson no iba a Sídney y, cuando atravesaba Harbour Bridge, no pudo evitar mirar el Opera House a su izquierda y recordar la primera vez que había estado allí. La primera vez que había tenido la sensación de que por fin se había librado de las cadenas de su pasado.

Sídney tenía una vibración única, muy alejada de la niñez claustrofóbica que había vivido en el campo en Nueva Gales del Sur. Era la ciudad donde había estudiado, donde había lanzado su carrera, donde se había esforzado para que nunca tuviera que acabar como su padre.

Deseaba ir a su hogar no oficial, un hotel boutique en el Central Business District, pero primero tenía que pasar por su última propiedad de ese día, un almacén en las afueras de los ostentosos suburbios del este. Ya había pasado por Manly, Mosman y Balmoral Beach para comprobar que sus inversiones marchaban bien. Ese último almacén tenía que quedar vacío lo antes posible porque al día siguiente llegaría un inquilino nuevo y el encargado le había dicho que había algún tipo de demora.

No soportaba bien la incompetencia. Le gustaba el orden en todos los aspectos de la vida. Por eso quería arreglar esa complicación antes de que acabara el día y dedicar el día siguiente a los cambios en The Number

Makers.

«Hacedores de números», un nombre extraño para una empresa de contabilidad. Aunque, por otra parte, teniendo en cuenta el desastre que había hecho el primer dueño con la empresa, no tenía nada de sorprendente. ¡Menos mal que había empleadas como Charlotte Baxter! Trabajar a distancia podía ser duro, pero ella había hecho que todo resultara más fácil de lo esperado. Alexander admiraba su ética del trabajo y el modo en que lo cuestionaba y proponía soluciones a problemas que él no había anticipado.

También le gustaba que sacara lo peor de él.

Parecía tan remilgada y correcta, tan dispuesta a censurar, que él no podía evitar provocarla.

No debería sacar conclusiones, pero conocía a las mujeres como ella. Vestuario conservador, puntos de vista conservadores y vida conservadora. Probablemente tendría un esposo igual de reservado, hijos bien educados y haría calceta en la hora del almuerzo. Aunque lo cierto que era que Alex sabía que estaba soltera porque había investigado un poco a su empleada estrella.

La había llamado intencionadamente Charlie en su primera llamada y ella no había vacilado en reñirle por ello, con lo que había conseguido que nunca la llamara de otro modo. Porque en sus reprimendas y réplicas había un toque subyacente de juego, como si quisiera soltarse la melena pero no supiera cómo.

Alexander no era el hombre para ayudarla con eso, pero si podía hacer más agradable el entorno de trabajo, estupendo. Ya había vivido bastante en entornos lúgubres y asfixiantes y, siempre que podía, procuraba potenciar todo lo contrario en todos los aspectos de su vida.

Sí, estaba deseando conocer a la mujer que había suavizado su entrada en la empresa. Tenía grandes planes para ella. Planes directivos. Porque The Number Makers tenía que volver a dar beneficios, y eso implicaba emplear a personal cualificado. Gente como su introvertida Charlie.

Se moría de ganas de conocerla.

Capítulo 2

Charlotte entró en el espacio que alquilaba su tía en un almacén cavernoso y de inmediato deseó haberse negado a ayudarla.

No era una puritana, pero ver las pruebas de lo mucho que se divertían otras personas en su vida sexual siempre le hacía sentir que le faltaba algo.

El negocio *online* de su tía, Delicias de Dee, comerciaba con todo tipo de objetos relacionados con la sexualidad. Desde vibradores y preservativos a abalorios para ropa fetichista. Y a juzgar por el fastuoso estilo de vida que disfrutaba su tía, tenía muchos clientes.

Dee le había hablado de su negocio cuando Charlotte cumplió los dieciocho años. La joven, que al principio se había sentido mortificada incluso porque su tía supiera lo que era un anillo para el pene, había optado por ignorar a conciencia todo lo relacionado con aquel trabajo. Pero ya con veinticinco años y sin haber tenido ninguna relación larga, se preguntaba si verse obligada a ocuparse de aquello no sería el modo que tenía el universo de decirle que despertara de una vez.

Por suerte, los objetos más obscenos seguían en cajas, con lo que solo tenía que guardar los vibradores, las esposas y la lencería. Había pedido un servicio de mensajería para las seis de la tarde, lo que implicaba que tenía tres horas para llenar todas las cajas y cerrarlas.

Levantó con una mueca unas esposas con funda de peluche de color fucsia cuando divisó un espejo de cuerpo entero en la parte interior de la puerta medio abierta de un armario. Probablemente un resto del inquilino anterior, no quería ni podía imaginarse a su tía probándose la mercancía, pero en cuanto la idea de probarse cosas penetró en su mente, ya no pudo expulsarla.

Miró la lencería. Una camisola turquesa revestida de encaje. Un body morado. Un corsé de aspecto mojado. Medias rosas pálido. Sujetador y tanga

negros de cuero falso.

Tomó el sujetador y lo alzó. Se sonrojó. ¿Cambiaría su vida tranquila si se ponía cosas así? Nadie lo vería, pero quizá le diera más confianza para cambiar un poco las cosas. Y ella quería. Lo anhelaba con todas las células de su cuerpo solitario.

Mak, su compañera de apartamento, se había ido a Nueva York la semana anterior con Hudson, su encantador novio, con lo que Charlotte se había quedado más sola que nunca. Raramente salía con chicos, no iba a discotecas y prefería leer a intercambiar mensajes picantes. En las raras ocasiones en las que se arriesgaba a meter los pies en la piscina de las citas, optaba por chicos aburridos como ella. Porque, en última instancia, ese era el tipo de hombre con el que se veía casándose, teniendo hijos y construyendo el tipo de vida que nunca había tenido. Una vida segura y feliz, con un hogar en el que envejecer, rodeada de una familia propia.

Había encontrado la casa, pero no tenía mucha suerte con el hombre.

Antes de que tuviera tiempo de arrepentirse, se quitó la goma de la coleta y se pasó los dedos por el pelo. Se quitó las gafas y los zapatos planos, se desabrochó la camisa blanca y se bajó la cremallera de la falda de tubo gris. El almacén resultaba algo frío, lo que le puso carne de gallina cuando se quitó la ropa interior de algodón. O quizá la carne de gallina tuviera más que ver con la sensación de travesura con que se puso el tanga y se colocó el corsé con un cuello de encaje desmontable.

Cuando terminó de cerrar el último corchete, respiró hondo y se acercó al armario. Abrió más la puerta, se miró al espejo y lanzó un grito entrecortado.

Su imagen no la sorprendió tanto como ver a un hombre alto y muy atractivo, vestido de traje, que la miraba con obvia satisfacción.

—¿Quién demonios es usted y qué hace aquí? —Se volvió, cubriéndose el pubis, aunque no estaba a la vista.

—Yo podría preguntar lo mismo —contestó el atractivo desconocido. Entró en la habitación y cerró la puerta.

¡Oh, oh!

Estar sola en un almacén vacío con ropa sexy y un hombre no era nada bueno, por muy atractivo que fuera. Charlotte tenía más sentido común que todo eso. La culpa era de una impulsividad estúpida, provocada al darse cuenta de que su vida estaba tan vacía, que esperaba con impaciencia las llamadas diarias de su irritante jefe.

Había querido desmelenarse solo por un momento. Sentir lo que sentían otras mujeres llevando ropa interior como aquella.

—¡Váyase! —gritó. Se movió hacia su ropa. El miedo hacía que el corazón le golpeará con fuerza en los oídos.

—Soy el propietario de esto, así que no me voy a ir —él miró con curiosidad la mesa, donde había vibradores y otros objetos—. Usted, sin embargo, sí tiene que decirme qué hace aquí y por qué ha convertido mi almacén en un *sex shop*.

El tono condescendiente de él le resultaba vagamente familiar a Charlotte, quien confió en que no fuera un cliente al que le hiciera las declaraciones de impuestos.

—No diga tonterías, esto no es un *sex shop*. Mi tía alquila este espacio para su negocio por internet y me ha pedido que lo empaquete todo porque llega un inquilino nuevo mañana —señaló la mercancía y se dio cuenta de que había mostrado más de su cuerpo al ver un brillo de interés en los ojos de él—. Así que, si me deja trabajar, estaré fuera de aquí en unas horas.

—¡Vaya! Es una buena sobrina —comentó él. La miró los dedos de los pies y fue subiendo con la vista hacia arriba despacio, en una inspección lenta que hizo que a ella se le endurecieran los pezones.

La reacción de su cuerpo la sorprendió. Jamás había reaccionado así con ningún hombre, y mucho menos ante un desconocido. Leía ese tipo de cosas en las novelas románticas que devoraba por docenas. La mujer tímida que se sentía instantáneamente atraída por el hombre mandón. Era un juego de seducción con el que fantaseaba, pero sabía que nunca le ocurriría a ella. Por algo se decía que esas novelas eran ficción.

Sin embargo, allí estaba, delante de un hombre al que no conocía, dejándose mirar y disfrutándolo.

Cuando la mirada de él llegó a su rostro y sus ojos se encontraron, lo que vio hizo que se le doblaran las rodillas. Deseo. Pasión. Lujuria. El tipo de lujuria que no había visto nunca en ojos de un hombre al mirarla.

—¿Y probarse toda la ropa es parte de la ayuda?

Su deseo evidente la confundía y cuando sonrió con la suficiencia de alguien que sabía perfectamente el efecto que tenía sobre ella, Charlotte tomó la decisión impulsiva de vengarse. Tal vez fuera inexperta e ingenua en sus tratos con los hombres, pero eso no significaba que pudiera jugar con ella.

—Mis corsés y sujetadores ya son viejos y he pensado en sustituirlos —la

descarada mentira la hizo sonrojarse, pero ya había empezado y no podía parar—. Es un trabajo duro ponerse tan guapa para los hombres de Sídney, pero alguien tiene que hacerlo.

Él soltó una carcajada, un sonido profundo que le llegó a ella al pecho y llenó el hueco solitario que residía allí.

—¿Eso me incluye a mí, teniendo en cuenta que soy un hombre y estoy en Sídney?

Charlotte nunca había jugado así con ningún hombre. Ella no coqueteaba y no provocaba grandes pasiones en ellos. Pero algo en aquel desconocido hacía que sintiera que podía hacer ambas cosas.

—¿Por qué? ¿Crees que estoy guapa? —puso los brazos en jarras en un gesto de invitación descarada para que volviera a mirarla de arriba abajo y se preguntó qué poderes mágicos tendría la lencería para volverla tan atrevida.

—Tesoro, no tienes ni idea —contestó él.

Avanzó hacia ella y a Charlotte la abandonó el valor. Se dirigió hacia la mesa, pues quería tener su teléfono móvil al alcance de la mano. Pero como la eterna torpe que era, tropezó y se habría caído si él no hubiera llegado a su lado en un segundo. Sus manos fuertes la enderezaron y le hicieron anhelar cosas que no tenía derecho a ansiar.

De cerca era todavía más atractivo. Cabello moreno y ondulado, ojos azules del color del mar en la playa de Bondi en un día claro, mandíbula cincelada cubierta con un amago de barba, cuya perfección alteraba una pequeña cicatriz en un lado de la barbilla. Y cuando volvió a sonreír... ¡Caray!, esa sonrisa le llegó desde el pecho hasta los pies y algunos lugares intermedios.

Carraspeó, en un esfuerzo por sentirse ultrajada porque la sostuviera un desconocido cuando iba vestida como una bailarina de estripiés.

—Suéltame —dijo.

Pero la orden sonó suave e incierta, y solo sirvió para que él siguiera sonriendo, divertido.

—¿Quieres que lo haga? —preguntó.

Enarcó una ceja, retándola a negar la energía invisible que zigzagueaba entre los dos.

Charlotte no podía explicarse aquello. Ella no se acostaba con desconocidos. Podía contar las veces que se había acostado con alguien con los dedos de una mano y el sexo no había sido nada del otro mundo. No creía en la atracción instantánea ni en las aventuras de una noche. Ni en tener sexo

de pie con un desconocido sexy en un almacén.

Ella no era así.

¿Pero podía serlo?

Por un momento se preguntó de dónde había salido aquella voz. Su conciencia no la alentaba a ser atrevida, sino más bien lo contrario.

¿Y a dónde la había llevado eso? A estar sola anhelando una relación.

¿Y si hiciera algo tan poco característicos de ella que jamás pudiera volver a ser la persona de antes? ¿Le daría eso el comienzo que necesitaba para construirse la vida que quería tener en vez de esperar a que le llegara esa vida?

—No te conozco. Esto no se me da bien y yo no suelo hacer esto con desconocidos...

Él la besó. Sus labios eran autoritarios y su virtuosismo más que evidente en el modo en que ejercía la cantidad exacta de presión. Ni fuerte ni suave.

Para ella, un beso era un encajar de labios y algo de lengua, todo un poco liso y nada para volverse loca.

Pero lo que podía hacer aquel hombre con la lengua... En el momento en el que invadió su boca y le tocó la lengua, Charlotte dejó de pensar. No podía respirar. No podía hacer otra cosa que no fuera agarrarse a sus solapas y apretarse contra él, desesperada por su contacto.

El ataque implacable a sus labios la hacía temblar de anhelo. Él cambió la presión, le mordisqueó el labio inferior con tanta fuerza que bordeó el dolor y luego lo calmó, pasándole la lengua con movimientos seductores.

Un pensamiento furtivo atravesó la niebla de pasión de ella. ¿Una mujer podía tener un orgasmo con un beso? Porque a ella le palpitaba todo de tal modo, que aquello tenía que ser científicamente posible.

Le deslizó los dedos por el pelo, le rozó el cuero cabelludo y ella gimió al sentir el cosquilleo que le provocaba eso. Él se lo tomó como una señal alentadora. La volvió y la tumbó sobre la mesa. Charlotte soltó un respingo al sentir el plástico frío en el trasero desnudo y él interrumpió el beso para mirarla con ojos muy abiertos.

—Yo no hago esto —dijo—. Sexo con una desconocida.

—Yo tampoco —repuso ella, sin aliento y con voz ronca. Deseaba que él no hubiera parado. Deseaba tener agallas para expresar con palabras lo mucho que quería que continuara.

La miró con deseo, retándola a seguir con lo que habían empezado.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó.

Él le ofrecía una salida.

Charlotte debería aceptarla.

Toda su vida giraba en torno a decisiones racionales y bien ponderadas. Sopesaba los hechos y tomaba decisiones seguras.

¿Y a dónde la había llevado eso?

Estaba sola y no le gustaba. Vivía el sexo indirectamente, a través de novelas románticas eróticas, ansiando algo escurridizo que alterara su vida, algo como aquel interludio loco y excitante que diera un impulso a su autoestima y le asegurara que podía intentar buscar al hombre perfecto.

Miró los ojos increíblemente azules de aquel hombre y se preguntó si el karma no le habría llevado justo lo que necesitaba.

Sentía la garganta oprimida, pero tenía que hablar, tenía que correr un riesgo por una vez.

—Quiero hacer esto —dijo.

Sin dar tiempo a que interviniera su sentido común, le puso las manos en los abdominales. Lo bastante abajo para que el gesto resultara sugerente y lo bastante arriba para que él pudiera acabar aquello si quería y alejarse.

El hombre soltó un gemido que hizo que a Charlotte se le erizara el vello de los brazos. Él le separó las rodillas, se colocó entre ellas, deslizó la mano bajo su trasero y la atrajo hacia sí.

Charlotte soltó un grito entrecortado cuando el pene de él, duro e insistente, empujó su cuerpo mientras le palmeaba los pechos con las manos. Un gemido suave llenó el aire y, a través de la niebla de deseo, la joven se dio cuenta de que había brotado de ella.

Lo abrazó con las piernas y él respondió rozando los pezones entre los pulgares y los índices y volviéndola un poco loca. Se retorció contra él, buscando más. Tiró de los pezones, lo cual le provocó un chisporroteo a ella en el núcleo.

Si la caricia resultaba tan buena con el estúpido cuero falso como barrera, ¿cómo sería estando desnuda? Quería descubrirlo, pero él tenía otras ideas.

—Túmbate —dijo. Le colocó una mano entre los pechos y empujó suavemente—. Apóyate en los codos para que pueda verte.

Los chicos con los que había estado Charlotte no daban órdenes. Hacían lo básico sin decir palabra.

Le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Le gustaba el brillo en los

ojos de él cuando hacía lo que le decía. Se echó hacia atrás hasta apoyarse en los codos, aunque la duda la hizo estremecerse cuando él metió los pulgares debajo del elástico del tanga. Tiró con gentileza y lo bajó, dejándola desnuda y vulnerable.

Nunca se había sentido tan desprotegida, pero la protesta murió en sus labios cuando él la miró a los ojos al tiempo que deslizaba un dedo en su interior.

La miraba con reverencia, como si le hubiera hecho un gran regalo, y el asomo de preocupación de ella desapareció bajo sus caricias.

Él deslizó otro dedo en su interior, que empezó a introducir y a sacar rítmicamente mientras trazaba círculos con el pulgar en el clítoris. Círculos lentos y regulares. La volvía loca con las caricias y con la mirada. Una mirada inflexible, seguro de su habilidad para darle placer. Una mirada que la veía, la veía de verdad.

—Eres preciosa —murmuró él con una voz que era apenas un gruñido. Y ella apretó los dientes para no gemir en voz alta con el incremento del placer. Tensó los músculos y empezó a perder el control. Dejó la mente en blanco hasta que solo fue capaz de concentrarse en él, en sus caricias, sus dedos y su mirada.

El orgasmo llegó tan fuerte y tan inesperado que la dejó descontrolada. No pudo contenerse y lanzó un grito de triunfo.

Suponía que se avergonzaría en cuanto su cuerpo dejara de vibrar. Pero lo único que ocurrió fue que sintió un anhelo implacable de repetirlo todo.

—Gracias —murmuró. Y su voz le sonó extrañamente formal.

—De nada —la sonrisa de él se amplió y se desabrochó la cremallera—. Si quieres, hay más como ese.

Charlotte abrió mucho la boca. Había oído hablar de los supuestos orgasmos internos, pero había creído que pertenecían al ámbito de la fantasía, como los unicornios y las hadas.

Al parecer, su hombre misterioso creía en todas las cosas místicas, y ella observó fascinada cómo se quitaba los pantalones y se los bajaba junto con los calzoncillos.

Y dejaba claramente a la vista la razón por la que se mostraba tan seguro de sí.

«¡Guau!».

Aunque Charlotte no había visto muchos penes empalmados, los que había

visto hacían que aquel pareciera un gigante en comparación. Con una cabeza traviesa.

Sonrió para sí y él enarcó una ceja.

—No es un buen augurio que me mires y tengas ganas de reír —dijo.

Sentido del humor y una polla enorme. A Charlotte le había tocado el gordo.

—Estoy fuera de mi zona de confort —dijo—. ¿No puedes darme un respiro?

—Creía que ya lo había hecho —él le guiñó un ojo y ella se echó a reír, sorprendida de lo fácil que parecía todo aquello.

Las otras pocas veces que se había acostado con alguien habían sido incómodas, sin bromas. Le gustaba aquello, le gustaba sentirse como una diosa lasciva despatarrada delante de un dios del sexo.

—Esto es una locura. Lo sabes, ¿verdad? —preguntó.

Él asintió. Sacó un preservativo de la cartera y se lo puso con una destreza que indicaba que lo había hecho ya muchas veces.

—La locura es buena —contestó.

Se dispuso a probarlo. La penetró con una fuerza que a ella le arrancó un grito entrecortado. Le agarró el trasero y lo levantó un poco para poder hundirse en ella en un ángulo que le permitiera embestir el dulce punto de las fábulas. Embistió una y otra vez con una fuerza implacable que hizo que ella se incorporara un poco, buscándolo.

Él la alzó de la mesa y ella se agarró a sus hombros. La penetración se hizo más profunda y el ritmo más rápido. El placer rozaba con el dolor y, cuando llegó de nuevo al orgasmo, ella le mordió el hombro, atónita por la ferocidad del placer.

Un segundo después, él se puso tenso y gimió, clavándole los dedos en el trasero con tanta fuerza que ella pensó que no se iba a poder sentar en una semana. Pero no le importó. No le importaba nada que no fuera aquella euforia que la hacía sentirse como si fuera capaz de cualquier cosa.

Él la abrazó durante lo que pareció una eternidad antes de bajarla con gentileza a la mesa y apartarse. Charlotte se sintió inmediatamente perdida. Anhelaba más. Se rió por ser tan tonta.

Él se volvió y le dio tiempo a vestirse mientras se libraba del preservativo. A ella no le gustaba verle la espalda después de que sus frentes hubieran conectado tan bien.

La invadieron los remordimientos.

¿Cómo demonios podía haber hecho aquello con un desconocido?

Sin embargo, cuando él se volvió de nuevo con expresión abierta y sonrisa satisfecha, ella dejó de arrepentirse.

—Has estado fantástica —él le tomó el rostro entre las manos y la besó con suavidad en los labios.

Para horror de Charlotte, sus ojos se llenaron de lágrimas y parpadeó para ocultarlas. Sonrió y lo empujó.

—Tú también —musitó con voz ligera, mientras algo se derrumbaba en su interior por la ternura inesperada de él—. Pero de verdad que tengo que arreglar este lío ya.

Era una despedida cortante que él no se merecía, pero tenía que echarlo de allí antes de que empezara a llorar.

—Claro, tengo entendido que el casero es un tirano —a él no parecía importarle la grosería de ella, pero la miró con una intensidad que rozaba la incomodidad—. ¿Quizá nos veremos por ahí?

—Tal vez —repuso ella, que tuvo que refrenarse para no añadir que probablemente eso no pasaría nunca.

Sexo apasionado con un desconocido no era algo que hubiera estado en su lista de tareas del día, pero una vez que había ocurrido, ¿se sentía diferente? ¿Más segura? ¿Más mujer? ¿Más algo?

No tenía ni la menor idea, porque al entregarse al momento, se había alejado tanto de su zona de confort que había terminado en otro planeta, uno en el que las chicas buenas hacían cosas malas y no se arrepentían. Y menos cuando la cosa mala resultaba tan buena.

Pero por muy increíble que hubiera sido aquel lapsus momentáneo, no podía volver a ocurrir. Tenía que seguir adelante y concentrarse en las prioridades de su vida. Como encontrar un hombre que quisiera algo más que un polvo encima de la mesa de un almacén.

Él se detuvo en la puerta como si quisiera decir algo. ¿Pedirle el número de teléfono? ¿Invitarla a cenar? La parte romántica de ella anhelaba un gesto que indicara que aquello no había sido solo sexo para él.

Tendría que haber sentido alivio cuando él se encogió un poco de hombros y alzó una mano en un gesto de despedida antes de cerrar la puerta tras de sí, pero no sintió alivio. Solo podía pensar que había encontrado al chico malo que ansiaba, pero lo había dejado marchar con demasiada facilidad.

Capítulo 3

Alex había hecho algo malo.

El tipo de maldad que podía enviarle al infierno con el tipo diabólico de los cuernos y la horca obligándole a bailar sobre carbones calientes por toda la eternidad.

En su primer día de vuelta en Sídney había pensado pasar una tarde tranquila inspeccionando sus inversiones en propiedades.

No había esperado echar un polvo con la mujer a la que había pensado encargar la dirección de The Number Makers.

Más tarde, acucillado detrás de una gruesa puerta de madera en un despacho más bien feo, todavía no podía creer que hubiera cometido la estupidez de echar un polvo con Charlotte Baxter.

Lo cierto era que, con el pelo suelto, sin gafas y vestida con lencería para alimentar sueños húmedos, no la había reconocido hasta que era demasiado tarde.

Porque la mujer a la que había investigado en internet después de comprar aquella empresa no se parecía nada a la mujer con la que había compartido sexo apasionado en aquel almacén.

En la foto de su rostro que aparecía en la página web de The Number Makers parecía una mujer remilgada, con una blusa blanca anodina, poco maquillaje, gafas de montura de acero, una diadema estúpida y el cabello recogido en una coleta alta.

Jamás, ni en sus sueños más salvajes, se le habría ocurrido que, en su primer encuentro con Charlotte, la vería con ropa interior de cuero y sin parecerse para nada a su foto.

Le había resultado vagamente familiar, pero lo había achacado a un engaño de su imaginación. Su pene se había impuesto a su cabeza porque quería echar

un polvo y la mujer interesante de la ropa interior de cuero parecía estar dispuesta.

Hasta que no habían terminado, no se había dado cuenta de la verdad. La había reconocido cuando ella había dicho: «De verdad que tengo que arreglar este lío ya».

Charlotte había usado esa frase muchas veces en las últimas semanas cuando él le asignaba tareas. Normalmente en referencia a alguna tarea en la que tenía que lidiar con el desastre que había dejado el antiguo director.

En lo referente al trabajo, siempre se había mostrado agradable, pero todas las veces que él había intentado mostrarse amigable y conocerla mejor, había reaccionado con brusquedad y se había cerrado en banda.

«De verdad que tengo que arreglar este lío ya».

¡Joder! Se había quedado atónito al darse cuenta de que se había acostado con su empleada. Entonces la había mirado mejor y había visto que, sin el pelo recogido y las gafas, tenía los mismos ojos. Un tono gris cautivador que ocultaba secretos.

Como el de que podía convertirse en una fierecilla voluptuosa cuando dejaba su personalidad de bibliotecaria puritana.

Tendría que haber hecho caso a su instinto de que le resultaba vagamente familiar y haberle mirado más la cara. Desafortunadamente, había mirado su cuerpo flexible y había estado perdido. No porque fuera una mujer explosiva, aunque tenía pechos pequeños y firmes, elevados por el lascivo corsé, una cintura estrecha, piernas esbeltas y un trasero que encajaba perfectamente en las manos de él.

No, había estado perdido porque había visto algo en sus ojos. Un anhelo, una batalla entre el miedo y el atrevimiento, como si quisiera echarse encima de él pero no supiera cómo.

Eso había atraído el interés de él más que ninguna otra cosa.

Después de darse cuenta de quién era, no había podido superar el sorprendente contraste entre la mujer a la que había imaginado y la mujer que se la había puesto dura mirándolo con sus ojos grises.

Alexander solía calar a la gente, pero después de darse cuenta de que había follado con Charlotte, no conseguía comprender por qué ella había parecido tan deseosa. ¿Cómo cambiaba una mujer tan pragmática hasta el punto de desnudarse, probarse ropa interior muy erótica y tirarse a un desconocido en un almacén? Eso lo confundía terriblemente.

Durante sus muchas conversaciones telefónicas, se había sentido intrigado por ella y había querido ver hasta dónde podía empujarla. Había vacilado intencionadamente con ella en las últimas semanas y se había reído de los cortes que ella le daba. A él y posiblemente a todos los hombres del planeta.

Pensar cómo había respondido a sus caricias... En su momento no había conseguido explicarse racionalmente aquel terrible deseo de poseerla. Ciertamente que últimamente había estado muy ocupado para salir con mujeres y que llevaba tres meses sin sexo, pero nunca antes había conocido esos impulsos. El celibato no le molestaba, y menos cuando tenía un trabajo nuevo entre manos. Sin embargo, le había bastado una mirada a Charlotte para desearla, aunque en ese momento no sabía que era ella.

Se empalmó y se movió en la incómoda silla ergonómica. Tomó nota mentalmente de que lo primero que había que hacer en The Number Makers era cambiar los muebles y poner otros más cómodos para los empleados para que quisieran estar allí y trabajar.

Aunque cuando viera a Charlotte pocos minutos después y ella se diera cuenta de quién era la persona con la que había echado un polvo apasionado encima de una mesa en un almacén, probablemente no habría nada que la convenciera de seguir allí.

Y él tenía que conseguir que se quedara.

Su trabajo hablaba por sí mismo. Ella iba mucho más allá del deber por sus clientes. Hacía horas extra sin esperar que la remuneraran por ello. Llevaba la carga de su equipo. Y había terminado todas las tareas que él le había asignado en las últimas semanas. La había puesto a prueba para ver si estaba dispuesta a asumir trabajo extra y ella había pasado la prueba.

Esperaba que no dimitiera porque él no había sido capaz de dejar la polla quieta dentro de los pantalones.

Peor aún, no podía quitarse de la cabeza la imagen de ella despatarrada en la mesa. Nunca había visto nada tan erótico como que una mujer a la que acababa de conocer se mostrara tan bien dispuesta. Había demostrado mucho deseo y eso le había excitado a lo bestia. Más tarde, cuando había descubierto su identidad, se había preguntado cómo había podido equivocarse tanto con ella. ¿Aquella mujer osada y fiera siempre había estado oculta debajo de ese exterior brusco? Y de ser así, ¿cómo sería conseguir que volviera a salir a jugar?

No podía permitirse pensar así. Había cometido un error acostándose con

una empleada, un error que no tenía intención de repetir.

Pero el hecho de que no pudiera dejar de pensar en ella y de que eso le hubiera impedido conciliar el sueño la mayor parte de la noche no auguraba nada bueno para cuando ella entrara en su despacho.

Tenía que concentrarse en su trabajo. En convertir The Number Makers en una empresa fuerte y viable. Cuanto más dinero ganara, más dejaría atrás su antigua vida. No podía permitirse un error.

¿Pero y si se había equivocado ya al saciar su lujuria inesperada con ella?

A Charlotte le gustaba ir tachando tareas en su cabeza.

¿Empaquetar los productos de su tía Dee? Hecho.

¿Enviar las cajas a su apartamento? Hecho.

¿Echar un polvo con un desconocido? Hecho.

A la mañana siguiente, todavía le ardían las mejillas cada vez que pensaba en lo que había hecho en el almacén.

Ella, la reina de la introversión, había tenido dos orgasmos espectaculares con un hombre que ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Había sido absurdo. Ridículo. Y tan maravillosamente increíble que se había sorprendiendo sonriendo durante la noche y también varias veces por la mañana.

Después de que él se hubiera ido y ella hubiera superado el aturdimiento por haber hecho algo tan completamente ilógico y raro, había creído que sentiría vergüenza y remordimientos, pero no había sido así. En vez de eso, se había sentido extrañamente empoderada, con la sensación de que había asumido el control de su sexualidad y la había ejercido de un modo que jamás habría anticipado.

Por supuesto, eso no había durado y cuando llegó a su casa, su recién hallada osadía había desaparecido ya, reemplazada por la vergüenza.

¿Cómo había podido hacer eso?

Lo último que necesitaba era obsesionarse sexualmente con un desconocido, especialmente cuando tenía que ver al pesado de su jefe en persona por primera vez diez minutos después.

A lo largo de los años, su autoestima había sufrido más golpes que un boxeador y, aunque el encuentro sexual del día anterior la había inflado momentáneamente, ese día había vuelto a su ser y suponía que aquel primer

encuentro sería más de lo mismo, con él exigente y ella deferente.

Para incrementar su seguridad en sí misma, se había vestido para impresionar con lo que ella consideraba un traje de poder. Una falda burdeos hasta la rodilla, blusa de color marfil que se ataba con un lazo en el cuello, chaqueta negra ceñida y zapatos bajos. Incluso se había alisado el pelo. No en un esfuerzo por impresionar al puñetero Alexander Bronson, sino para exudar confianza en sí misma cuando se enfrentara al enemigo.

De acuerdo, era un poco melodramática, pero él llevaba semanas sacándola de quicio, dándole órdenes, exigiendo perfección y burlándose de ella con aquel diminutivo ridículo, Charlie. El nombrecito la hacía parecer un chico y no le gustaba porque a veces se sentía asexuada, tenía la impresión de que languidecía en su vida de soltera y deseaba que las cosas pudieran ser diferentes. Que ella pudiera ser diferente.

Y gracias al desconocido sexy del día anterior, quizá pudiera serlo.

Ese había sido el objetivo de su absurdo comportamiento en el almacén: abrazar su lado sexy dormido, permitirse algo de excitación, ver exactamente de lo que era capaz si se desmelenaba un poco. Porque, aunque ansiaba un hombre estable y cariñoso, en el fondo quería que alterara su mundo en más de un sentido.

Se esforzó por no encogerse de vergüenza ante la indignidad de haber tenido sexo con un hombre del que no sabía el nombre, recogió sus carpetas, comprobó por tercera vez que las había apilado por orden alfabético y apoyó encima la tableta electrónica, dispuesta a mostrarle al señor Bronson lo competente que podía ser.

No lo había visto llegar, pero la recepcionista le había asegurado que estaba encerrado en el despacho del antiguo director desde primera hora de la mañana y que no había abierto la puerta desde entonces.

Ella sería la primera empleada a la que entrevistaría.

—¡Yuju! ¡Qué suerte la mía! —murmuró, mirando el anticuado reloj redondo que había enfrente de su mesa. Valoraba la puntualidad, por lo que pensó que su nuevo jefe quedaría impresionado si llegaba a la reunión cinco minutos antes.

Sin darse tiempo a pensar en el inminente cara a cara que había temido desde que él le comunicara su llegada a Sídney, tomó las carpetas y la tableta y se dirigió al despacho.

—Suerte —le susurró la recepcionista.

Charlotte hizo una mueca y llamó dos veces con los nudillos a la puerta del señor Bronson.

—Adelante —dijo una voz.

La joven abrió la puerta y entró. Él estaba de espaldas, pero tenía el trasero apoyado en el escritorio y hablaba por el teléfono móvil.

La primera impresión de ella fue un cabello moreno un poco más largo de lo convencional, hombros anchos, traje de diseño y un buen trasero.

¡Guau!, el hombre de ayer la había afectado mucho para que una de las primeras cosas que notara en el señor alto, moreno y exigente fuera su culo.

Cerró la puerta y cruzó la estancia, recitando mentalmente todas las torturas que le gustaría infligirle en respuesta a cómo la había torturado él las últimas semanas.

Pero cuando él terminó la llamada y se giró, ya no fue capaz de seguir pensando.

La sorpresa le aflojó los músculos y las carpetas y la tableta cayeron al suelo. El aturdimiento que embargaba su cuerpo no tardó en ser reemplazado por algo mucho más siniestro.

Una humillación profunda y destructora.

Porque el jefe al que tenía que impresionar para conservar aquel trabajo, el jefe que le había hecho la vida imposible con sus exigencias, el que podía salvar o hundir aquella empresa, era el hombre sexy que había puesto su mundo patas arriba el día anterior en el almacén.

Cuando Alex aceptaba un cliente nuevo, se volcaba en rejuvenecer la empresa al cien por cien. Eso le había dado fama de astuto, ambicioso y de ser un hombre que se concentraba en los resultados. Los clientes acudían a él, ya no tenía que anunciarse. Y había usado con The Number Makers el mismo enfoque diligente que con todos sus trabajos. Lo que implicaba que había investigado a los actores principales antes de empezar. Por eso, antes de que Charlotte cruzara la puerta, sabía que era entregada, concienzuda y una personas que se empeñaba en cumplir sus objetivos.

También sabía que probablemente querría destriparlo cuando superara la sorpresa inicial.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

No esperó respuesta, sino que se adelantó a acuclillarse y recoger las

carpetas. Eso le daría a ella tiempo para recuperarse, ya que una parte de él se sentía como un bastardo por haberle dado una sorpresa de tal magnitud cuando podía haberla llamado la noche anterior para advertirla.

Si él se había quedado atónito al descubrir la verdad el día anterior, no quería ni imaginar lo que debía de sentir ella en aquel momento.

Cuando se incorporó y dejó las carpetas y la tableta sobre la mesa, ella todavía no se había movido, pero había recuperado parte del color.

—¿Por qué no te sientas y hablamos? —preguntó el hombre. Le puso una mano en la espalda y ella se sobresaltó como si la hubiera electrocutado.

Alex no supo si sentirse halagado o consternado.

Sé que esto es incómodo, pero no tiene por qué serlo...

—¿Tú lo sabías? —ella se hundió en la silla enfrente del escritorio y lo miró con ojos muy abiertos y acusadores, con la boca entreabierta, impactada —. Ayer, cuando... ¿Tú sabías quién era?

¡Demonios!

Alex pensaba contar la verdad, pero no tan pronto. Quería suavizarla, asegurarle que lo ocurrido no interferiría en absoluto con su relación laboral. Pero le bastó una mirada a su boca fruncida con disgusto para saber que sería muy difícil convencerla de que se quedara, por no hablar de que lo escuchara.

—Charlie, oye...

—No me llames así —gruñó ella—. No se te ocurra llamarme así.

Negó con la cabeza y el gesto dejó su pelo sobre uno de los hombros. Alex la prefería como la había visto el día anterior, con el pelo revuelto y sin maquillar, y el hecho de que se hubiera tomado tantas molestias ese día para impresionar a su nuevo jefe, le hacía sentirse mal.

—Déjame explicártelo —él extendió las manos con las palmas hacia arriba, como si no tuviera nada que ocultar. Como si eso pudiera aplacarla—. Sé que debí decir algo ayer. Soy ejecutivo y hago bien mi trabajo, así que investigué esta empresa antes de aceptar el trabajo.

La joven entornó los ojos y lo miró con ferocidad y con un desdén muy merecido.

—¿Qué quieres, una medalla?

Alex reprimió las ganas de reír. Era bueno saber que ella tenía sentido del humor bajo aquella apariencia austera. Además de lencería diseñada para hacerle perder la cabeza a un hombre.

—Lo que intento decir es que no te reconocí cuando entré en el almacén.

Tenías el pelo suelto, no tenías gafas y llevabas esa lencería...

¡Mierda! ¿Cómo explicarle lo siguiente sin parecer un cerdo?

—¿Y? —preguntó ella.

El disgusto había dado paso a una hostilidad evidente y Alex confió en que eso fuera una mejora.

—Me afectaste mucho y no pude controlar mis instintos más bajos. El sexo fue sensacional, pero no supe quién eras hasta después, por una frase que dijiste.

Habría podido jurar que ella curvaba el labio con desprecio.

—¿Y qué frase fue esa? —preguntó.

—Dijiste: «Pero de verdad que tengo que arreglar este lío ya», en referencia a la mercancía de tu tía en el almacén, pero es una frase que has usado a menudo con tareas que te he encomendado en las últimas semanas.

La expresión fría de ella no cambió, como si no supiera si creerlo, pero asintió de mala gana con la cabeza y él se pellizcó el puente de la nariz, buscando las palabras apropiadas para hacerse entender.

—Ayer fui sincero en una cosa. Yo no hago eso, conocer a mujeres y echar un polvo con ellas a los diez minutos. Pero te vi vestida así y... perdí el control.

Por fin respiró un poco cuando los hombros rígidos de ella se relajaron. Todavía no estaba todo arreglado, pero haría lo que fuera preciso por conseguirlo. Necesitaba a Charlotte a bordo para reformar la empresa. Y si tener que trabajar al lado de aquella mujer misteriosa era un beneficio añadido, pues muy bien, no tenía nada que objetar.

—¿De verdad no pudiste controlarte conmigo?

Sonaba vacilante, ligeramente admirada, como si no pudiera creer que la había deseado.

Tenía que haber habido algún gilipollas en su vida para que su autoestima hubiera caído tanto. Eso hacía que quisiera abrazarla y mostrarle claramente lo sexy que era.

—Eres increíble y te deseé en cuanto te vi —contestó. Se encogió de hombros, confiando en que la verdad la apaciguara más que una disculpa—. Y a riesgo de que me tires esa tableta a la cabeza, verte entrar aquí así refuerza lo que pensé ayer. Pero sé que tenemos que trabajar juntos y somos profesionales. Así que considerémoslo como lo que fue: sexo impulsivo, fenomenal y fantástico entre adultos y pasemos a ocuparnos del trabajo.

Charlotte lo miró confusa, pero el débil tono rosado de sus mejillas indicaba que él había acertado al definir lo increíble que había sido aquello entre ellos.

—¿Esperas que trabajemos juntos y finjamos que no pasó nada? —preguntó ella.

Su voz había perdido el tono sarcástico y eso dio esperanzas a Alex.

—No sé tú, pero yo no soy capaz de fingir tanto —él cruzó los dedos y los apoyó en el escritorio, intentando proyectar una imagen profesional, aunque olvidar lo que habían hecho en aquel almacén era lo último que tenía en mente.

Volver a verla sentada enfrente de él con su atuendo conservador de trabajo solo hacía que quisiera ver a toda costa lo que llevaba debajo. ¿Llevaría encaje? ¿Raso? ¿O una vez más el cuero atrevido?

¡Maldición! Todo aquello no ayudaba con su problema. Seguía empalmado.

—Pero para mí es importante hacer el mejor trabajo posible con esta empresa y quiero que tú trabajes conmigo para lograr ese objetivo. ¿Podrás hacerlo?

Casi esperaba que ella le dijera que se ahorrara la oferta. Que le entregara su dimisión y optara por demandarlo.

En vez de eso, después de una larga pausa durante la cual lo observó con una intensidad desconcertante, ella terminó por asentir.

—Si tú puedes hacerlo, yo también.

¡Maldición! Aquello casi sonaba como un reto.

Como si pensara que él no podía trabajar con ella sin convertirse en el cavernícola lujurioso que había sido el día anterior. Pues le demostraría que podía.

Pero al aceptar mantener aquello a un nivel profesional, se privaba de un placer importante.

El primer encuentro había sido colosal.

¿Cómo sería la remilgada Charlotte si se desmelenaba en serio?

Capítulo 4

Charlotte salió aturdida del despacho. No podía volver a su mesa a concentrarse en el trabajo y fingir que su ordenado mundo no había sufrido un vuelco importante.

Había echado un polvo con su nuevo jefe.

Y el sexo entre ellos había sido fantástico, estupendo y multiorgásmico. El tipo de sexo que solo había visto en las novelas pero nunca había soñado que pudiera ser real.

Mientras paseaba sin rumbo bajo el brillante sol de Sídney, recordó una de las últimas cosas que le había dicho a Mak, su compañera de piso, antes de que esta se marchara a conquistar Broadway: «Necesito un chico malo. Un tío grande, atrevido, irritante y arrogante que me ponga de los nervios».

Pues bien, su deseo se había cumplido con creces.

¿En qué extraño universo, en qué giro cósmico del destino era posible que experimentara el mejor sexo de su vida y descubriera después que tenía que trabajar con el hombre sexy que había alterado su mundo? El hombre que tenía en su mano el sueño de ella de poseer la casa ideal y tenía el poder de romper ese sueño con un chasquido de sus hábiles dedos.

No parecía posible, pero lo era, ¿y Alexander Bronson esperaba que trabajara con él y actuara como si él no hubiera estado dentro de ella del modo más íntimo?

Imposible. Improbable. Impropio.

Porque, a pesar de lo que le había dicho, ella no podía olvidarlo.

La culpa era de él, por decir todas aquellas cosas sobre lo mucho que la había deseado y cómo no había podido controlarse a su lado. Como si ella fuera una mujer fatal glamurosa capaz de inspirar pasiones así. ¡Ojalá!

Al verlo por primera vez detrás del escritorio había habido un momento en

el que había captado anhelo en sus ojos. Como si todavía la deseara. Eso debería haberla hecho salir corriendo, pero no había sido así.

Por la sencilla razón de que le gustaba sentirse deseada.

Los hombres no volvían la cabeza a su paso. No inspiraba silbidos sexistas ni comentarios lascivos. Y la única vez que había sucumbido a buscar citas en internet, había borrado su perfil de la aplicación al día siguiente porque había recibido solo dos solicitudes y muy poco atractivas.

Además, valoraba su trabajo. Lo necesitaba. Y no podía dejarlo precisamente cuando estaba a punto de cumplir uno de sus sueños largo tiempo acariciado.

Tenía padres nómadas y había sido criada por una tía excéntrica; en consecuencia, Charlotte anhelaba seguridad más que nada en el mundo. Y la casita pintoresca de las afueras de Sídney de la que se había enamorado representaba eso para ella.

Un hogar.

Una casa propia, donde poder establecer la vida que quería antes de perseguir el resto de sus sueños: un esposo, hijos, el completo. Charlotte lo quería todo y sabía que el único modo de hacer que ocurriera era ir a por ello.

Encontrar a su hombre ideal no sería fácil. Lo sabía bien, pues tendría que salir regularmente con chicos para descubrir si alguno tenía lo que buscaba de verdad en un hombre, y su historial en el terreno de las citas hasta el momento era bastante malo. Pero la casa era un primer paso en la dirección correcta, y de algún modo, con su lógica retorcida, pensaba que, una vez que tuviera la casa, podría dedicarse a buscar un hombre con el que vivir en ella.

Casi tenía ya dinero suficiente para la entrada, lo bastante para que el banco tomara en serio su solicitud de hipoteca. Un par de semanas más y podría empezar a vivir su sueño.

Pero para eso tenía que tolerar trabajar con Alexander Bronson.

—Puedes hacerlo —murmuró, dando una patada a una piedra del camino. Su teléfono móvil empezó a vibrar.

Lo sacó del bolso y le empezaron a sudar las manos en cuanto vio el nombre de él en la pantalla. Lo había introducido al salir del despacho, para tener la opción de ignorar sus llamadas en caso necesario.

Pero no era una llamada, era un mensaje de texto.

He encargado un té mañanero para los empleados. Por favor, recoge el

pedido en Le Miel a la vuelta. Será estupendo tener un encuentro donde los empleados puedan forjar vínculos.

Alex.

Charlotte murmuró una maldición y se guardó el teléfono en el bolsillo. No necesitaba forjar vínculos con los empleados. Ya los había forjado con su jefe y había sido algo tan monumental que no podía olvidarlo.

Le Miel era una pastelería a la que recurrían a menudo para funciones del trabajo y seguramente se la habría recomendado la recepcionista al jefe. A Charlotte le vendría bien pasar por allí, pues necesitaba un oído amigo y Abby era muy buena oyente. Aunque ni idea de lo que diría su amiga cuando se enterara de los sucesos de los últimos días. Apretó el paso. Cuanto antes le inculcara Abby un poco de sentido común, mejor.

Diez minutos después, tenía dos bolsas llenas con los deliciosos pasteles que preparaba Abby, pero no podía irse sin hablar con su amiga, así que se instaló en su mesa favorita, pidió un capuchino y esperó.

Abby siempre salía de la cocina cuando iba a verla, lo cual sucedía varias veces por semana. Charlotte no podía resistirse a los cruasanes pequeños, los *beignets* que se deshacían en la boca ni el *pain au chocolat* que preparaba su amiga, y estaba eternamente agradecida a su rápido metabolismo, que le permitía quemar calorías con un paseo de media hora al día.

El corsé de cuero del día anterior la había apretado más que de costumbre, así que quizá debería privarse un poco de... Dejó de mirar un cruasán gigante de almendras y sorbió su café, arrepentida de haber pensado en la maldita lencería, que le había hecho perder la cabeza el día anterior. La culpa había sido de la lencería y de lo sexy que era Alex.

«Alex».

Le había dicho que lo llamara así. Un nombre informal que implicaba intimidad.

¡Qué narices!, iban a ser cuatro semanas muy duras hasta que el chico maravillas sacara de apuros a la empresa de contabilidad. Eso podía ser bueno, pues le aseguraría que tendría un trabajo para pagar la hipoteca. Pero cuatro semanas trabajando al lado del hombre que había invadido sus sueños la noche anterior serían una tortura.

—Hola, ¿qué te trae por aquí a esta hora? —Abby se dejó caer en la silla opuesta después de colocar en la mesa un plato con tartaletas de fresa recién

hechas—. Tu empresa solo suele encargarse de té y pasteles por las tardes, y solo muy de vez en cuando.

—El nuevo jefe quiere hacer la pelota a los empleados.

Abby sonrió.

—¿Y cómo es el jefe infernal? ¿Resulta tan amenazador en persona como te parecía estas semanas por teléfono?

Charlotte llevaba semanas quejándose de Alex, de sus bromas condescendientes, de sus continuas exigencias, de sus tareas infernales... Y Abby había sido una oyente comprensiva. Por eso resultaría más sorprendente lo que tenía que contarle. Su amiga pensaría que se había vuelto loca.

—¡Ah! Alex está bien.

Abby enarcó las cejas.

—¡Qué interesante!

—¿Qué?

—Es la primera vez que no lo llamas por un nombre insultante. ¿Y por qué bajas la voz? ¿Es muy sexy?

—No lo sabes tú bien —murmuró Charlotte, que empezaba a arrepentirse de no haber salido corriendo cuando había recogido las bolsas.

Abby sonrió y se frotó las manos.

—Intuyo que ahí hay una historia.

—Sí, de terror —Charlotte suspiró y debatió para sí cuánto debía contarle a su amiga.

—Es así de grave, ¿eh? —Abby le dio una palmadita en la mano—. ¿Por qué no se lo cuentas todo a la querida Abby?

Charlotte solía reírse cuando su amiga decía aquello, pero ese día apenas sonrió débilmente.

—He echado un polvo con él.

La tartaleta que Abby tenía a medio camino de la boca cayó al suelo y aterrizó boca abajo con un pequeño golpe.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído —Charlotte hizo una mueca. Odiaba tener el estómago revuelto. Podía haberlo achacado al hambre, teniendo en cuenta que no había comido nada desde la noche anterior, pero sabía que no era eso—. Ayer cometí una locura y ahora los dioses del karma se están vengando de mí.

Abby la miraba con la boca abierta, lo cual no tenía nada de raro. Charlotte no había tenido ni una sola cita desde que la conocía, así que oír que se había

acostado con su jefe seguramente para ella era tan increíble como si le hubiera dicho que había volado hasta la luna.

—Creo que será mejor que empieces por el principio —Abby agarró una servilleta, recogió la tartaleta aplastada y la dejó sobre la mesa—. Aunque tendrá que ser la versión rápida, porque tengo otra tanda de cruasanes en el horno.

Charlotte inhaló profundamente y soltó el aire despacio, pero no sirvió para que se tranquilizara. Pensar en lo que había hecho era ya bastante malo, ponerlo en palabras haría que resultara muy real.

—La versión breve. Mi tía tuvo que irse a Byron Bay a ayudar a una amiga enferma. Tenía que vaciar urgentemente el almacén que alquila para guardar su mercancía y me pidió que lo hiciera yo. Y estaba allí, empaquetando todo eso, cuando entró el tío más sexy del planeta y acabamos echando un polvo.

¡Caray! Dicho en alto parecía todavía más locura.

Abby, astuta como siempre, la miró con curiosidad.

—No me lo has contado todo. ¿Por qué ibas a echar un polvo con un desconocido, por muy sexy que fuera?

Charlotte se sonrojó al recordar lo apasionado que había sido el sexo con Alex. El modo en que la había mirado, la había tocado, la había embestido... El recuerdo hizo que se le contrajeran las partes íntimas.

—Yo estaba de un humor raro, lamentando mi lastimosa vida social, y decidí probarme algo de lencería.

Abby soltó una carcajada.

—No te creo. ¿Te pilló así?

—Y con cuero falso, nada menos. Corsé y tanga. Una auténtica revelación —la respuesta sardónica de Charlotte provocó más risas.

—¿O sea que echas la culpa a la lencería?

—¡Ojalá! —Charlotte negó con la cabeza. Ya le hubiera gustado a ella achacar su ataque de locura a algo tan trivial—. La lencería me dio valor, pero fue más que eso. Que él me miró de verdad y eso me gustó.

—¡Oh, tesoro! —Abby se inclinó a abrazarla—. Eres hermosa. Ese hombre tiene buen gusto.

Charlotte soltó un resoplido.

—Soy como mucho normalita y, al verme vestida así, él debió de pensar que era una chica fácil.

Abby frunció el ceño y chasqueó la lengua.

—¿Por qué te machacas de ese modo?

«La costumbre», pensó Charlotte. Pero guardó silencio. Abby siempre la había reñido por autocondemnarse y ella sabía que no era un rasgo atractivo. Lo que no implicaba que eso le impidiera lamentar su falta de vida amorosa en algunos momentos.

—Sea como sea, perdí la cabeza, tuve el mejor encuentro sexual de mi vida y esta mañana entro en el despacho de mi nuevo jefe y me doy cuenta de que es el tío buenorro.

—No me lo puedo creer —Abby abrió mucho los ojos con expresión anonadada—. Parece salido de una de esas novelas románticas que tú devoras.

—¿Verdad que sí? —Charlotte no pudo reprimir una sonrisa de suficiencia—. ¡Quién iba a imaginar que llevaba una tigresa dentro!

Abby enderezó los hombros y asintió con énfasis.

—Creo que es genial. Ya era hora de que te divirtieras un poco.

—Eso no volverá a ocurrir —contestó Charlotte, a pesar de la vocecita insistente que le susurraba lo maravilloso que sería volver a sentirse así de bien.

—¿Cómo ha reaccionado al verte esta mañana?

—Nada sorprendido.

Abby se sobresaltó.

—¿Quieres decir que sabía que trabajabas para él?

Charlotte asintió. La rabia la sacó instantáneamente de su lapsus nostálgico.

—Sí. Hace bien su trabajo. En el mundo de la contabilidad tiene fama de dar la vuelta a empresas con problemas. Me había investigado. En su defensa dijo que no me había reconocido...

—Seguro que sí —Abby sofocó la risa.

—Me había soltado el pelo y quitado las gafas antes de probarme la lencería, intentando meterme en el personaje de una vampiresa para ver si así me sentiría diferente, así que supongo que no me parecía nada a mi foto del trabajo —Charlotte tocó unas migas con un dedo y las empujó por el plato, avergonzada de admitir que había estado jugando a ser otra en el almacén—. Dice que solo me reconoció después, cuando pronuncié una frase que he usado mucho en nuestras llamadas.

—Y asumo que no era «tómame ya».

Charlotte lanzó una mirada letal a su amiga y esta se echó a reír.

—Parece un chico malo por no decirte la verdad en cuanto te reconoció —

Abby chasqueó los dedos—. ¡Eh! ¿No fue eso lo que dijiste que querías antes de que se marchara Mak? ¿Un chico malo?

—Sí, ten cuidado con lo que deseas —Charlotte puso los ojos en blanco—. Ahora tengo que trabajar con ese chico malo un mes entero y fingir que no alteró todo mi mundo. Varias veces.

Abby sonrió.

—Así se hace, chica.

Charlotte consiguió sonreír también.

—Y ahora tengo que volver al trabajo con tus maravillosos pasteles para que esa rata intente sobornarnos a todos con regalitos.

Abby se puso seria.

—¿Estarás bien trabajando para él?

—Estaré bien —contestó Charlotte, confiando en que siguiera pensando igual cuando tuviera que trabajar a solas con el jefe sexy de su futuro inmediato.

Capítulo 5

Mientras hablaba con los empleados en sus cubículos, Alex se sorprendió mirando demasiado a menudo en dirección a los ascensores. Charlotte tendría que haber vuelto ya y, cuanto más tiempo pasaba fuera, más se preguntaba él si habría decidido marcharse. Si su encuentro anterior la había alterado la mitad que a él...

¡Maldición! No había esperado que aquello le afectara tanto. Se había preparado para hacer su confesión, asegurarse de que ella lo entendía y pasar a la fase de trabajo. No había esperado sentirse tan confuso.

Su reacción visceral al volver a verla le había sobresaltado. Al verla con su atuendo profesional, se le había encogido el estómago. La falda, la blusa y la chaqueta de ella no tenían nada de sensuales, pero cuando lo había mirado horrorizada, había sentido que aquellos ojos grises ocultaban un mundo de secretos y a él le encantaría descubrir todos y cada uno.

Pero eso no iba a ocurrir.

Tenía un trabajo que hacer. Darle la vuelta a aquella empresa. Y Charlotte era una parte importante en ese proyecto.

Como si la hubieran conjurado sus pensamientos, se abrió la puerta del ascensor y salió ella con una bolsa en cada mano. Los empleados obviamente disfrutaban con las delicias de Le Miel, pues la rodearon, le quitaron las bolsas y se dirigieron a la minisala de reuniones donde habían colocado los platos y los cubiertos.

La mirada de ella se posó en él como un radar y Alex volvió a sentir lo mismo. Eso le perturbó, y reaccionó con una sonrisa bobalicona que ella no recibió muy bien, a juzgar por el modo en que enarcó las cejas y por su expresión desdeñosa.

Alex cruzó el despacho, decidido a hacer que se sintiera cómoda. Tenían

mucho trabajo.

—Gracias por recoger el pedido —señaló la sala de reuniones—. ¿Vamos?

La joven se limitó a asentir con la cabeza. Alex prefería a la mujer cálida y dispuestas que había tenido en sus brazos el día anterior, pero sabía que su homóloga fría sería mucho más útil para el trabajo.

La siguió a la sala de reuniones, donde no le sorprendió que ella mantuviera las distancias. Él conversó con empleados, descubrió que Edgar era el más longevo en la empresa, donde llevaba nada menos que veinticuatro años, que Suzie tenía cinco hijos, que Viola estaría encantada de aceptar un despido para irse a criar alpacas y que Charlotte era el pegamento que los cohesionaba a todos.

Los empleados hablaban bien de ella y aplaudirían su decisión de ponerla al cargo. Era inteligente, amable y respetuosa, tres cualidades que la ayudarían a hacer muy bien su trabajo.

Pero nombrarla directora implicaba que trabajarían mucho más cerca durante su estancia allí. El antiguo director había estado a punto de hundir la empresa él solo y había que trabajar mucho para conseguir que volviera a prosperar. Él estaba a la altura del reto, ¿pero lo estaría Charlotte?

Si casi no podía soportar estar en la misma habitación que él, eso resultaba dudoso.

Cuando algunos empleados volvían ya a sus cubículos, se acercó por fin a él.

—Este té mañanero ha sido una buena idea, gracias.

—Las buenas relaciones laborales son importantes para mí.

La joven abrió más los ojos y le clavó una mirada que él empezaba a reconocer como de escepticismo.

No había sido su intención decir nada más que lo que había dicho: una declaración para potenciar una ética de trabajo sólida. Pero ella lo miraba de hito en hito, como si hubiera hecho una insinuación sexual.

—Tenemos que hablar —dijo él. Miró su reloj con mucho aspaviento—. Eres líder de este equipo y tengo que consultar contigo algunas ideas.

—De acuerdo —ella asintió con una brusquedad tan tensa como su respuesta—. Tengo clientes toda la tarde, ¿te parece bien mañana a primera hora?

Normalmente, él habría insistido en trabajar durante la cena, pero en aquel caso, creía que era mejor mantener las distancias por el momento.

—De acuerdo, nos vemos a las nueve.

Ella lo miró un momento, como si no consiguiera entenderlo. Pues ya eran dos, porque cuando la joven salió de la sala de reuniones, él no pudo apartar la vista de ella y el recuerdo de la sensación de ella en sus brazos hacía que le cosquillearan las palmas.

Después de todo lo que se había dicho a sí mismo, la seguía deseando.

Aquello no era bueno.

Lo inteligente sería encerrarse en su despacho el resto del día, pero ese plan quedó en suspenso en cuanto revisó los últimos análisis de rendimiento.

Si algunos sectores de la empresa no empezaban a asumir su parte de la carga, habría que hacer recortes de personal.

Lo que implicaba que tenía que jugar duro.

Volvió a convocar a los empleados en la sala de reuniones a la una y les hizo el discurso que solía hacer cuando llegaba a empresas como aquella.

—Gracias por dedicarme unos minutos de vuestro atareado día —señaló la mesa vacía—. Siento no haber tenido tiempo de organizar también un almuerzo.

Hubo algunas risitas nerviosas.

—Como sabéis, estoy aquí para procurar que The Number Makers se convierta en una empresa viable y sea la firma de referencia en los suburbios del este de Sídney —continuó Alex—. Para eso tenemos que mejorar los márgenes de beneficios y la productividad laboral.

Hizo una pausa para dejarles asimilar sus palabras. Oyó algún respingo y sorprendió miradas furtivas y expresiones asustadas. Esa parte de su trabajo no le gustaba nada.

—Estoy todavía en proceso de revisar los horarios de todo el personal, pero no os voy a mentir. Es probable que haya que hacer recortes —dijo.

Siguió un silencio tan profundo que se habría podido oír una mosca.

—Os puedo asegurar que ese será mi último recurso, pero quería ser sincero con vosotros el primer día para que todos sepamos dónde estamos.

Para entonces se sentía como un ogro pisando liliputienses, así que intentó infundir confianza con una sonrisa, pero, a juzgar por el modo en que lo miraban, no lo consiguió.

—Avanzaré un plan de acción la semana que viene. Hasta entonces, seguid trabajando con ahínco.

¡Maldición! Aquello sonaba manido y condescendiente, teniendo en cuenta

que acababa de amenazar con despedir a algunos. Había evitado mirar a Charlotte durante el discurso, pero cuando los empleados empezaron a salir, no pudo resistirse.

La reacción de ella lo sorprendió. El brillo de sus ojos casi parecía de admiración, pero se volvió enseguida y siguió a sus compañeros fuera de la sala.

Eso dio esperanzas a Alex. Tal vez aquello tuviera arreglo después de todo. Si conseguía dejar de mirar aquel precioso culo.

Cuando Alex convocó a los empleados a la sala de reuniones durante el almuerzo, Charlotte casi esperaba un discurso motivacional.

Le había gustado su intento de crear vínculos por la mañana y no le había dado miedo decírselo. Auguraba bien que hubieran optado por una indiferencia educada. Eso podía hacerlo. Podía trabajar con él sin pensar constantemente en lo maravilloso que era tenerlo dentro.

¡Ostras! Era la quinta vez esa tarde que había dejado vagar su mente a lo ocurrido el día anterior. La culpa era de Alex. Si no se dedicara a pasear por las oficinas, tan apuesto con su traje azul marino, camisa azul clara y corbata moderna de rayas, no le recordaría tanto la sensación fantástica de sus músculos duros cuando se agarraba a ellos mientras la montaba el día anterior.

—Eso no ayuda —murmuró para sí, cuando se preparaba para el último cliente del día. Una visita que normalmente habría pospuesto hasta el día siguiente, teniendo en cuenta que su jornada laboral había terminado hacía media hora.

Pero con el discurso poco alentador de Alex resonando en sus oídos, tenía que probar que era indispensable, ¿y qué mejor modo que quedándose a trabajar tarde?

Sus colegas se habían largado a las cinco, pero ella tenía un trabajo que hacer: probarle al jefe, con el que había follado sin darse cuenta, que se había convertido en una parte esencial para sacar adelante la empresa.

Con suerte, aceptar a un cliente inesperado y trabajar hasta tarde ayudaría a convencerle de que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para consolidar su puesto.

Tenía también un motivo ulterior. Si lo impresionaba con su trabajo y parecía deseosa de apoyar la nueva línea de la empresa, le mostraría que

había olvidado su encuentro sexual, que este significaba muy poco en el plan general de su relación laboral.

Mentira, claro, pero era su excusa y se ceñiría a ella.

El nuevo cliente resultó ser un exjugador profesional de rugby que necesitaba un contable nuevo que llevara las cuentas de sus negocios, una serie de pubs bastante lucrativos. Invadió el despacho con su estatura y sus hombros anchos, que ella no pudo evitar notar por la camiseta de tirantes que llevaba, junto con unos pantalones cortos que acentuaban sus piernas bien torneadas.

En el pasado, Charlotte solía mirar de reojo a hombres así, lamentando que él jamás notara en ella otra cosa que no fuera su destreza con los números. Pero algo había cambiado ese día, pues el cliente coqueteó abiertamente con ella y ella lo disfrutó.

Tal vez el sexo salvaje que había tenido con Alex le hubiera dado la inyección de seguridad en sí misma que necesitaba, o quizá el hecho de llevar ropa interior sexy de raso por primera vez le hacía mirar al hombre a los ojos en vez de apartar la vista como de costumbre. Fuera lo que fuera, le gustaba sentirse así de empoderada. Era un buen principio para perseguir su sueño.

—Ha hecho muy bien llevando registros de todo —ella giró la pantalla del ordenador hacia él—. Este es el programa que usamos, así que, cualquier cosa que necesite, no dude en ponerse en contacto.

La sonrisa lobuna de él mostró una hilera de dientes sorprendentemente blancos.

—¿Eso incluye llamarla después del horario laboral?

La seductora interior de Charlotte se contoneó de placer por el interés de él, pero su contable interior la hizo callar al instante.

—Estoy disponible para responder cuestiones de contabilidad de nueve a cinco.

—¡Lástima! —repuso él. Su sonrisa creció—. Si alguna vez le apetece una copa, déjese caer por uno de mis pubs y los empleados me dirán que está allí.

—Gracias —ella lo acompañó a la puerta—. Pero no mezclo negocios con placer. Es poco profesional y usted no querría que una persona así le llevara sus finanzas.

Él se encogió de hombros con pesar y ella confió en que no le creciera la nariz por decir una mentira tan grande.

Porque sí había mezclado negocios con placer, aunque no lo supiera en su

momento, y no podía dejar de pensar en ello. Peor, en lo que sería volver a hacerlo.

—Estaré en contacto —dijo. Esperó hasta que se cerró la puerta del ascensor, se quitó los zapatos, los tomó en la mano y se dirigió a su despacho a recoger sus cosas.

Estaba a punto de llegar allí cuando la sobresaltó la puerta de Alex al abrirse.

—Creía que te habías ido con todos los demás —dijo.

—¿Y dejarte sola con ese neandertal? No —casi gruñó él. Tenía el ceño fruncido—. No deberías sonreír así a los hombres. Hace que se formen una idea equivocada.

—¿Cómo dices? —el ultraje hizo que Charlotte soltara los zapatos y se irguiera todo lo que le permitía su estatura—. Mi trabajo es hacer que los clientes confíen en mí lo bastante para que se sientan seguros permitiendo que me ocupe de su dinero. Eso incluye ser amable. Lo cual incluye sonreír.

Lanzó su sonrisa más amplia y más falsa.

—¿Lo ves? No tiene nada de malo. Y aunque entiendo que tú eres el mandamás aquí durante el próximo mes, te agradecería que me atribuyeras un poco de inteligencia para los negocios y me dejaras en paz.

Probablemente no era el mejor modo de terminar su primer día con el jefe, pero la había cabreado tanto que casi no podía ver con claridad. Aquel hombre era insufrible. Había vuelto a ser el sabelotodo condescendiente que era por teléfono durante las semanas en las que habían hablado antes de conocerse.

—A mi despacho. Ahora —ladró él. Le dio la espalda y entró delante.

Charlotte tenía dos opciones. Hacerle un corte de mangas, recoger sus zapatos y marcharse o hacer lo que decía él para conservar el trabajo que tan importante era para ella.

Elegió la última, pero le hizo el corte de mangas.

Cuando entró en el despacho, él pasó a su lado y cerró la puerta de un portazo.

—Que sepas que, de noche y con las luces de dentro encendidas, los cristales de la ventana se convierten en espejos —dijo, tan cerca que ella podía oler su loción de afeitado—. Por si vuelves a necesitar hacerme gestos groseros en el futuro.

Charlotte se sonrojó, horrorizada. La había visto.

—Oye, creo que nos provocamos mutuamente...

—¿Ah, sí? —él se giró a mirarla, todavía tan cerca que ella podía tocarlo si hubiera querido hacerlo—. Creo que nuestras provocaciones tienen más que ver con tensión sexual residual conflictiva.

¡Maldición! ¿Por qué tenía que mencionar el sexo? Charlotte apenas podía soportar pensar en su encuentro. Oírlo en palabras lo volvía demasiado real. Tenía que olvidar su crepitante conexión, no recordar.

—Acordamos olvidarnos de eso —dijo, recurriendo al mismo tono puritano que había empleado para poner en su sitio al jugador de rugby.

—Lo hicimos y lo haremos —él la miró de hito en hito, como si ella tuviera la culpa de aquella tensión entre ambos—. Los dos somos profesionales, y estoy seguro de que podemos actuar como tales.

—Bien —contestó ella. Asintió con la cabeza, pero no lo creía.

La voz de él sonaba tensa, como si le costara esfuerzo hablar de la necesidad de mantener las cosas entre ellos a un nivel estrictamente profesional.

—¿Quizá deberíamos cenar juntos para despejar la atmósfera y establecer una compenetración mejor en el trabajo?

—¿Cenar? —preguntó ella, como si la hubiera invitado a comer matarratas.

Él frunció los labios, aunque no llegó a sonreír.

—Tú comes, ¿verdad?

Sí, pero no con él. Si ya era bastante difícil mantener la mente en el trabajo con él allí, cenar con él y fingir que no lo deseaba sería imposible.

Compartir una cena implicaba camaradería e intimidad, dos cosas que no podía asociar con él. Tenía fuerza de voluntad, pero no era una santa.

—Quizá tenga otros planes —dijo.

Era mentira, pero así saldría del lío.

Vio con sorpresa que a él se le oscurecían los ojos y se pasaba una mano por el pelo. Parecía perplejo por primera vez aquel día.

—No me digas que has quedado con ese neandertal del rugby.

¡Caray! ¿Por eso reaccionaba así al verla sonreír a un cliente? ¿Estaba celoso?

Imposible.

Decidió investigar un poco más.

—Podría ser.

Él frunció el ceño.

—Es poco profesional salir con los clientes.

—Y también lo es tirarse al jefe, pero, eh, eso ya lo hemos hecho, ¿no?

Charlotte sonrió con dulzura engañosa, aunque se riñó en silencio por burlarse de él. Y lo consideró una decisión estúpida e ingenua cuando él bajó la mirada a su boca como si imaginara el modo perfecto de hacerla callar.

¡Oh, oh!

—Alex, sea lo que sea lo que estás pensando, sabes que esto no puede ocurrir, por distintas razones. Hemos acordado mantenernos a un nivel profesional porque somos adultos. Así que deja de mirarme así...

—¡Maldita sea! Yo no quiero hacer esto. No quiero enturbiar nuestra relación de trabajo, pero hay algo en ti... —extendió el brazo como para tocarla, pero pareció pensarlo mejor—. Tengo que concentrarme al cien por cien en arreglar esta empresa y tú interfieres con eso.

Movió la cabeza con expresión torturada.

—No puedo sacarte de mis pensamientos y esa falta de concentración afectará a mi modo de trabajar.

Su sinceridad la impresionó y una pequeña parte de ella no pudo evitar sentirse encantada con que un hombre como él pudiera distraerse con una chica como ella.

—No podemos —dijo, pero sonaba menos convincente y los dos lo sabían.

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —él dio un paso al frente, hasta invadir el espacio personal de ella, que se inclinó hacia él sin darse cuenta—. Dime que no.

Charlotte odiaba las mentiras, pero en aquel momento eran su única opción. Abrió la boca, pero no dijo nada. En vez de eso, bajó la vista hasta los labios de él con una mirada intensa, concentrada.

Un segundo antes de que la besara.

Debería protestar. No lo hizo. Él tenía acceso a su boca y lo utilizó para blandir su poder de seducción, el tipo de poder que ella no había conocido con ningún otro hombre. Jugó con la lengua en la boca de ella. Con un beso apasionado y largo que exigía que ella correspondiera. Y Charlotte lo hizo con más anhelo del que habría podido imaginar.

Alex la abrazó por la cintura y la estrechó contra sí de tal modo que pudo sentir todo su cuerpo duro. Y un apéndice más duro todavía.

Tenía que parar aquello antes de que perdiera el juicio y el trabajo. Deslizó las manos entre ellos y apoyó las palmas en el pecho de él. Tenía que

apartarlo. Pero no lo hizo, pues le gustó demasiado la sensación del pecho firme de él bajo sus manos. Flexionó levemente los dedos y él gimió en su boca y la abrazó con más fuerza.

La hizo retroceder hacia la puerta, donde cerró el pestillo y tocó un botón que bajó las persianas venecianas sobre los cristales.

Solo interrumpió el beso cuando ella le mordisqueó el labio inferior. Alzó la cabeza para mirarla confuso.

Charlotte comprendía bien esa sensación.

—Llevo todo el día queriendo hacer eso —musitó él. Volvió a mirarle la boca y después subió la vista hasta sus ojos—. Tu modo de besar es tan apasionado como el de ayer.

—Alex...

—¡Joder! Hasta el modo en que dices mi nombre me vuelve loco —él apoyó la frente en la de ella, como si intentara traspasarle sus pensamientos. Si se parecían a los de ella, se podían resumir fácilmente en una palabra: Sexo—. ¿Me deseas tanto como yo a ti?

Alzó la cabeza y la miró a los ojos, retándola a discrepar—. Seré sincero y admitiré que mi trabajo se ha resentido hoy porque no puedo dejar de pensar en ti.

—¿No será que eres un jefe de mierda? —preguntó ella con socarronería. Al ver la expresión ultrajada de él, se mordió el labio inferior para reprimir la risa.

—Pagarás por esto —repuso él. Frotó las caderas contra las de ella de un modo que dejaba pocas dudas en cuanto al castigo que tenía en mente. Charlotte decidió que, en ese caso, sería mala todos los días—. ¿Y qué vamos a hacer?

La joven sabía lo que quería hacer. Rasgarle la ropa, empujarlo a la silla más próxima, sentarse a horcajadas sobre él y montarlo hasta que casi no pudiera andar.

Pero a pesar del raso sexy debajo de la ropa de trabajo, seguía siendo la mujer tímida y sensata de siempre. Una mujer que nunca se saltaba las reglas. Una mujer destinada a una vida tranquila y segura, lo contrario de sus padres.

Había elegido ese día la ropa interior frívola para ver si así continuaba la confianza en sí misma del día anterior. Parecía que sí, pero no del modo que había esperado.

Su intención había sido impresionar a su jefe. ¡Poco sabía entonces que ya

lo había impresionado abriéndose de piernas el día anterior!

Se encogió. No importaba lo que llevara debajo de la ropa ni lo agradable que fuera la sensación de haberse sentido sexy el día anterior, no podía cambiar la persona que era. Ni por aquel hombre ni por ningún otro.

—Voy a volver a mi despacho, recoger mis cosas y marcharme —dijo.

Pero no se movió. Ordenó a sus piernas que hicieran algo y no le respondieron. Sus palmas seguían en el pecho de él y la pelvis de Alex apretada contra ella. La sensación era buena. Mejor que buena. Con el cuerpo de él pegado al suyo y los labios cosquilleándole todavía por el beso, se sentía fantástica.

Para una chica que no solía sentirse así a menudo, era difícil lograr que su cabeza empezara a trabajar en sincronía con su corazón.

Anhelaba romanticismo. Ansiaba el zumbido eléctrico, las chispas, ese algo especial que aseguraba que todos los días parecieran más brillantes.

Tenía que admitir que, una vez superado el *shock* de saber que el desconocido sexy era su jefe, ese día se había sentido más viva. Lo había observado en secreto durante el encuentro de empleados de la mañana, se había sentido más animosa en la hora del almuerzo y se le había encogido el estómago cada vez que había visto que entraba un mensaje de él en su correo.

Absurdo. Ridículo. Ilógico. El tipo de reacciones peligrosas que podían descarrilar los planes prudentes de una mujer.

Tendría que haberla hecho feliz oírle admitir que él también sentía aquella vibración entre los dos. No era así. Porque abrazada a él, el corazón le latía todavía con fuerza y estaba más confundida que nunca.

Nunca se había lanzado a la piscina en ese sentido. Jamás corría riesgos. Sus padres los corrían por todos ellos.

Sopesaba opciones y tomaba decisiones calculadas. Pero en aquel momento, con él mirándola con curiosidad, solo podía pensar que antes o después tendría que jugarse algo y que quizá debería apostar por él.

—¿De verdad quieres irte? —Alex subió las manos a las mejillas de ella—. Porque si eso es lo que quieres, te dejaré ir y no volveremos a hablar de esto. Pero después de lo que acaba de pasar a pesar de nuestras intenciones de mantener esto a un nivel estrictamente profesional, creo que quizá tengamos que reevaluar esto.

Tenía razón, claro. La desconcertaba, pero tenían que aclarar aquello.

—Creo que tenemos la buena intención de concentrarnos en el trabajo y

hemos dicho todo lo que había que decir, pero ese beso... —ella se llevó una mano a la boca y recorrió con los dedos los labios besados por él—. No será fácil, pero no puedo correr el riesgo de que haya consecuencias si hacemos alguna locura como tener una... aventura.

¡Maldición! Hasta la misma palabra la hacía sonrojarse. Jamás sería el tipo de mujer que podía tener una aventura breve sin ataduras, pero verse obligada a trabajar al lado de Alex durante un mes alteraría seriamente su sistema anterior de creencias.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito este trabajo. En esta fase de mi vida es importante para mí tener unos ingresos estables y no puedo dejar que nada descarrile mis planes.

¡Mierda!, ¿se podía ser más pomposa? Pero tenía que hacerle entender que, aunque su cuerpo lo anhelaba, su mente no podía dejarse influenciar.

—¿Eso significa que aceptarías una aventura si separáramos el trabajo del placer?

Charlotte pensó que tendría que haber adivinado que él oiría solo aquella palabra.

Aventura.

A ella le invocaba visiones de una mujer segura de sí exigiéndole cosas a un hombre sexy. De tenerlo a su disposición, recrearse en fantasías secretas, de ser traviesa y lasciva.

Y eso estaba muy alejado de lo que ella era.

—No creo que yo sea mujer de aventuras —musitó, con la voz temblándole de vergüenza.

—Eres una mujer increíble y sensual que me vuelves un poco loco —él trazó círculos con el dedo en su sien—. Podemos llamarlo una cosa en vez de una aventura, si eso te ayuda.

Charlotte se echó a reír. ¿Por qué tenía que ser tan puñeteramente atractivo?

Alex le sonrió.

—Si te preocupa que trabajemos juntos mientras tenemos esa «cosa», no te preocupes. Soy discreto. Puedo separar el trabajo del placer. Y si me acompañas en este viaje salvaje mientras esté aquí, tengo intención de que haya mucho placer.

Cuatro semanas. Veintiocho días de placer hedonista, del tipo de placer del que solo leía en libros y con el que soñaba. Eso era lo que le prometía Alex.

Nunca se había sentido tan tentada.

Pero no podía ignorar su lado racional. Esas «cosas» no eran su estilo. Por otra parte, últimamente ningún hombre había sido su estilo. Estaba en sequía de hombres.

—¿O sea que esto es algo temporal? —preguntó. No sabía cómo podía hablar tan tranquila, teniendo en cuenta el modo en que le golpeaba la sangre en los oídos.

Los ojos de él se iluminaron, seguramente porque pensaba que la pregunta implicaba que ella estaba interesada.

—Jamás te mentiría. Estaré aquí un mes y después pasaré al siguiente trabajo. Me dedico a esto. Odio estar mucho tiempo en una ciudad. Así que sí, es temporal —hizo una pausa para añadir énfasis—. Una aventura temporal monógama porque yo no me acuesto con cualquiera.

Su sinceridad la dejó sin habla. Ningún hombre le había hablado así antes. Los hombres con los que había salido en la universidad eran tipos callados y recalcitrantes tan introvertidos como ella. Salían unas cuantas veces y acababan en la cama en historias de poca intensidad. Algo de diversión, una distracción desenfadada de la onerosa carga de los estudios.

Ninguno de ellos le había durado un mes porque ella había sido realista. ¿Por qué perder el tiempo con alguien que no era su hombre ideal?

Y allí había un hombre que le ofrecía cuatro semanas apasionantes y ella vacilaba.

En el fondo sabía por qué.

Tenía la casa de sus sueños a la vista, lo que implicaba que tenía que ir a por el resto del sueño. El hombre apropiado, los niños, la perra, el huerto, las verduras, la vida cómoda y estable que siempre había soñado.

Y una aventura pasajera, por increíble que fueran el hombre y el sexo, no ayudaba a lograr eso.

Pero se había quejado de aquello con sus amigas, de que faltaba excitación en su vida. Allí había un hombre muy sexy que le ponía eso en bandeja, ¿y no podía aceptar?

Alex aumentó levemente la presión de su mano en la mejilla de ella y le rozó el labio inferior con el pulgar con un gesto erótico.

—Sin presiones, Charlie, es tu decisión. Lo que tú quieras hacer.

¡Maldición! Debía de estar muy mal para que el nombre de Charlie le pareciera un apelativo tierno y no una burla.

—Quiero... —«a ti», quería decir. Pero la frase se le quedó atascada en la

garganta.

Se esforzó por superar los nervios, mandó callar a su sentido común y recorrió la poca distancia que los separaba para mostrarle lo que quería pegando su boca a la de él.

Cuando sus terminaciones nerviosas volvieron a cobrar vida y él gimió en su boca, supo que ya no había vuelta atrás.

Capítulo 6

Alex nunca había hecho aquello con una mujer. Dejar las cosas tan claras antes de empezar.

Normalmente la cortejaba, disfrutaba del sexo, aprendía a conocerla para ver si valía la pena perseguir una relación temporal. Con Charlotte había vivido un sexo espectacular y se había saltado lo demás. Y a pesar de sus recelos iniciales de que sería un problema enrollarse con alguien del trabajo, sabía interiormente que valía la pena explorar lo que había entre ellos.

Le había impresionado que aceptara un cliente nuevo después de la jornada laboral y había decidido esperar para hablar con ella. No esperaba verla convertirse en una especie de fan deslumbrada con el jugador de rugby. Había visto hombres así antes e incluso había llevado la contabilidad de algunos. Idiotas acostumbrados a blandir su fama para conseguir a mujeres que les gustaban y luego dejarlas y pasar a la siguiente.

Alex creía que Charlie le daría un corte al jugador y, en vez de eso, la había visto acompañarlo a su despacho y sonreírle y charlar como si fueran viejos amigos y había sentido el pinchazo poco familiar de los celos.

No tenía sentido. Él nunca se implicaba tanto con una mujer como para que le importara con quién hablaba o cómo lo hacía, pero con Charlotte se había sorprendido esperando con impaciencia que se cerrara la puerta del ascensor con el jugador de rugby dentro para poder hablar con ella.

Su ética del trabajo lo impresionaba. El sexo del día anterior había sido espectacular. ¿Pero qué sabía de ella más allá de eso?

La había invitado a su despacho para hablar. Para mostrarle que era algo más que un hombre que se aprovechaba de una mujer tirándosela. Para conocerla mejor con la esperanza de averiguar por qué tenía un efecto tan grande sobre él cuando la conocía muy poco.

No era su tipo. Prefería rubias altas de piernas largas. Charlie era morena, bajita y delgada. ¿Quizá ahí estaba la atracción? ¿En que eran opuestos en todos los sentidos? Pero Alex no era tan superficial y sabía que había algo más que eso.

Por primera vez en mucho tiempo, sentía curiosidad por una mujer hasta el punto de que no podía sacársela de la cabeza.

Por eso, cuando ella le hizo el corte de mangas, añadiendo desafío a su aura de misterio, no pudo resistirse.

Peor, se encontró contándole cuánto la deseaba y durante cuánto tiempo quería estar con ella. Algo muy poco inteligente.

Cuando no pudo resistir besarla, esperaba que protestara, no esperaba una respuesta entusiasta, ni mucho menos que aceptara sus condiciones.

¿Qué tenía aquella mujer reservada que lo provocaba de tal modo?

Lo besaba con entusiasmo desinhibido, como si no se fuera a cansar nunca.

Y la sensación era mutua.

Charlotte bajó las manos por su pecho, primero con aire vacilante. Rozó la cintura del pantalón, deslizó las palmas por las caderas y las hizo descansar en el trasero, que apretó un poco.

Alex soltó una risita y apartó los labios.

—¿Me estás palpando?

—Por supuesto —contestó ella, sonrojada y con ojos brillantes—. Puesto que has tenido la amabilidad de explicar cómo va a funcionar esta cosa entre nosotros, permite que te cuente cómo la veo yo funcionando.

A él le encantaba aquel lado enérgico de ella, oculto tras el cabello recogido y la ropa seria.

—Adelante, cuéntamelo.

—Tienes mucha razón en lo de mantener esto en secreto, porque si trasluciera, perdería mi credibilidad. Y quiero que me prometas que, pase lo que pase en tu reforma de esta empresa, solo me juzgarás por mis resultados en el trabajo.

Él alzó una mano como había visto hacer incontables veces en los juzgados en las series de televisión.

—Prometido.

Y antes de que te hagas una idea equivocada de mí, lo de ayer fue una aberración.

Alex, confuso, bajó la mano y volvió a apoyarla en la cadera de ella.

—¿En qué sentido?

Charlotte se sonrojó profusamente.

—No uso lencería erótica, no echo polvos impulsivos, no hago nada que sea un poco aventurero, así que, si crees que soy una diosa disipada del sexo por mi comportamiento lunático de ayer, te equivocas, y no quiero que te hagas una idea equivocada porque la lencería de ayer era publicidad falsa.

—¡Hala! Frena un poco. Respira.

¿Se podía ser más adorable? Alex sabía ya que no era el tipo de mujer que echaba polvos con desconocidos por lo encantadoramente aturullada que se mostraba desde entonces. Incluso en aquel momento transmitía una vibración de nervios, con su sonrojo y su modo de farfullar, como si no pudiera creer que no fuera capaz de resistirse a él.

—Me gustas —dijo Alex. Confió en que ella aceptara su sonrisa íntima por lo que era, que no era una frase preparada para volver a tirársela—. Quiero divertirme contigo mientras esté en Sídney. Sin expectativas.

Charlotte tardó un rato en contestar.

—¿Pero y si te decepciono?

Hablaba con tanta suavidad, que él se preguntó si había oído bien. La mujer que llevaba ropa interior de cuero el día anterior y lo besaba como si su vida dependiera de ello debía de tener serios problemas de autoestima para hablar así.

Le entristecía pensar que ella no supiera lo increíble que era.

—Nada de ti podría decepcionarme jamás —murmuró. Subió las manos por sus costados y las apoyó en sus hombros—. Eres espectacular.

—Soy normalita como mucho —repuso ella con sequedad. Frunció los labios en una sonrisa nerviosa—. Pero puedo llegar ahí cuando me lo propongo.

Alex rio. Le encantaba su sentido del humor.

—Tenía intención de poseerte ahora mismo encima de mi escritorio, pero teniendo en cuenta que ya hicimos algo parecido ayer, ¿qué tal si retrocedemos un poco y empezamos a conocernos?

La joven abrió mucho los ojos hasta que él pudo ver minúsculas luces verdes entre tanto gris. Como briznas de hierba recién segadas contra un camino de pizarra. Impresionante.

—¿Te refieres a tener una cita?

Parecía confusa, como si no pudiera entender que quisiera pasar tiempo con

ella. Sí, algún capullo había conseguido bajarle mucho la autoestima. Alex lo habría matado por ello.

—Sí, si quieres llamarlo así —contestó.

Charlotte enarcó las cejas y frunció el ceño.

—¿Cómo quieres llamarlo tú?

—Ampliar los preliminares —él guiñó un ojo, aliviado de ver que ella desfruncía el ceño—. Créeme, estar sentado frente a ti en un café o restaurante, intercambiando bromas, pensando qué llevas debajo de la ropa, hará que luego sea más interesante tenerte desnuda.

La joven soltó el aire con fuerza y se ruborizó aún más.

—Quiero que sepas que esto está fuera de mi zona de confort.

—¿No tienes citas?

—Casi nunca —murmuró ella. Y su sinceridad lo sorprendió una vez más—. Pero me gustas —el rosa atractivo de sus mejillas se volvió escarlata—. Y me gustó mucho lo que hicimos ayer, así que sí, tendré una cita contigo.

Alex nunca había conocido a una mujer tan directa. Las mujeres con las que salía eran glamurosas, seguras de sí mismas y un pelín quejumbrosas. Nunca decían cuánto les había gustado el sexo, ni mucho menos admitían ser inseguras.

Charlotte resultaba refrescante. Alex llevaba la vida que quería llevar, sin echar raíces, viajando constantemente, con una cuenta bancaria importante y una carrera estelar, pero sabía que últimamente empezaba a encontrar todo aquello algo repetitivo.

Hasta que el día anterior había entrado en un almacén y aquella mujer había dado una sacudida a su muy ordenada vida y eso no había cambiado desde entonces.

—Hacía tiempo que no venía a Sídney. ¿Quieres que pida recomendaciones de restaurantes o prefieres elegir tú? —él contoneó el trasero—. Estoy encantado de ponerme en tus capaces manos.

Ella pareció darse cuenta entonces de que tenía todavía las manos en las nalgas de él y lo soltó con un sobresalto, lo cual hizo reír a Alex.

—Prefiero la comida sencilla a la elegante —dijo ella.

—Yo también.

Charlotte se mordió un momento el labio inferior, lo que hizo que él deseara hacer lo mismo.

—Me encanta la frescura de la comida vietnamita. ¿Te gusta a ti?

—Me encanta —contestó él.

La verdad era que estaba dispuesto a comer cucarachas asadas si eso implicaba pasar la velada aprendiendo a conocerla mejor.

—Hay un restaurante pequeño cerca de mi casa. Prácticamente vivo allí —dijo ella.

Intentó apartarse y él la soltó, pero no sin antes besarla otra vez. Le gustó el respingo sorprendido de ella, pillarla con la guardia baja. A juzgar por la imagen de reserva que presentaba al mundo, suponía que aquello no ocurría muy a menudo.

Ella respondió al beso de inmediato, como había hecho antes, con la boca abierta y aferrándose a él con fuerza. Alex encontró aquello muy excitante.

Terminó el beso antes de que optara por renegar de su plan de ir más despacio después del ardiente comienzo que habían tenido.

—Tengo hambre —dijo. Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Primero la comida vietnamita —se inclinó a susurrarle al oído—: Después tú.

Oyó un gemido reprimido que le llegó directo a la polla. Tenían que salir de allí rápidamente.

—Vamos —le tomó la mano y abrió la puerta, evitando mirar el escritorio y pensar en cómo deseaba echarla sobre él.

Esa fantasía tendría que esperar a otro día.

Charlotte había perdido el juicio.

Una cosa era ceder al impulso de echar un polvo con un desconocido y otra muy distinta aceptar una aventura pasajera con él.

Se había sentido impotente ante sus encantos.

«Eres espectacular».

Estaba tan lejos de ser espectacular que la frase no tenía gracia, pero cuando Alex la miraba, le hacía sentirse deseada de un modo que no había conocido nunca.

Él tenía un poder sobre ella que Charlotte no podía explicar. Tenía la sensación de que con él podía hacer lo que quisiera y ser quien quisiera.

Tal vez fuera por la naturaleza transitoria de su aventura. O quizá fuera porque no era en absoluto el hombre apropiado para ella. Fuera lo que fuera, había accedido a pasar tiempo con él las siguientes cuatro semanas y nunca se había sentido tan viva.

Incluso en aquel momento, sentada enfrente de él en su restaurante vietnamita, el local le parecía menos sórdido y los rollitos de primavera más deliciosos.

—¿Tengo menta en los dientes? —él hizo una pausa con rollito de primavera envuelto en lechuga a medio camino de su boca—. Me miras fijamente.

—Es que admiro las vistas —contestó ella.

Se encogió de hombros como si no tuviera importancia mostrarse tan abierta, cuando la verdad era que no estaba acostumbrada a hacer cumplidos a los hombres. Alex le sonrió y ella sintió la misma opresión en el pecho que había sentido la primera vez que lo había visto entrar en la habitación del almacén.

—Si quieres ablandarme, no es necesario —se echó hacia delante. Se cubrió la boca con una mano y dijo con un susurro exagerado—: Soy un hombre fácil, puedes hacer conmigo lo que quieras más tarde.

Charlotte soltó una carcajada fuerte, que le hizo llevarse la mano a la boca.

—Tienes una risa fantástica, no la ahogues —él echó la cabeza a un lado, como estudiándola—. No sé si esto será tentar a la suerte, teniendo en cuenta que ya has accedido a salir conmigo mientras esté en Sídney, pero quiero que hagas un esfuerzo para no refrenarte conmigo, ¿de acuerdo?

Volvió a relajarse en su silla.

—Me gusta la espontaneidad —añadió. Fijó la vista en la boca de ella y Charlotte sintió un cosquilleo por todo el cuerpo—. Como hiciste ayer, cediendo a tu primer impulso. Haz eso.

La joven sabía que no hablaba solo de sexo. Pero mientras pudiera mantener la aventura a un nivel puramente físico, podría proteger su corazón.

Porque su mayor miedo al aceptar mostrarse imprudente era ese. Que él pudiera alejarse sin mirar atrás, tal y como había estipulado, y ella se quedara con el corazón roto porque había sido lo bastante tonta para enamorarse de él a pesar de intentar no hacerlo.

—No soy así —dijo, y la mortificación hacía que le temblara un poco la voz—. Sopeso cuidadosamente todas las opciones y tomo decisiones bien calculadas. Es lo que me hace ser buena contable, pero socialmente... —hizo una mueca—. Soy torpe. Los hombres lo saben. Y por eso no he tenido una relación larga ni he salido con nadie desde la universidad.

Él abrió mucho la boca y el rollito de primavera que tenía en la mano cayó

de golpe al plato.

—¿Nunca?

Charlotte se mordió el labio inferior y negó con la cabeza. Tenía ganas de meterse debajo de la mesa.

—Terminé la universidad hace tres años. Desde entonces me he dedicado a establecerme profesionalmente y trabajar con miras a comprarme una casa.

Alzó la mano y separó un par de centímetros el índice del pulgar.

—Estoy así de cerca de lograr mi objetivo. He encontrado la casa de mis sueños. Supongo que trabajar duro no deja mucho tiempo para citas.

Alex la miró con un escepticismo evidente, que a ella le resultaba encantador.

—Terminas de trabajar a las cinco. Eso te deja mucho tiempo para citas.

Charlotte deseó no haber iniciado aquella conversación. Una cosa era la sinceridad y otra contar demasiado. Había hecho lo segundo y ahora tendría que contarle lo demás, por mucho que la avergonzara.

—Prefiero los hombres de ficción a los de verdad. Esos no me decepcionan.

Él frunció los labios.

—¿Te importa decirme por qué soy la excepción?

Charlotte volvió a sonrojarse. Estaba segura de que sus mejillas estarían de color escarlata.

—Te reirás.

Alex levantó una mano.

—Prometo no reírme.

Si ya había llegado hasta allí, ella pensó que no tenía nada que perder contándolo todo. Además, no podía ponerse más en evidencia de lo que ya se había puesto.

—Estoy a punto de pagar la entrada de la casa de mis sueños. Lo que significa que puedo seguir adelante con el resto de mis planes.

—Continúa.

—No quiero vivir sola en la casa. Quiero un marido, hijos... El completo —suspiró por lo vergonzosamente cursi que sonaba aquello al decírselo a un hombre de mundo como él—. El tipo de familia que nunca he tenido.

Alex enarcó las cejas.

—¿Tus padres están muertos?

Teniendo en cuenta el tiempo que había pasado con ellos en la infancia, era

como si lo estuvieran. Se habían perdido su primer día de colegio, incontables entregas de premios, el día en que entró en el equipo de *softball* y su graduación. Nunca les había perdonado eso.

—Son profesores en una ONG internacional. Me dejaron con mi tía Dee desde que pude hablar y andar. Bueno, no tan pronto, pero se marcharon cuando cumplí los seis años. Desde entonces han venido a veces a Sídney, siempre por impulso y sin anunciar su llegada. Aterrizan y vuelven a marcharse con la misma rapidez. Les importan más los niños de otros que su hija.

Alex enmascaró su consternación.

—¿Eres su única hija?

Charlotte asintió, la amargura le hizo apartar su plato.

—La tía Dee es fantástica. Es extravagante, divertida y cariñosa. Me crio ella y para mí es más mi madre que la biológica.

La lástima oscureció los ojos de él.

—¿Es la que lleva el negocio por internet para el que alquilaba un espacio en mi almacén?

—La misma.

Alex sonrió ampliamente.

—Tengo que conocerla, aunque solo sea para darle las gracias por transmitirle a su sobrina un gusto tan excelente en lencería.

La joven lo miró a los ojos.

—Sabes que no llevo esas cosas todo el tiempo.

—No lo sé —él bajó la voz, que recorrió la piel de ella como si fuera una caricia con las yemas de los dedos—. Pero tengo intención de descubrirlo todos los días del próximo mes.

La amargura que oprimía la garganta de ella se evaporó ante el encanto de él.

—Definitivamente, eres el chico malo por el que te tomé.

Él la miró y chasqueó los dedos.

—Por eso has accedido a esta aventura. La chica buena quiere un chico malo antes de sentar la cabeza.

—Algo por el estilo.

—En ese caso, querida... —él le tendió las muñecas como ofreciéndose a que lo esposara—. Soy todo tuyo. Hazme lo peor que puedas hacerme.

A ella le encantaba su modo de coquetear, la facilidad con que la hacía

sonreír.

—Sigue comiendo o no llegará nunca el plato principal —dijo.

Mientras él hacía lo que le decían y ella saboreaba las succulentas gambas rebozadas, Charlotte no podía por menos de alegrarse de habérselo contado todo.

Bueno, casi todo.

El resto lo descubriría muy pronto, cuando fueran a su apartamento en busca del postre.

Y no eran los deliciosos pastelitos de Abby que había en el frigorífico.

Aquella aventura podía ser justo lo que necesitaba antes de dedicarse al tema serio de buscar al hombre de sus sueños que hiciera juego con la casa de sus sueños.

Mientras no se le ocurriera adjudicarle aquel papel a Alex, todo iría bien.

Y nunca sería tan tonta como para hacer eso.

Capítulo 7

Quizá hubiera sido mala idea cenar antes de dedicarse a tocarla. Había imaginado unos preliminares ampliados, no había esperado que quisiera simplemente... tocarla.

No de un modo sexual, pues cuando le había contado todo aquello de sus padres y de su falta de experiencia con los hombres, simplemente había querido abrazarla y no soltarla nunca.

Y eso no era propio de él.

Él podía mostrarse divertido y coquetear, o peligroso y sensual.

Pero se alejaba de los sentimientos. Creaban dependencia, complicaciones y desprecio. Había visto lo que le habían hecho a su padre y vivía con las consecuencias de esa tragedia todos los puñeteros días. Lo guiaba el implacable deseo de no acabar como su padre, deprimido, suprimido, una sombra de su antiguo ser que acababa por poner fin a su vida.

Depender de una persona para ser feliz era un empeño de tontos. Y él no era ningún tonto.

Oír a Charlotte hablar de sus padres le había recordado el tiempo que hacía que no iba a ver a su madre. Casi nunca volvía a casa, al pueblo del norte de Nuevo Gales del Sur donde solo tenía recuerdos amargos. Pero una vez al año pagaba a su madre un billete de avión hasta la ciudad en la que estuviera trabajando en ese momento. Por obligación.

En esas visitas llenas de tensión charlaban educadamente de cosas triviales, como dos desconocidos. Lo cual seguramente eran, teniendo en cuenta la enorme brecha emocional que había entre ellos desde la muerte de su padre.

Nunca hablaban de él. Jamás.

Alex lo había intentado. Una vez, después del funeral. Ella lo había hecho callar y él había mantenido aquella situación incómoda los últimos ocho años.

—¿Quieres algo? —preguntó Charlotte. Estaba apoyada en el dintel entre la pequeña cocina y la sala de estar, donde él se había sentado siguiendo las instrucciones que le habían dado al entrar en el apartamento.

El lugar era ordenado y hogareño. Muebles minimalistas, alfombras de colores brillantes, estanterías a rebosar. El contraste resumía muy bien a aquella mujer misteriosa.

—Sí. A ti. Desnuda. Aquí —él señaló su regazo con una sonrisa lasciva.

Le gustaba verla sonreír. Debería hacerlo más a menudo, para aliviar las sombras que acechaban detrás de las profundidades grises de sus ojos.

Su sinceridad durante la cena lo había sorprendido. Le había hablado de su poca experiencia con los hombres, de su breve historial de citas, de sus padres... Él había querido saber más de ella desde su encuentro inicial y parecía que había cumplido su deseo.

¿Pero a qué precio? Acercarse más a ella, profundizar una intimidad más allá del sexo solo podía llevar al desastre. Ella prácticamente se lo había dicho así al hablarle de su sueño.

Casi tenía ya la casa y después quería el hombre.

Alex podía imaginarlo claramente. Un hombre pulcro con una profesión respetable. Probablemente un profesor o un banquero. Quizá otro contable. Se instalaría en casa de Charlotte y harían niños perfectos a juego con la vida perfecta de ella.

La joven se merecía cumplir su sueño.

¿Por qué, entonces, le molestaba tanto la idea de que se instalara en una vida cómoda cuando todavía no había vivido?

Él podría haberse asentado. Haber tenido la vida de sus padres. Matrimonio, hipoteca, un hijo... Pero había visto en qué podía convertirse esa vida y no quería nada de eso.

Jamás.

—Te preguntaba si quieres una copa. O postre.

—Solo si puedo comerlo en tu cuerpo —él se levantó y avanzó hacia ella con una cosa en mente, para borrar el estado de ánimo que siempre le producía pensar en el pasado.

—Pues tengo una sorpresa para ti —ella señaló el sofá—. Pero tienes que sentarte y prometer que no te vas a mover.

—No prometo nada —dijo él. Pero hizo lo que le decían, intrigado por aquella faceta juguetona de ella.

—¿Ves esas cajas? —Charlotte señaló una puerta abierta que daba a un dormitorio lleno de cajas—. Eso es lo que empaqueté ayer y puede que haya más cosas que me puedo probar y hacer de modelo para ti.

Alex emitió un sonido estrangulado y se echó hacia atrás en el sofá.

—Basta. Me estás matando.

La joven soltó una risa provocativa que hizo que él la mirara con un respeto nuevo.

—Creo que, si me convertí en esta mujer sexy y segura de mí misma gracias a esa lencería, no hará daño volver a probarla, ¿verdad?

—Tú no necesitas esas cosas —dijo él, serio de pronto en medio de las bromas ligeras—. Las chispas que emitías eran solo tuyas, preciosa.

Charlotte se sonrojó. Sonrió con coquetería.

—Gracias, pero necesito hacer esto por mí, ¿de acuerdo?

Alex asintió.

—De acuerdo. ¿Quieres que califique de uno a diez esas prendas?

—Solo si quieres que use unas abrazaderas de aspecto doloroso que vi ayer en cierta parte de tu anatomía.

Él hizo una mueca de dolor y volvió a reír.

—Vuelvo en un momento —dijo ella.

Charlotte se asomó por la puerta con las mejillas rojas como un tomate.

—No estoy segura de esto —musitó. Se mordió el labio inferior—. En la teoría está bien, pero ahora que lo llevo puesto, interiormente sigo siendo una cobarde.

—Tú no eres cobarde —Alex la miró atentamente, con la esperanza de transmitirle lo atractiva que la encontraba con o sin lencería sexy—. Eres una mujer fuerte y segura de sí que asume el control de su sexualidad y se divierte un poco. Eso no tiene por qué dar miedo.

Sus palabras produjeron el efecto deseado, pues ella alzó la cabeza y abrió más la puerta.

Y él se quedó patidifuso.

Si el conjunto negro de cuero falso del día anterior lo había excitado, la prenda transparente de raso rojo lo lanzó a la estratosfera.

Llevaba lo que parecía un camisoncito extremadamente corto que terminaba en la parte alta de los muslos, sujeto por unos tirantes minúsculos. Caía suelto de arriba abajo, con lo que carecía de forma, pero como a través de él se podían ver planos y curvas, además de una ropa interior igualmente sexy,

Alexander sintió deseos de ponerse de pie y aplaudir.

—¿Demasiado?

La voz de ella era vacilante y la duda nublaba de nuevo sus ojos.

Él se dijo que tenía que mostrarle lo increíble que era.

—Eres exquisita —se puso de pie. Tenía que tocarla inmediatamente.

—¡Ah, ah! —ella movió un dedo—. De momento solo mirar.

—Aguafiestas —murmuró él. Volvió a sentarse, pero tuvo que ajustarse el pantalón al hacerlo—. Si solo se me permite mirar, ¿por qué no te quitas ese sujetador?

Esperaba que ella se negara. Charlotte no lo hizo, sino que desabrochó el cierre delantero, sacó los brazos de los tirantes y lo dejó caer al suelo. Alex la miró esperanzado. Aquella mujer tenía pozos de sensualidad encubiertos y él tenía intención de explorarlos detalladamente.

—¡Guau! —exclamó.

Miró con reverencia los pezones oscuros, claramente visibles a través de la gasa transparente. Los pechos eran respingones, con la areola perfectamente definida. Quería acercar su boca a ellos tan desesperadamente que le palpitaba la polla.

—Si te gusta eso... —ella enganchó los pulgares en el elástico del tanga y lo bajó hasta los tobillos, donde lo sacó de una patada con un movimiento simpático que habría parecido muy ensayado en cualquier otra mujer.

Se incorporó, con los brazos colgando a los costados y una expresión incierta, mientras dejaba que él mirara tanto como quisiera.

Y Alex así lo hizo. Miró el vello en la cima de los muslos, miró los pezones tentadores y al final subió la vista hasta la cara.

Cuando ella enarcó lentamente una ceja, como preguntándole a qué esperaba, él se levantó de un salto y golpeó la mesita de centro en su afán por llegar hasta ella.

—¿Y el resto del pase de modelos? —preguntó ella, sonriente, como si supiera claramente hasta qué punto lo excitaba.

—Tesoro, tienes un mes para mostrarme todas las puñeteras prendas interiores que hay en esas cajas, pero en este momento te deseo demasiado.

Para probarlo, le agarró las manos y se las sujetó por encima de la cabeza mientras la apretaba contra la jamba. Los ojos de ella eran lagos de deseo titilante.

—¡Eres tan puñeteramente sexy! —murmuró él, un segundo antes de besarla

en los labios.

Sabía dulce y decadente, y su gemido suave lanzó la libido de él hasta las nubes. ¡Como si necesitara más!

Deslizó las manos bajo el camisón y buscó los pechos. Cabían perfectamente en sus manos. Enrolló los pezones entre los pulgares y los índices sin dejar de asaltarle la boca, encantado de cómo se movía contra él, impaciente, ardorosa.

La pelvis de ella frotaba la polla de él y Alex deslizó una mano hacia abajo y la encontró mojada y deseosa.

Introdujo los dedos entre sus pliegues resbaladizos, encontró el botón duro y frotó, jugueteó un poco, acariciándola con los dedos, saboreando los sonidos incoherentes que emitía. ¡Respondía tan bien! ¡Estaba tan preparada para recibirlo que a él le dolía la polla de ganas de estar dentro de ella!

Charlotte gimoteaba con suavidad a medida que aumentaba su excitación y él le acarició el clítoris más deprisa, atónito por la rapidez con la que escalaba hacia el clímax. Sus dedos seguían jugando con ella, hurgando, y cuando llegó al orgasmo, se tragó su grito de placer. Necesitaba tanto estar dentro de ella, que le dolían los testículos.

Cuando el cuerpo de ella se suavizó, los labios de él aflojaron la presión y su beso se hizo más leve, más gentil.

—Me haces sentir mucho —murmuró ella, enterrando la cara en su hombro, un gesto que hizo que a él le oprimiera el pecho algo inexplicable.

Volvió a sentir el impulso de abrazarla y apretar con fuerza. De protegerla. De reverenciarla como un puñetero caballero andante.

Para distraerse de la sensación extraña en su pecho, se puso en acción. Se abrió el pantalón, se puso el preservativo, le palmeó el trasero y la izó un poco para tener mejor acceso. A continuación la penetró. El suyo era un paraíso apretado y mojado, el coñito glorioso de ella se apretó en torno a él como si no fuera a soltarlo nunca.

Charlotte le mordisqueó el hombro cuando él se retiró, solo para volver a embestir. Una y otra vez. Remolinos de placer se concentraban en la parte baja de su espalda, haciendo que se le hincharan los testículos y la polla se le pusiera tan dura que se sentía invencible.

Los jadeos suaves de ella lo espoleaban. Charlotte le marcaba la espalda cuando la embestía con la intensidad mecánica de un hombre empeñado en revivir el placer absoluto que ansiaba.

—Muy, muy bueno —susurraba ella—. Increíble.

Entonces le mordió el hombro y él se corrió con la fuerza de un huracán que lo golpeará, le diera la vuelta y lo dejara desorientado.

Su frente había conectado con la jamba de la puerta en algún momento y, cuando tuvo fuerzas, levantó la cabeza y vio que los ojos grises de Charlotte brillaban como piritita derretida.

Alex quería hablar. Decirle lo poco habitual que era para él encontrar una conexión física así con una mujer tan pronto.

Le gustaba el sexo. Lo había practicado a menudo desde el final de la adolescencia, cuando había perdido la virginidad con la hija de un granjero tres años mayor que él sobre un haz de paja en la parte de atrás de un cobertizo para esquilas.

El sexo esporádico nunca le había parecido mal. ¿Pero qué tenía Charlotte para hacerle sentir que lo que habían compartido, dos veces ya, no era solo follarse?

—Tú eres especial. Lo sabes, ¿verdad? —preguntó.

Un cumplido bastante pobre, pero que tuvo el resultado deseado de que ella le sonriera.

—¿Significa eso que querrás otro pase de modelos mañana por la noche?

Alex rio y le apretó más la cintura.

—Tesoro, dame media hora y puedes pasarte el resto de la noche mostrándome modelos.

La mano de ella le rozó el pecho y se posó en su corazón.

—Que sean quince minutos y trato hecho.

—¡Maldita sea! —murmuró él. La besó en los labios preguntándose cómo se las había arreglado para alterar su foco de atención en menos de veinticuatro horas.

Normalmente, cuando empezaba en una empresa nueva, se concentraba al cien por cien en el trabajo. Desde el día anterior, cuando había entrado en el almacén y había visto a aquella contable tímida vestida con ropa erótica, su empeño de concentrarse en el trabajo no había servido de mucho.

Tenía que volver al campo de juego y procurar que The Number Makers volviera a ser una empresa viable.

Pero cuando Charlotte quitó la mano de su pecho y la bajó por su cuerpo con aquella decisión tranquila tan propia de ella, pensó: «Mañana. Mañana recuperaré la concentración».

Charlotte se despertaba todos los días a las seis de la mañana sin despertador. Hacía cinco estiramientos de yoga en la cama, unos cuantos ejercicios abdominales para activar la sangre y se dirigía a la ducha.

Pero cuando abrió los ojos esa mañana, había algo diferente. Por las persianas venecianas entraba más luz, que dibujaba franjas de color oro y siena en el techo. Parpadeó varias veces y se desperezó. Y descubrió que le dolían músculos por todo el cuerpo.

En un instante recordó todo lo que había hecho. La cena. La lencería escarlata, Alex...

Se preparó para el acontecimiento poco habitual de tener un hombre en la cama, hizo acopio de valor y giró la cabeza a un lado.

Nada.

Alex se había ido.

La invadió el desencanto y se le oprimió la garganta. Una reacción estúpida, teniendo en cuenta que entendía los términos de su acuerdo, pero cuando él había accedido a pasar la noche, ella había imaginado todo tipo de escenarios distintos, como despertarse a su lado, acurrucarse contra él, besarse, más sexo y después el desayuno.

Irritada por su sentimentalismo, se apretó los ojos con los dedos, respiró hondo varias veces y abrió los ojos.

Y vio a Alex apoyado en el umbral de la puerta, vestido solo con una toalla y una sonrisa, y con una taza de café en la mano.

—Buenos días —dijo con voz demasiado animosa, cruzando ya el pequeño dormitorio para depositar la taza de café en la mesilla—. Dormías tan profundamente que no he querido despertarte.

A Charlotte no le hubiera importado que la despertara si lo hacía con las manos y la lengua, pero se guardó la información para sí. Llevaba poco más de un día en compañía de aquel hombre y ya se había convertido en una maníaca del sexo. Aunque teniendo en cuenta lo que Alex podía hacer en el dormitorio o en la jamba de la puerta o en el almacén, se le podía perdonar que desarrollara una fijación por el sexo.

—¿Qué hora es? —el aroma del café la tentó y tendió la mano hacia la taza.

—Las seis y cuarenta.

—¡Mierda! Voy a llegar tarde. Sorbió demasiado líquido y se escaldó la

lengua—. ¡Ay!

—Frena un poco. Me han dicho que el jefe es indulgente.

La sonrisa torcida de él consiguió que ella quisiera mandar a la porra el trabajo y pedirle que volviera a la cama, pero Alex se había girado ya hacia la puerta y ella no sabía lo que significaba eso.

¿Se arrepentía de haberse quedado a pasar la noche?

¿Tenía prisas por irse?

¿Tenía dudas sobre su decisión de mantener una aventura con ella?

—Gracias por el café —dijo ella. Sopló el líquido y tomó un sorbo más pequeño—. Por la mañana no puedo funcionar sin una inyección de cafeína.

—Yo tampoco —él señaló la toalla—. Me he duchado, espero que no te importe.

—Claro que no —ella tomó la taza con ambas manos para que le penetrara su calor en la piel y alejar así un escalofrío repentino.

No porque hubiera nada de malo en aquella conversación, sino porque esta no era tan relajada como lo que habían vivido la noche anterior. Su charla no había sido tan forzada ni siquiera durante la cena, cuando ella había contado todo aquello sobre sus padres y su anhelo de estabilidad.

No le gustaba esa sensación. Ya se sentía bastante incómoda con la gente, en especial con los hombres, para encima añadirle aquello.

Alex carraspeó.

—Te veré en la oficina.

Fue una declaración, no una pregunta, cuando se giraba para dirigirse al cuarto de baño, donde sin duda se vestiría antes de protagonizar una retirada apresurada.

El escozor inesperado de las lágrimas la irritó todavía más. ¿Qué demonios se había creído? ¿Que irían juntos a la oficina?

Había sido ella la que había estipulado que, si decidían hacer algo con aquella atracción mutua, tenía que ser en secreto. Lo último que necesitaba era que alguien del trabajo se enterara de lo que ocurría entre el jefe y ella, y menos cuando podía haber un posible ascenso en un futuro próximo.

Pero se mentiría a sí misma si no admitía que había esperado algo más de aquel primer despertar juntos.

Si estaban ya así, ¿no sería mucho peor en el trabajo? ¿Había sido una tonta al plantearse separar el trabajo del placer?

Ella podía hacerlo. ¿Y él?

Terminó el café y esperó a que se fuera Alex. La puerta del baño se abrió dos minutos después, lo que mostraba el deseo de él por una huida rápida.

Entró en el dormitorio, vestido con la misma ropa de la noche anterior y, sin embargo, arreglándoselas para parecer relajado y muy atractivo.

Charlotte esperó que hablara, que dijera algo que borrara la incomodidad que colgaba como un paño fúnebre en el aire.

Después de lo que pareció una eternidad, él se limitó a hacer una inclinación brusca con la cabeza.

—Nos vemos luego.

Charlotte esperó hasta que oyó cerrarse la puerta y entonces se dejó caer sobre la almohada y murmuró una ristra de insultos entre dientes.

Pero no sabía si iban dirigidos a él o a sí misma.

Capítulo 8

Alex no soportaba a las personas que llevaban sus problemas al trabajo. Tenía la firme creencia de que lo que ocurría fuera de las puertas de la oficina debía quedarse fuera, razón por la cual sentía algunos celos en lo relativo a permitirse una aventura tórrida con Charlotte y no dejar que interfiriera en su relación de trabajo.

¡Qué gilipollez!

En todos los sentidos.

Porque, desde luego, ese día había llevado su humor al trabajo con él. Un humor horrible, perturbado, que no había conseguido sacudirse desde que abrió los ojos por la mañana y vio a Charlotte, que, sexy y dormida, parecía un ángel inocente al que él había corrompido intencionadamente.

No había querido quedarse a pasar la noche. Nunca lo hacía. La parte sexual podía hacerla, la de la intimidad, no tanto. Pero estaba tan cansado después de su primer día en The Number Makers, por no hablar de los dos polvos sensacionales de después de la cena, que se había quedado dormido después de la segunda vez en la cama y no se había despertado hasta la mañana siguiente.

Otra primicia, no despertarse varias veces durante la noche. Jamás dormía de un tirón. Probablemente porque, años atrás, la llamada para comunicarle la muerte de su padre había llegado a la una y treinta y siete de la mañana y desde entonces no dormía bien.

Odiaba que sonara el teléfono por la noche, pero había aprendido a soportarlo, teniendo en cuenta que las llamadas de sus negocios en ultramar rara vez se producían durante el día debido a las distintas zonas horarias. Sin embargo, el sonido del aparato le atacaba los nervios y siempre lo devolvía a aquella noche en la que su madre la había dado la terrible noticia con voz

trémula.

Alex sabía que su padre no estaba bien, había sido testigo de primera mano de su depresión. La atmósfera opresiva de la casa en la que se había criado era una de las razones por las que había escapado en cuanto había sido humanamente posible.

Pero cuando su madre le había contado las dudas que rodeaban esa muerte y le había dicho que podía haber sido un suicidio, se había sentido inmediatamente culpable.

¿Había hecho lo suficiente cuando estaba en la casa? Siempre había habido una barrera entre su padre y él que les había impedido intimar. Alex había culpado de ello a su padre, por mostrarse deliberadamente distante, y había utilizado eso como excusa para no ir de visita tan a menudo como habría sido aconsejable.

Lo cual, por supuesto, llevaba a plantearse preguntas inevitables, como la de si su padre estaría vivo todavía si él hubiera ido a verlo más a menudo.

No había querido dejarse corroer por la culpa, pero en las horas de la noche, cuando no podía controlar su subconsciente, la culpa supuraba y se manifestaba en forma de pesadillas desmoralizadoras que se encargaban de que casi nunca pudiera dormir bien.

No obstante, la noche anterior, con Charlotte acurrucada contra él como un gatito cariñoso, había dormido como un tronco. Y lo que había visto al despertar, más descansado de lo que había estado en años, le había dejado sin aliento.

Las pestañas oscuras y naturales que abanicaban las mejillas de ella, los labios entreabiertos por los que salían pequeños soplos de aire y la sábana tapándola hasta la cintura, dejando los pechos desnudos.

La había mirado a conciencia, aunque, con ella dormida, se sentía como un voyeur, pero no podía evitarlo. Algo en la inocencia inherente de ella lo cautivaba de un modo que no había esperado después de su primer encuentro ardiente.

¿Cómo era posible que una mujer tan reservada e introvertida fuera tan fiera y desinhibida en la cama?

Aunque la primera vez que la había visto en el almacén con aquella lencería erótica no conocía su identidad, algo en ella le había llamado la atención. A pesar de su ropa atrevida, había captado un asomo de vulnerabilidad, y ese contraste lo había enganchado más que ninguna otra cosa.

Curiosamente, su deseo por ella no había disminuido desde entonces. Después de lo de la noche anterior, la deseaba todavía más, y eso era lo que le había hecho salir corriendo de la cama antes de que se despertara.

Porque mientras la observaba como un perverso, había empezado a sentir... cosas. Cosas terroríficas que lo confundían, teniendo en cuenta que había conocido a aquella mujer un total de dos días.

No tenía sentido. Él no era un sentimental. Jamás ponía emociones en sus aventuras. Sin embargo, despertarse al lado de Charlotte le había hecho preguntarse cómo sería hacer aquello más a menudo.

Había confiado en que una ducha fría le despejara la mente. No había sido así. En todo caso, el corazón le había latido con más fuerza cuando se había asomado a mirarla antes de ir a preparar café, porque pensó que quizá necesitara una inyección de cafeína para despertarse del todo. Pero eso solo había sido el principio de su mal humor, porque no había dejado de pensar en ella doblada contra la encimera de la cocina esperando a que se hiciera el café y esa había sido la primera vez en que esa sensación de domesticidad no lo había asustado.

Eso le había impulsado a salir del apartamento lo antes posible. Ella también había notado su miedo. Lo había mirado confusa cuando él le había tendido la taza de café y esa confusión había dado paso a que se sintiera herida por la retirada de él.

Había una razón para que Alex no durmiera con sus amantes y no compartiera las mañanas de después y que Charlotte lo mirara como si le hubiera clavado un puñal en el corazón reforzó esa razón.

No tendría que haberse quedado a pasar la noche.

Despertarse a su lado y tener que combatir el deseo de quedarse lo había desconcertado.

Las últimas cuatro horas la había evitado porque no quería exponerla más todavía a su mal humor. Por suerte, tenía mucho trabajo y a los empleados no les extrañaría que estuviera encerrado. Pero no le sentaba bien tener que ignorar deliberadamente a Charlotte después de la velada que habían compartido.

Quería compensarla por ello sin que se hiciera una idea equivocada.

«¿Qué idea, gilipollas? ¿Que puede que te guste?».

—¡Cállate, joder! —murmuró a su voz interior, que no le hacía ningún favor.

Dos días. Hacía un total de cuarenta y ocho horas que la conocía, sin contar las numerosas llamadas telefónicas de las últimas semanas para hablar de trabajo. Porque la Charlotte que se mostraba por teléfono tan envarada y puritana que él no podía resistirse a vacilar un poco con ella no se parecía nada a la mujer de verdad.

Charlotte Baxter era muy diferente en carne y hueso.

Alex soltó un gruñido de frustración y abrió la carpeta que contenía el primer lote de análisis de rendimiento de los empleados. Aunque le gustaba la libertad de moverse de una empresa a otra y el desafío de lograr que volvieran a ser rentables, odiaba esa parte de su trabajo. La de tener que tratar con empleados que llevaban mucho tiempo trabajando en un lugar y no rendían todo lo que podían, ver el miedo en sus ojos y lidiar con su hostilidad encubierta.

Había visto de todo, desde empleados nuevos que le decían que se metiera su trabajo por el culo y se largaban, hasta otros que eran el sostén de su familia y se mostraban desesperados y dispuestos a lo que fuera por conservar su empleo, o a los empleados antiguos que sabían que, si los despedían, no encontrarían otro trabajo.

Hacer análisis de rendimiento en The Number Makers no sería distinto y, teniendo en cuenta cómo se sentía, aquello tenía potencial para salir mal. Le iría mejor posponiéndolo por el momento y concentrándose en algo menos peligroso, como el sistema de adjudicación de clientes.

Miró el teléfono, dudando si llamar a Charlotte. Ella podía ayudarle, podía explicarle el sistema que utilizaban más allá de lo que resultaba evidente.

Otra cosa que había aprendido en sus viajes era que las cifras no siempre contaban toda la historia y él quería estar seguro de hacer aquello bien.

Levantó el teléfono con un suspiro de resignación y marcó el número del despacho de ella.

Charlotte contestó con frialdad:

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarte?

Alex se arrepintió de haberla llamado. Oír su voz era como recibir una patada en el estómago.

—¿Estás ocupada?

—Siempre.

La respuesta tensa de ella lo catapultó de vuelta a las muchas veces que le había contestado con desdén en las semanas anteriores, como si su llamada

fuera una intromisión no deseada.

—¿Puedes dedicarme quince minutos para ayudarme con un tema?

La joven vaciló, como si recordara la última vez que había entrado en su despacho y no quisiera repetirlo.

—De acuerdo —dijo con timidez pero con voz distante—. Voy en cinco minutos.

—Gracias.

Alex colgó y respiró hondo. A juzgar por su reacción visceral al oír la voz de ella, su plan de separar el trabajo del placer no marchaba muy bien.

Hasta las respuestas tensas y cortantes le recordaban la noche anterior y el modo sin aliento en que había murmurado su nombre cuando estaba dentro de ella, los susurros de deseo cuando la acariciaba con la lengua y los jadeos suaves cuando su excitación subía de nivel.

—¡Demonios! —murmuró.

Miró los documentos que tenía delante, pero no los vio. Las cifras bailaban ante sus ojos y solo podía ver a Charlotte sentada en la cama, con el pelo revuelto y adorable, mirándolo con expectación.

No le gustaba que las mujeres tuvieran expectativas con él, por la sencilla razón de que nunca podía estar a la altura.

Había dejado muy claro su acuerdo y había declarado que se ceñiría a él. Pero no había contado con que Charlotte se le metiera dentro y sabiendo que tenía que verla pronto para hablar de trabajo implicaba que tenía que controlarse. De inmediato.

Llamaron a la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo, adoptando su cara de póquer, la que confiaba que expresara profesionalidad y no su tumulto interior.

Ella abrió la puerta y entró en el despacho. Lo miró a los ojos con aire desafiante, como si esperara que él sacara el tema de la noche anterior.

Nada más lejos de la intención de Alex.

Sin embargo, cuando posó la vista en ella, en la falda gris que le llegaba hasta la pantorrilla, en la blusa azul clara y los zapatos bajos negros, no pudo evitar preguntarse qué lencería llevaría debajo de aquella ropa conservadora.

Lo cual le devolvió de inmediato a la noche anterior, que era precisamente adonde no quería ir.

—Tenemos mucho terreno que cubrir —dijo con voz brusca. Señaló una silla—. Necesito que me expliques el sistema que usáis para derivar clientes.

La joven enarcó una ceja con aire inexpresivo, como si la actitud de él no la impresionara lo más mínimo.

—¿Por qué va a importar mi opinión?

—¡Déjate de bobadas! —ladró él, pero se arrepintió al instante, en cuanto vio que ella abría mucho los ojos, sorprendida—. Perdona. No quería decir eso. Estoy de mal humor por esto.

Señaló el montón de papeles que tenía delante.

—Odio tener que hacer valoraciones. Es lo peor de mi trabajo, llegar a una empresa nueva y tomar las decisiones difíciles basándome en el rendimiento, así que voy a dejar esto para luego y a empezar por lidiar con lo más fácil.

Tomó una carpeta que había dejado a un lado y la levantó en el aire.

—Por cierto, que esta es tuya y, por si te lo preguntas, es irreprochable. No me sorprende que el antiguo director sugiriera que colaborara contigo las últimas semanas.

Su disculpa y subsiguiente explicación para su sequedad no sirvieron de mucho, teniendo en cuenta que ella no relajó ni un ápice su rigidez. La frialdad que volvía sus ojos de un gris glacial era también una buena pista.

—Sé que mi trabajo es proficiente. Hago un trabajo puñeteramente bueno con los clientes —ella alzó levemente la nariz en el aire y él sintió deseos de sonreír por primera vez esa mañana. Cuando se mostraba estirada resultaba muy atractiva—. Pero si crees que te voy a ayudar a evaluar a otros, no soy ninguna soplona.

—No soy tan poco profesional. Jamás te colocaría en esa posición —Alex dejó a un lado la carpeta de ella—. Tampoco aceptaré la palabra del exdirector. Observaré a los empleados, cotejaré sus horas de trabajo con su productividad. En las últimas semanas te he encomendado tareas y tú has demostrado tu valía en ellas. Eso será lo que haga con el resto de los empleados.

Tamborileó con los dedos en el montón de carpetas que tenía delante.

—He hecho mis deberes con todos y cada uno. Conozco sus puntos fuertes y sus debilidades. Pero no todo resulta obvio sobre el papel y quiero ver de primera mano de lo que son capaces. Pero por el momento, ¿puedes ayudarme a entender el sistema de adjudicaciones?

Charlotte dejó de apretar los labios con aire de desaprobación.

—Muy bien. ¿Qué quieres saber?

En la siguiente media hora, Alex revisó las carpetas y consiguió mucha

información interna sobre el sistema de adjudicaciones. Como ya sabía por su trabajo anterior con ella, Charlotte enunciaba claramente sus opiniones y las apoyaba con datos.

No se andaba con chiquitas ni mostraba el más mínimo sentimentalismo por defender el sistema anterior, lo cual sorprendió a Alex. Sabía que era una ejecutiva astuta, pero había pensado que tendría el corazón blando e intentaría convencerlo para que mantuviera el viejo sistema.

Después de comprobar que no era así, él supo que su objetividad la convertiría en la directora perfecta, tal y como sospechaba.

Charlotte se puso en pie cuando él cerró la última carpeta.

—¿Hay algo más? —preguntó.

—No, eso es todo, gracias.

La joven dio media vuelta y se dirigió a la puerta como si estuviera deseando escapar. Alex no la culpaba por ello. Una cosa era mantener separados el trabajo y el placer y otra tratarla con una frialdad palpable.

Ella no tenía la culpa de que estuviera hecho un lío.

Bueno, en parte, sí, pero el que tenía problemas de intimidad era él. Ella podía claramente mostrarse ardiente fuera del horario laboral y mantener una cortesía fría en el trabajo. No parecía que le supusiera un problema.

—Charlie —dijo, pues quería decir algo, lo que fuera, para disipar su incomodidad.

Pero cuando se volvió a mirarlo con cara de póquer, a él no se le ocurrió nada que decir para arreglar aquello, así que se conformó con un pobre:

—Gracias por tu ayuda.

Ella asintió brevemente con la cabeza, salió del despacho y cerró con un portazo, reforzando con su actitud una línea claramente delineada entre el placer que habían compartido la noche anterior y el trabajo de ese día.

Alex debería alegrarse de ello. Era lo que quería.

¿Por qué, entonces, tenía ganas de arrojar una grapadora a los cristales de la ventana?

Capítulo 9

Charlotte no soportaba estar otro momento en la oficina, así que, en cuanto terminó su reunión con Alex, agarró el bolso y el ordenador portátil, dijo en recepción que esa tarde trabajaría fuera y salió de allí.

De camino a Le Miel intentó examinar sus emociones. Irritación. Rabia. Dolor. Baja autoestima. Y de nuevo rabia.

¿Cómo podía tratarla así?

Habría soportado la indiferencia, pero aquella frialdad obvia la hacía dudar de que hubiera sido buena idea dejar entrar a ese hombre en su vida, aunque fuera solo a un nivel físico.

Había sentido esa frialdad antes de que él se marchara del apartamento, pero la había achacado a la incomodidad de la mañana de después. No porque ella tuviera mucha experiencia en ese tema, pero se había sentido confusa antes de que él apareciera en su dormitorio con la taza de café.

Después de que él saliera corriendo, ella había tomado la decisión de mantener las distancias en el trabajo y había conseguido evitarlo toda la mañana. Casi había sentido alivio cuando la llamó a su despacho a trabajar, pues había creído que eso les daría la oportunidad de bromear sobre lo de la noche anterior y centrarse en el trabajo.

Se había equivocado.

Él se había mostrado brusco hasta bordear la grosería y, aunque se había disculpado, eso no había aliviado el dolor que ella sentía.

Odiaba sentirse tan frágil, con su inseguridad latente lista para estallar a la menor provocación. Sabía de dónde procedía su falta de autoestima, pero eso no hacía que fuera más fácil lidiar con ella. Ser abandonada por sus padres a una edad temprana había conseguido que siempre sintiera que no era lo bastante buena.

¿Qué tenía ella para que sus padres eligieran niños más pobres de todo el mundo antes que a ella?

Siempre había sido una niña modelo, una niña callada que hacía lo que le decían, con un sentido de la justicia innato pero con la necesidad de que sus padres se sintieran orgullosos de ella.

Recordaba que su cuarta semana en la escuela primaria había llevado a casa un certificado, una estrella rosa de cartón que le habían dado por buena caligrafía, por ser amable con otros niños y por quedarse a recoger en la hora del almuerzo. Le había gustado aquella estrella, la había apretado contra su pecho con orgullo, sin importarle que la purpurina dorada le manchara el jersey. Cuando se la había mostrado a sus padres después del colegio, ellos habían sonreído, le habían acariciado el pelo y habían vuelto de inmediato a navegar por internet en busca de una causa perdida nueva. No se habían dado cuenta de que se había despegado el alfiler del cartón y la estrella se había caído detrás del escritorio. No les había importado.

Charlotte debería haber aprendido entonces que nada de lo que hiciera sería nunca lo bastante bueno, que la abandonarían de todos modos, y casi un año después la habían dejado con Dee.

Desde entonces había tenido la sensación de que ella fallaba en algo.

Desgraciadamente, su inseguridad innata afectaba a todos los aspectos de su vida. Como carecía de confianza en sí misma, no había tenido novio. Le parecía que no pintaba nada en el elegante mundo de la moda, los cafés y discotecas, así que tampoco había tenido casi amigas. En el colegio y en la universidad se había relacionado con otras chicas empollonas, chicas diligentes que preferían estudiar a ir de fiesta, que quedaban para tomar café de vez en cuando y que compartían libros pero poca cosa más. Conocidas más que amigas, el tipo de chicas que estaban encantadas de quedar, pero solo si eso implicaba estudiar.

En su momento no le había importado, o eso era lo que se decía a sí misma para superar la desolación que la embargaba en los momentos más extraños y que hacía que su existencia solitaria le pareciera vacía. Esa forma de vida le permitía tiempo para concentrarse en lograr sus objetivos, pero no llenaba el dolor triste de su corazón.

Mak y Abby habían sido sus primeras amigas de verdad y eso solo había sido posible porque Mak había sido su compañera de piso y nadie le negaba nunca nada a esa exuberante y animosa bailarina. Mak la había sacado un poco

de su caparazón y le había presentado a Abby, pero aunque valoraba la amistad con ellas, seguía sintiéndose distinta a sus amigas. Estas eran decididas, osadas y seguras de sí mismas, tres cosas que ella jamás podría ser por mucho que lo intentara.

Siempre se sentía intrínsecamente sola.

El abandono de sus padres había hecho que se apartara de la gente, sabiendo que, si sus padres podían dejarla, los demás también. No podía depender de nadie. Ni siquiera su exuberante tía Dee, que la había colmado de cariño y atenciones, había conseguido hacerle cambiar de idea en eso.

Depender de otros podía conllevar quedarse sola y devaluada. Otra vez.

Y por eso le dolía tanto el tratamiento frío de Alex. Durante sus encuentros ardorosos le había dado seguridad y a ella ya le gustaba aquello demasiado para su bien.

No debería haber aceptado tener una aventura.

Para ser alguien que sopesaba cuidadosamente sus decisiones, había perdido un poco la cabeza el día que había echado un polvo con un desconocido y había continuado después aquello con una noche ardiente con la promesa de más.

Por eso había respondido del mismo modo a la hostilidad de él. Había respondido a sus preguntas sobre el sistema de adjudicación de trabajo sin mostrar emociones y se había imaginado estrangulándolo con uno de los látigos que había visto unos días atrás entre la parafernalia de su tía.

Cuando entró en Le Miel, ansiaba el cruasán más grande que Abby pudiera crear y uno de los chocolates calientes de la casa. Cuanta más azúcar tomara, mejor. Necesitaba endulzarse el día.

También necesitaba que su amiga le inculcara algo de sentido común, aunque en el fondo sabía que ya estaba más allá de ese punto. Por la simple razón de que, incluso después de que Alex le hubiera hecho ver lo que entendía él por separar el trabajo del placer, todavía lo deseaba.

La noche anterior había reforzado su deseo por él.

Nunca antes se había sentido así.

Fuerte, segura de sí misma, empoderada.

El tipo de mujer que podía inspirar pasión en un hombre. Una mujer segura de su cuerpo y cómoda consigo misma. Una mujer capaz de aceptar placer y de darlo.

Nunca había sido tan atrevida. Le había tocado en todas partes y besado los

puntos donde tenía más cosquillas. Había explorado los planos de su increíble cuerpo con las manos. El sexo con Alex había sido una experiencia reveladora y algo más.

Podía atribuir su energía a la lencería.

Pero sabía que no era así.

Era Alex el que hacía que se sintiera así. Que pensara que podía exigir placer y buscarlo, que podía satisfacer sus deseos más profundos y los de él.

Aquello era comparable a abandonar algunas de sus reservas y renacer. Tambaleante e insegura al principio, pero ganando en confianza con cada encuentro espectacular.

La sensación era fantástica.

Quizá debería darle las gracias por mostrarse tan frío ese día. Así reforzaba la noción de que eran de un modo en el dormitorio y de otro fuera de él. Personas inteligentes que podían mantener su vida sensual separada de la vida real.

Y si se mostraba completamente sincera consigo misma, tenía que reconocer que sus encuentros con él eran lo más excitante que había hecho en su vida.

Teniendo en cuenta sus inseguridades residuales, aquella aventura podía sentarle bien. Podía acabar con su falta de autoestima en ciertos terrenos y así, cuando se marchara Alex, podría concentrarse mejor en buscar a su pareja ideal.

Un plan sólido. Siempre que consiguiera pasar por alto la fastidiosa idea de que el sexo con Alex podía haberla arruinado para otros hombres.

—Idiota —murmuró, soltando el bolso y el ordenador portátil en la mesa.

—Hablar sola no es buena señal, ¿sabes? —comentó Sean, el joven que servía las mesas por las tardes. Sonrió—. ¿Cómo estás, Charlotte?

—Bien —repuso ella, y pensó que la manida respuesta sonaba como la mentira que era—. ¿Está Abby por aquí?

El chico negó con la cabeza.

—Ha ido a dar una clase de repostería a la escuela de cocina.

Charlotte no supo si sentirse decepcionada o aliviada. Su amiga era una persona muy lógica y hablar con ella siempre servía para calmarla cuando su equilibrio se veía amenazado, pero ya le había contado a Abby su primer encuentro con Alex y no quería comentarle lo ocurrido la noche anterior.

Porque la noche anterior había sido especial.

La cena en su restaurante vietnamita favorito había sido los preliminares

ampliados que Alex había predicho y apenas si había saboreado la comida porque solo podía pensar en saborearlo a él más tarde.

Y lo había saboreado y había sido estupendo.

Tanto que quería más.

¿Pero a costa de su orgullo?

¿De verdad podía soportar su arrogancia insufrible en el trabajo y luego derretirse en sus brazos por la noche?

Dudoso.

A pesar de sus recién hallados poderes de vampiresa, no era tan buena actriz.

—¿Qué vas a tomar?

Charlotte volvió al presente.

—El cruasán de almendras más grande que tengas y una taza gigante de chocolate caliente.

—Hecho —Sean sonrió y su rostro juvenil entusiasta hizo que ella se sintiera muy mayor—. No hay muchas mujeres que coman tanto como tú. Es genial.

—Creo que debería sentirme insultada —Charlotte sonrió al ver la expresión horrorizada de él—. Es broma. Me gusta la comida.

Y tenía la suerte de contar con un metabolismo rápido. Una de las pocas cosas buenas que le habían dado sus padres.

—Marchando —dijo él. Se alejó deprisa y Charlotte se acomodó para empezar a trabajar.

Solo para descubrir que se había dejado las carpetas de los clientes en la oficina.

Pediría al becario que se las llevara y, a cambio, enviaría con él unos pasteles para todos. Dejó un mensaje en recepción, encendió el ordenador y empezó a trabajar, parando solo para devorar el cruasán que se deshacía en la boca y sorber el chocolate caliente.

La inyección de azúcar la reconfortó en el acto y, mientras esperaba las carpetas, se preguntó si Alex la llamaría esa noche y, en caso afirmativo, cuál sería la respuesta de ella.

¿Lucha o huida?

No tenía ni idea.

Capítulo 10

El humor de Alex no mejoró cuando Charlotte se fue de la oficina. Si acaso, empeoró, porque no podía dejar de pensar en su expresión herida y le destrozaba saber que era por su culpa.

La había tratado con una frialdad rayana en desprecio, y todo porque no podía controlar sus reacciones con ella.

Todo el rato que la había tenido sentada enfrente, tan remilgada y reservada, había querido abrirla la blusa y ver qué sujetador llevaba debajo.

Había querido sentarla en su escritorio y bajarle las bragas hasta los tobillos para darse un gran festín con ella.

Necesitaba tanto estar dentro de ella que le dolía.

Por eso había hecho lo único que podía hacer para ocultar su lujuria desenfrenada: mostrarse frío hasta el punto de resultar brusco.

Ella se había dado cuenta. Alex lo había visto en el modo en que apretaba con desaprobación los labios. Labios que habían explorado casi todos los centímetros de su cuerpo la noche anterior.

—¡Joder! —golpeó el escritorio con el puño, pero eso no ayudó.

Tenía que verla fuera de la oficina, reparar el daño causado por su comportamiento grosero. Sería sincero, le diría cuánto le había alterado despertarse esa mañana a su lado, que no sabía lidiar con sentimientos y por eso nunca pasaba la noche con nadie y por eso había reaccionado tan mal.

Habían trabajado durante la hora del almuerzo, así que quizá pudiera invitarla a tomar un café fuera. Pero su plan sufrió un tropiezo cuando descubrió que se había ido de la oficina para trabajar fuera esa tarde. Para huir de él, sin duda. Aunque no la culpaba por ello. Había manejado aquella situación como un estúpido bastardo.

No obstante, su suerte cambió para mejor al dar la casualidad de que se

hallaba en recepción cuando llegó una llamada de Charlotte pidiendo que le llevaran unas carpetas.

Ella esperaba que fuera un becario.

Él tenía otras ideas.

—Tengo una reunión en la ciudad, así que se las llevaré de camino —dijo. Le gustó que a la recepcionista no le resultara raro que el jefe quisiera hacer un mandado así.

—Está en Le Miel —la recepcionista le pasó unas carpetas sujetas con una goma elástica—. Dígale que, si no envía pasteles y té para todos, no le llevaremos las carpetas la próxima vez.

Alex sonrió.

—Se lo diré.

Le gustaba la camaradería que había allí entre los empleados. Había trabajado en muchas empresas y presenciado bastantes puñaladas por la espalda y zancadillas, pero los empleados de The Number Makers parecían tener unos vínculos sorprendentes a pesar de la incertidumbre de su situación económica.

Aunque él no seguiría allí más de un mes, valoraba la lealtad y eso podía ayudarle a tomar las decisiones difíciles cuando llegara el momento.

Se metió en el tráfico de media tarde de Sídney y llegó a Le Miel en media hora. No sabía cuáles eran los lazos de Charlotte con la pastelería, pero, por lo que había oído, frecuentaba mucho aquel sitio.

Cuando se acercaba al local y vio a un joven *hipster* sonriéndole con evidente aprecio, confió en que no fuera por eso.

Una punzada de celos nada habitual en él le hizo vacilar. ¿Su estúpido comportamiento la habría empujado a los brazos de otro hombre? ¿De un antiguo novio quizá?

Sin embargo, al acercarse, se dio cuenta de que el chico aún no había salido de la adolescencia. Teniendo en cuenta que ella tenía veinticinco años, no era tan absurdo que saliera con un chico más joven.

Pero ella le había dicho que no había salido con nadie desde la universidad y él sabía que era un idiota por sacar conclusiones estúpidas cuando lo que tenía que hacer era entrar allí y reparar su comportamiento anterior.

Empujó la puerta de cristal, sabiendo que no podía permitirse estropear aquello, y entró en un paraíso gastronómico. Primero le asaltaron los aromas: canela, azúcar, vainilla... Y por un sorprendente momento, se vio catapultado

al pasado. Recordó entrar corriendo en la cocina al volver a casa del colegio y captar los mismos olores cuando su madre sacaba una tanda de galletas de chocolate recién hechas del horno.

Él se instalaba en un taburete de la isla de la cocina, donde tenía ya un vaso de leche fría con cacao esperándolo, y su madre le daba manotazos juguetones en la muñeca cuando intentaba tomar a hurtadillas las galletas antes de que se enfriaran.

Aquellos habían sido buenos tiempos, cuando su padre todavía trabajaba y su madre le preguntaba cómo había pasado el día y Alex le contaba historias graciosas, como la vez en que había entrado una cabra en el aula y se había comido el plan de estudios del profesor, o la vez que el director había perseguido al matón del colegio hasta la presa y este se había caído dentro.

Su madre ese día había reído con ganas. Alex no la había visto reír a menudo y por eso se había esforzado tanto, con frecuencia inventando historias solo para verla contenta.

Porque entonces ya sabía que, cuando su padre entraba en una habitación, su madre dejaba de estar contenta. Daba la impresión de que se succionaban mutuamente toda la alegría y eso no había hecho sino aumentar hasta que su padre ya no había podido soportarlo más.

Cuando llamaron a Alex para comunicarle la muerte de su padre, lo primero que pensó fue si él podría haber hecho algo más. ¿Habría tenido su padre más razones para vivir si él hubiera seguido en casa? Tenían muy poco en común, y después de que su padre rechazara las constantes insinuaciones de Alex para que hicieran cosas juntos, este había dejado de intentarlo. A él le gustaba caminar fuera del terreno de la granja y su padre se quedaba siempre dentro de los límites de esta y raramente se aventurara fuera.

Perder su trabajo le había cambiado y había llevado hasta el límite a un hombre ya de por sí taciturno. Alex había terminado por dejarlo en paz y contar los días que le quedaban para huir de aquella casa opresiva. Había escapado de Rocky Plain en cuanto terminó el instituto y su padre había muerto cuatro años después.

No quería pensar en cómo habían convivido sus padres después de su marcha. No quería asumir que su ausencia los había hecho enfrentarse todavía más, que sus fricciones evidentes se habían multiplicado y conducido en última instancia a la muerte de su padre.

—¿Alex?

Desconcertado por los recuerdos, parpadeó al oír su nombre y vio que Charlotte lo miraba fijamente.

La joven entornó los ojos. No se alegraba de verlo.

—¿Qué haces aquí?

—Te he traído las carpetas —dijo él. Las sacó de su maletín y las depositó en la mesa, al lado del ordenador.

—¡Ah! Gracias —ella lo miraba como si le hubiera llevado una bomba de relojería—. ¿No tienes cosas más importantes que hacer?

—Teniendo en cuenta cómo he metido la pata esta mañana, no hay nada que sea más importante que arreglar esto contigo.

Su sinceridad la sorprendió. Inhaló con fuerza y se echó hacia atrás en la silla con incomodidad. Como si quisiera poner toda la distancia que fuera posible entre ellos.

Lo miró directamente a los ojos.

—¿Te refieres al modo en que has salido corriendo de mi apartamento o al modo en que me has tratado en tu despacho?

Alex no tenía más remedio que reconocer que ella no se andaba por las ramas. Él admiraba eso.

—A ambas cosas —dijo con una mueca—. Aunque están relacionadas.

—A ver si lo adivino. Te esfuerzas tanto por separar el trabajo del placer, que tenías que demostrar que podías salir de mi cama por la mañana y tratarme como a una empleada inferior en la oficina —la indignación estaba presente en su acusación y a él no le extrañó.

Negó con la cabeza. La intuición de Charlotte no le sorprendía. Tenía facilidad para centrarse en la verdad sin endulzarla. Eso resultaba refrescante, pues la mayoría de las mujeres con las que se había relacionado se andaban con juegos y no eran capaces de admitir la verdad aunque la tuvieran delante.

—Es más complicado que eso —dijo.

Charlotte esperó sin decir palabra. Su escepticismo resultaba palpable.

—Yo no duermo con gente —declaró él con brusquedad, cruzándose de brazos. Sí, claro, como si eso bloqueara el impulso insistente de abrazarla cada vez que estaba a su lado—. Y cuando me he despertado a tu lado esta mañana, me he puesto nervioso y no he reaccionado muy bien.

Vio con alivio que ella fruncía los labios en un amago de sonrisa.

—Dormir con gente implica dormir con una pluralidad de personas —contestó ella con una expresión de falsa inocencia que él encontró deliciosa—.

Y allí estaba solo yo, así que, hablando con propiedad, no dormiste con gente.

—¡Dios!, ¿sabes lo mucho que te deseo ahora? —murmuró él, cerrando los puños y colocándolos debajo de las axilas para evitar tocarla—. Eres un contraste encantador. Tan pronto te muestras distante como coqueta. Eso me vuelve loco. No puedo pensar. No puedo concentrarme en nada por lo mucho que te deseo.

—Deja de hacer eso —ella lo apuntó con un dedo—. No puedes pasar de hacer que quiera pegarte un tiro por tu arrogancia a conseguir que quiera sentarme en tu regazo.

Alex reprimió un gemido.

—Esa es otra cosa que me vuelve loco. Lo directa que eres. Me gusta mucho.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —los ojos de ella adoptaron un tono plateado y sus pupilas dilatadas hicieron que él quisiera sentarla en sus rodillas sin importarle lo que pensarán los demás clientes—. Porque te voy a dar otra dosis de esa franqueza que dices que tanto te gusta de mí. No toleraré ser tu juguete sexual en la cama para que luego me trates con frialdad en la oficina. Eso no se puede hacer.

Agitó el dedo en el aire delante de él y Alex sintió ganas de atraparlo y metérselo en la boca.

—Comprendo que necesitamos separar el trabajo del placer. ¡Qué narices!, fue una condición mía. Pero hay una diferencia entre ser compañeros de trabajo corteses y el modo en que me has tratado esta mañana.

—Estoy de acuerdo —él miró a su alrededor, vio que nadie parecía mostrar ningún interés por lo que hacían y le tomó la mano—. No me ha gustado nada mostrarme tan frío contigo esta mañana en la oficina, sobre todo porque mi humor tenía más que ver con que no era lo bastante hombre para afrontar mis miedos. ¿Me perdonas?

Charlotte separó los labios en una O de sorpresa y él nunca había deseado tanto besar a una mujer como deseó besarla a ella en aquel momento.

—¿Qué miedos?

—Tesoro, no tienes ni idea —él se llevó la mano de ella a la boca y le plantó un beso suave en el dorso—. Huyo de los compromisos. No establezco relaciones emocionales. No permanezco en ningún sitio el tiempo suficiente para que ocurran esas cosas.

—Y por eso no te quedas nunca a dormir —ella chasqueó los dedos de la

mano libre y lo miró con timidez—. ¿Nunca has pasado la noche en casa de ninguna chica?

—De chicas nunca, de mujeres, muchas —repuso él con voz muy seria, lo que le ganó un golpe en el brazo.

Charlotte rio y el sonido de su risa aligeró el corazón de Alex. Al ir allí, le preocupaba haberlo estropeado todo entre ellos, pero, por el modo en que ella había lidiado con todas las tareas onerosas que le había echado encima en las últimas semanas, debería haber sabido que era una mujer magnánima.

—¿Entonces está todo bien entre nosotros? —preguntó. Le apretó la mano antes de soltársela—. ¿Seguirás haciendo de modelo de lencería para mí?

—Solo si tienes suerte —repuso ella, guiñándole un ojo.

Su lado juguetón contrastaba tanto con la mujer que él había asumido que sería durante sus llamadas telefónicas de trabajo, que no pudo evitar quedársela mirando.

—Por el momento, yo tengo que seguir trabajando y tú tienes que llevar la merienda a la oficina.

—¿Puedes volver conmigo ahora que sabes que no te voy a arrancar la cabeza? —él enarcó las cejas con ademán sugerente—. ¿O podemos saltarnos el trabajo el resto de la tarde y hacer travesuras juntos en privado?

Charlotte se ruborizó, pero él captó un brillo de excitación en sus ojos.

—Tengo mucho trabajo y aquí habrá menos distracciones —dijo ella.

—Está bien, como quieras —Alex se encogió de hombros—. Pero que sepas que siempre estoy dispuesto a esas travesuras, en cualquier momento.

La joven tardó un rato en contestar, pero cuando lo hizo, él pensó que había valido la pena la espera.

—Más tarde.

Esas palabras mejoraron considerablemente el humor de él, que se prometió que más tarde le mostraría lo loco que le volvía.

Capítulo 11

Fiel a su palabra, Charlotte adelantó bastante trabajo esa tarde. Terminó los cálculos de impuestos de tres clientes, una tarea monumental, teniendo en cuenta el nivel de complicación, pero que había cumplido su objetivo.

No pensar en Alex.

Y lo mismo hizo los días siguientes, trabajar fuera de la oficina, sumergirse en las carpetas de los clientes, decidida a impresionar a Alex con su ética del trabajo, y no tocarlo.

La había sorprendido mucho que hubiera ido a Le Miel a disculparse, y la había sorprendido más todavía su sinceridad. Y le encantaba en secreto que hubiera pasado una noche con ella a principios de la semana, algo nuevo en él.

Sabía que no debería darle mucha importancia. Probablemente estaría cansado y se había quedado dormido. Pero el hecho de que lo hubiera reconocido significaba algo para ella. Concretamente, que a pesar de sus afirmaciones de que él no podía conectar a nivel sentimientos, quizá una pequeña parte de él lo había hecho ya.

Tenían un acuerdo, así que el hecho de que hubiera pasado la noche no debería ser tan importante para ella y, sin embargo, tenía la sensación de que sí lo era.

Eso le hacía preguntarse si él habría percibido algo aquel día en el almacén. ¿Que podía darle placer como no se lo había dado nadie? ¿Que ella por una vez prefería vivir una fantasía, por breve que fuera, en lugar de leerla?

Una suposición extravagante y ridícula, sobre todo teniendo en cuenta que ella era una experta en datos y cifras. Pero no se había escondido de él ni siquiera cuando había descubierto su identidad. Había intentado, y él también, que la relación en la oficina fuera solo laboral.

Charlotte suponía que debería sentirse agradecida de que ambos fueran lo

bastante adultos para afrontar su implacable atracción y hacer algo al respecto sin dejar que interfiriera con el trabajo. Al menos, no mucho. Porque cada vez que terminaba una tarea, cada momento que tenía entre un cliente y otro, no dejaba de pensar en Alex y en lo mucho que lo deseaba.

Aquel anhelo constante por estar con él era algo que desafiaba a la lógica. Había pasado de célibe a maníaca sexual en nada de tiempo.

Gracias a Alex.

Quería mostrarle cuánto valoraba su sinceridad y sus disculpas de unos días atrás.

Y sabía exactamente cómo hacerlo.

A pesar de ello, cuando se le ocurrió la idea, vaciló una hora y media completa. Fue a su casa, limpió las encimeras de la cocina, fregó el baño e incluso desinfectó el váter, el trabajo que menos le gustaba del mundo. Pero las tareas de limpieza no consiguieron quitarle la idea de la cabeza. Se preguntó por qué.

Hacer algo tan escandaloso como presentarse en el lugar de trabajo de él un viernes por la noche con intención de seducirlo era algo que la desconcertaba. ¿Cómo podía ella, la reina de la baja autoestima, pensar algo así, y mucho menos hacerlo?

La seducción era algo que hacían mujeres seguras de sí mismas que sabían lo que querían y no tenían miedo de conseguirlo.

«¿Y tú no eres así últimamente?».

—Estúpida voz de la razón —murmuró, registrando la caja de lencería por enésima vez.

Seda y raso se deslizaban entre sus dedos, suaves y sensuales, como imaginaba que percibiría Alex aquellas sensaciones táctiles si ella se ponía esas prendas y la tocaba.

Se decidió por fin, con un gruñido de frustración, tomó lo que necesitaba, se dio una ducha rápida y volvió a la oficina antes de que se acobardara y cambiara de idea.

Con un jefe nuevo empeñado en hacer cambios, algunas personas se habrían quedado a trabajar hasta más tarde, pero la mayoría se habrían ido ya a las siete y media.

Y aunque quedaran todavía algunos insensatos, la puerta de Alex tenía cerradura.

Antes de salir de casa le había puesto un mensaje con el pretexto de una

consulta de trabajo para cerciorarse de que estaría en la oficina. Él había contestado con un coqueto «¿Trabajo o trabajo?» y ella lo había dejado en la duda, limitándose a decir que llegaría en quince minutos.

Llegó en diez.

Después de pasar su tarjeta por seguridad, entró en la oficina y encontró todas las luces tenues y ni un solo adicto al trabajo a la vista.

Mejor.

Se había puesto chanclas, que eran fáciles de quitar, y un vestido blanco de algodón que había comprado por diez dólares mucho tiempo atrás.

Un vestido que tenía una cremallera delante.

Lo había comprado en un impulso, en una ocasión en la que Mak y Abby le habían dado la lata para que fuera de discotecas con ellas, pero se había pillado una gripe y lo cierto era que no había lamentado mucho perderse una ocasión social más donde se habría sentido cohibida y torpe. Así que nunca había llegado a ponerse el vestido porque se sentía ligeramente vulnerable llevando la cremallera así. Casi como si pudiera bajarse sola en cualquier momento y mostrar más de lo que era su intención.

Esa noche, sin embargo, eso era exactamente lo que esperaba que pasara.

Para ser alguien que había ignorado su sexualidad durante tanto tiempo, se había vuelto un poco putona. Y disfrutaba cada minuto de eso, a pesar de que sus dudas habituales seguían apareciendo en momentos inoportunos.

¡Podía verlo tan claramente! Se vio con cincuenta años, viviendo todavía en la casita de sus sueños, para la que esperaba dar la entrada dos semanas después, con sus hijos yendo de visita, cocinando para todos, pero recordando todavía en algunos momentos ilícitos cómo, a los veinticinco años, se había convertido en vampiresa durante un breve periodo de tiempo antes de asentarse.

En su sueño despierta, vio también un marido, el hombre perfecto que llegaba a casa al final del día, la abrazaba por la cintura por detrás y la besaba en el cuello.

Ella se volvió, segura en el círculo de sus brazos... y se encontró con Alex, mirándola fijamente con lujuria evidente.

Charlotte se tambaleó y se agarró al escritorio más próximo en busca de apoyo.

Alex no podía ser el marido de sus sueños.

No estaba hecho para marido.

Había dejado eso muy claro.

La joven se riñó mentalmente por mezclar de ese modo sus ensoñaciones y cruzó la oficina con piernas más firmes. Con cada paso que daba se iba librando de la tímida Charlotte y transformando en el tipo de mujer al que le gustaba llevar lencería escandalosa con el objetivo de seducir.

Alex le había hablado de una fantasía concreta.

Ella tenía intención de hacerla realidad.

Él no había cerrado la puerta del todo y salía algo de luz por una grieta. Charlotte se detuvo en el umbral y respiró hondo varias veces para calmar los nervios. La lencería picante y un vestido con cremallera podían servir para aumentar la confianza en sí misma, pero llevar a cabo una seducción completa en el lugar de trabajo era otra cuestión.

Le cosquilleaban los brazos y sentía vivas las terminaciones nerviosas. Sacudió los brazos y los hombros, pero eso no sirvió para relajarla. Levantó varias veces las piernas y sonrió con pesar. No estaba calentando para una clase de zumba, lo que quería era calentar a Alex.

Antes de que perdiera el valor por completo, empujó la puerta y se quedó sin respiración.

Alex estaba tumbado en el sofá, a la derecha del escritorio, estudiando con empeño un informe financiero. Tenía el pelo revuelto, como si se hubiera pasado varias veces la mano por él. Había perdido la corbata y se había desabrochado los dos botones superiores de la camisa, mostrando un trozo de pecho bronceado. También llevaba la camisa remangada, dejando al descubierto los brazos fuertes.

A Charlotte le gustaban los hombres con buenos brazos. Brazos capaces de sostener a una mujer. Y tampoco le importaban un pecho amplio y un culo firme.

Se sonrojó de arriba abajo al recordar cómo había explorado el cuerpo de él la noche que Alex se había quedado a dormir. Pasando las yemas de los dedos por toda aquella hermosa piel bronceada, repasando altos y bajos, embrujada por la enorme belleza del hombre.

Y allí estaba. Verdaderamente hermoso. No era un adjetivo con el que se solía describir a los hombres, pero en el caso de Alex, encajaba a la perfección.

Él alzó la vista en aquel momento, la vio y sonrió, lo que hizo que a ella se le acelerara el pulso.

—Hola.

Charlotte carraspeó.

—Hola —consiguió decir.

Entró en el despacho y cerró la puerta.

Alex abrió más los ojos cuando ella echó la llave.

—¿Vienes a aprovecharte de un hombre trabajador? —preguntó.

—Algo por el estilo —repuso ella. Cruzó la habitación hasta la mesa de él, donde procedió a quitar cosas y amontonarlas ordenadamente en el suelo.

—¿Qué haces?

—Limpieza general.

Alexander rio y cuando ella se arriesgó a mirarlo de soslayo, supo que él lo sabía. Levantó el monitor del ordenador con manos temblorosas y lo colocó al lado de los demás artículos.

Solo cuando el escritorio estuvo despejado por completo, se volvió hacia él y la llamó con un dedo.

—Ven aquí.

Alex se levantó con tal rapidez que la carpeta que tenía en el sofá cayó al suelo y sus documentos se esparcieron. A él no le importó. Caminó hacia ella y la intensidad de su mirada hizo que le ardiera la piel.

—Bonito vestido —dijo él, cuando se detuvo a medio metro de ella.

—¿Tú crees? —Charlotte se encogió de hombros, como si su proximidad no la afectara lo más mínimo, cuando lo cierto era que el corazón le latía con fuerza y el olor de la loción de afeitado de él inundaba sus sentidos y la intoxicaba.

—Sí —él tendió el brazo y jugó con la cremallera—. Me gusta esto —la bajó despacio, con el chirrido metálico incrementando la anticipación de ella—. Acceso fácil.

—Esa era la idea.

Charlotte lo miró con descaro y tuvo la sensación de vivir una experiencia extracorporal cuando él terminó de abrir la cremallera, le bajó el vestido por los hombros y la dejó vestida con un *body* de encaje blanco que mostraba más de lo que escondía.

—¡Joder! —murmuró él. Su mirada se hizo más intensa al posarse en los pezones duros.

«Es lo que pienso hacer contigo», quería decir ella. Pero cuando él extendió el brazo y la tocó entre las piernas, perdió parte de su valor.

Y descubrió que el *body* no tenía entrepierna.

—Eres de lo que no hay —dijo él, un segundo antes de besarla en la boca.

Su beso no tuvo nada de suave ni de seductor. Asaltó la boca de ella. La arrasó. Imitó con la lengua lo que ella anhelaba que hiciera más abajo. Besos largos, calientes, con la boca abierta, que la hacían aferrarse a él, desesperada por anclarse a algo antes de que le fallaran las piernas y cayera al suelo.

Alex la abrazó por la cintura y la subió a la mesa. Charlotte lanzó un grito entrecortado cuando su trasero chocó con la madera fría y él le separó las rodillas y se colocó entre ellas.

—¿Tienes idea de lo mucho que he fantaseado con esto desde que entraste en este despacho a principios de semana?

Alentada por la lujuria evidente de él, ella asintió.

—Aquella primera noche me dijiste que querías poseerme en tu escritorio y aquí estoy.

Alex movió la cabeza como si estuviera mareado.

—¿Cómo he tenido tanta suerte?

Charlotte enarcó una ceja.

—Podrías tener más.

Él no necesitó que lo siguiera alentando. La empujó un poco con la mano hasta que ella quedó apoyada en los codos, viéndolo observarla.

Alex, sin dejar de mirarla a los ojos, le subió el *body* desde la entrepierna hasta el estómago. Se arrodilló con reverencia y acercó su boca al pubis de ella.

Se deleitó con ella. Lamiendo y succionando. Mordisqueando y besando. Su lengua era una tortura exquisita y Charlotte temblaba de deseo. Cuando rozaba el clítoris con los dientes, ella gemía. Y cuando succionaba, las caderas de ella se levantaban de la mesa.

La volvió loca con la boca y la joven escaló rápida y furiosamente hacia un orgasmo que la invadió con tanta fuerza que casi se desmayó.

Había cerrado los ojos en algún momento, y cuando los abrió, Alex estaba sobre ella, colocado entre sus piernas, con un preservativo ya en el pene y la mirada hambrienta y concentrada.

—Mírame —exigió, antes de penetrarla centímetro a centímetro, lenta y lánguidamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo para darle placer.

Ella se mordió el labio inferior. La presión exquisita de él la llenaba plenamente. Entonces Alex empezó a moverse. Despacio al principio.

Retirándose con infinita paciencia. Embistiendo con fuerza. Manteniendo ese ritmo regular con una determinación que desafiaba a la lógica.

¿Cómo podía mostrarse tan controlado cuando ella solo quería que la embistiera sin cesar como en sus encuentros anteriores?

—Estás decidido a volverme loca, ¿verdad? —ella se retorció y arqueó las caderas hacia arriba, pero él las sujetó abajo.

—Valdrá la pena, preciosa —dijo.

Y tenía razón. Porque esa vez el orgasmo de ella escaló despacio. La tensión hizo que los músculos se le pusieran rígidos y le temblara la columna. Su piel estaba llena de sensaciones, como si miles de mariposas bailaran por ella.

Lo miró. Tenía la mandíbula apretada, le palpitaba una vena en la sien y la miraba a ella. Solo a ella.

Siguió mirándolo, preguntándose si sabría lo puñeteramente bien que la hacía sentirse, y lo que quiera que fuera lo que vio en sus ojos lo empujó al límite y la embistió con tanta fuerza que ella se levantó a medias de la mesa. Él le clavó los dedos en el culo al tiempo que se ponía tenso y gemía, y a ella la asaltó el orgasmo un segundo después.

No habían dejado de mirarse a los ojos y siguieron haciéndolo largo rato, en un silencio atónito. Al menos así era como se sentía ella. Estupefacta. Atrapada en un universo alternativo extraño donde había abandonado su timidez y le parecía bien seducir a un hombre sexy en su escritorio.

—¿Has cenado?

De todas las cosas que Charlotte esperaba que dijera él después de un encuentro tan alucinante, esa no era una.

—No.

—Yo tampoco —la sonrisa torcida de él le provocó una punzada a ella en el corazón—. Creo que tengo apetito. ¿Quieres ir a comer algo?

Charlotte creía que debía negarse. Que no debía acostumbrarse a salir con él cada vez que echaban un polvo porque eso solo serviría para crear expectativas. Expectativas muy alejadas de su aventura sexual. Expectativas que resultarían en ella queriendo cosas que no debería querer.

—No lo pienses tanto —él extendió el brazo y rozó con los dedos la línea fruncida del ceño de ella—. Me gusta estar contigo, tenemos que comer, hagámoslo juntos.

—De acuerdo —ella se descubrió asintiendo enseguida. Ya no parecía

importarle alimentar expectativas—. Pero tendría que ir antes a casa a cambiarme.

—¿Por qué? —él trazó con los dedos una línea desde la frente de ella, bajando por la mejilla, a lo largo de la mandíbula y hasta el cuello. Desde allí fue bajando la mano entre los pechos y a través de las costillas, hasta apoyarla en el estómago de ella, donde el *body* seguía subido—. Así sabré exactamente lo que llevas debajo del vestido y estaré deseando quitártelo todo más tarde.

Charlotte se contrajo al pensar en más sexo y una sonrisa perezosa y lasciva se extendió por el rostro de él.

—Creo que tu cuerpo está de acuerdo.

La joven se sonrojó. Por supuesto, él había sentido aquello, pues seguían unidos debajo de la cintura. ¿Cómo podía hacer eso, estar sentada en un escritorio con las piernas abiertas, sosteniendo una conversación poscoito y sin la más mínima vergüenza? Era increíble cómo podía confundirla aquel hombre hasta el punto de que rompiera sus inhibiciones.

—Si quieres comer, tendremos que vestirnos —dijo. Añadió un contoneo de la pelvis para enfatizar la idea.

—Si sigues haciendo eso, no iremos a ninguna parte —repuso él. Pero salió de ella y se metió en el cuarto de baño a quitarse el preservativo mientras ella se vestía.

Cuando Charlotte se subía la cremallera del vestido, vio su imagen en un armario de cristal que había detrás del escritorio y entonces se impuso la realidad.

¿De verdad creía que podía hacer aquello, jugar a ser una vampiresa a la que solo le interesaba una cosa?

Porque cada vez que tenían sexo, Charlotte sabía que una pequeña parte de ella anhelaba más. Lo que sentía cuando él le daba placer... Tenía la leve sospecha de que ningún otro hombre podría hacerle sentir nada parecido. Y de ser así, ¿no se estaría poniendo en la situación de sufrir una caída importante?

¿Y si el hombre de sus sueños no le gustaba tanto como Alex?

Pasar más tiempo con él solo reforzaría eso, lo que implicaba que tenía que alejarse.

Cuanto antes.

—Lo siento, no puedo ir a cenar, tengo que irme —dijo atropelladamente, corriendo hacia la puerta.

—¿Pero qué...?

—Nos vemos mañana —dijo ella.

Giró la llave con torpeza, abrió la puerta y salió corriendo.

Capítulo 12

Alex no tenía ni idea de lo que acababa de pasar.

Un momento estaba en las nubes después de haber echado un polvo increíble en su escritorio y al minuto siguiente, veía a Charlotte salir corriendo del despacho después de haber anulado sus planes de cenar.

—¡Eh, espera! —gritó.

Salió tras ella y, por suerte, la alcanzó justo antes de que se cerraran las puertas del ascensor por el sencillo procedimiento de meter la mano entre ellas.

Las puertas se abrieron y vio que ella lo miraba con ojos muy abiertos y los labios apretados en una línea rebelde.

—¿Qué ha pasado ahí atrás? —preguntó él.

—Nada. Que he recordado que tengo cosas que hacer.

Charlotte sacudió la cabeza y su cabello castaño cayó en ondas por sus hombros, lo que hizo que él deseara hundir su nariz allí e inhalar la fragancia afrutada de su champú.

—A ver si lo adivino. Dar de comer a tu gato —Alex chequeó los dedos para paliar un poco el sarcasmo, pero bastante irritado por el súbito impulso de ella de salir corriendo después de lo que acababa de pasar en su despacho —. Pero olvidas que he estado en tu apartamento y sé que no tienes gato. ¿Qué pasa?

—¿No puedes dejar el tema? —ella se sonrojó y se cruzó de brazos.

¡Como si eso pudiera distraerlo de sus pequeños pechos perfectos y vivaces!

—No. Rendirme no está en mi naturaleza.

Cuando las puertas del ascensor empezaron a pitar porque él tenía los brazos apoyados en ellas, dijo:

—Voy contigo.

Charlotte lo miró de hito en hito. Arrugó la frente.

—Quiero estar sola.

—No, no quieres. Quieres reflexionar sobre lo que acaba de pasar. ¿Quizá estás asustada por lo poderosa que es la conexión entre nosotros cuando tenemos sexo? —Alex entró en el ascensor y se tocó el bolsillo para comprobar que llevaba el teléfono móvil y las llaves del coche—. No lo estés. El sexo pocas veces es así de bueno y, cuando lo es, hay que aceptarlo —guiñó un ojo con malicia—. Yo lo he hecho.

—Porque no has tenido otra opción —replicó ella, cortante—. He entrado en tu despacho como una fulana y prácticamente me he desnudado delante de ti.

Esa confesión lo irritó bastante. ¿La marcha abrupta de ella era porque se sentía mortificada? Alex sabía que la falta de experiencia de ella con los hombres podía ser un problema, pero el modo en que había respondido con él hasta ese momento lo había convencido de que se había despojado de sus inhibiciones.

Tenía que frenar aquello. Tenía que mostrarle que le gustaba por algo más que su cuerpo. Y obviamente, hasta el momento no lo había hecho muy bien.

—Te sientes abrumada y lo entiendo, pero no pienses jamás que te veo como otra cosa que una mujer fuerte dispuesta a abrazar su sexualidad.

La boca de ella se suavizó al oír eso.

—Me gusta estar contigo —continuó él—. Ya está. Sin agenda oculta ni motivos ulteriores. ¿Qué te parece si frenamos esto un poco? ¿Compramos comida para llevar y vamos a alguna parte donde te sientas cómoda?

En los labios de ella acechaba una negativa. Podía verlo en las líneas rígidas de su cuerpo, así que, en lugar de esperar una respuesta, terminó de entrar en el ascensor y apretó el botón de la planta baja.

—No hace falta que contestes, solo indícame el camino —dijo, observando la cuenta atrás de los números en el panel—. Adonde tú quieras.

Como ella seguía sin hablar, se arriesgó a mirarla. Charlotte se volvió despacio hacia él con expresión solemne.

—Me apetece una hamburguesa grande y grasienta con patatas fritas.

Alex asintió, esforzándose por no mostrar júbilo por la capitulación de ella.

—Suena bien.

Cuando llegaron a la planta baja y salieron del edificio, el silencio

continuado de ella ya no le molestó tanto. Fuera lo que fuera lo que pasaba por su cabeza, no bastaba para espantarla del todo, así que él esperaba el momento, comerían y luego probaría una táctica distinta.

Entonces se dio cuenta.

Nunca había dedicado tanto esfuerzo a conquistar a una mujer.

Y menos a una con la que ya se había acostado.

Esa idea le produjo un bajón. ¿No debería salir corriendo mientras todavía pudiera? La idea de trabajar con ella tres semanas más y verse obligado a fingir que no había nada entre ellos no estaba mal, pero mantener las manos alejadas de ella era imposible.

No podía. Y menos cuando siempre que se sentara ante su escritorio se vería bombardeado con recuerdos de ella sentada encima.

¡Maldición! Jamás se sacaría esa imagen de la cabeza.

Ella lo había sorprendido tomando la iniciativa, entrando osadamente en sus dominios con el único propósito de seducirlo. Lo había excitado muchísimo. Y en cuanto al vestido y el *body*, confiaba en poder convencerla de que se probara todas y cada una de las prendas decadentes del negocio *online* de su tía.

Pero no esa noche. Esa noche tenía que convencerla de que una aventura no implicaba necesariamente que tuviera que sentirse mujer fácil, convencerla de que él valoraba la conexión entre ellos.

Había asumido que ya había demostrado eso invitándola a cenar unas noches atrás, pero debería haber sabido que la falta de experiencia de ella haría que volviera a la posición anterior y se encerrara en sí misma.

Cuando llegaron al aparcamiento del sótano, le puso una mano en la parte baja de la espalda y la guio hacia la derecha.

—Vamos en mi coche.

Así ella no podría largarse y dejarlo plantado.

Sorprendentemente, la joven no protestó y no dijo nada hasta que llegaron al automóvil de él, abrió la puerta y se sentó en el lugar del acompañante.

—Gracias —musitó entonces.

—¿Por qué?

—Por soportar mi pánico.

Alex sonrió.

—Guapa, eso no ha sido pánico. Eso eras tú dudando después de vivir la mejor experiencia sexual de tu vida con un maestro.

Charlotte enarcó las cejas y medio sonrió.

—Un maestro, ¿eh?

—Puedes llamarme señor.

Alex cerró la puerta del acompañante, dio la vuelta al coche y se sentó al volante. Siguió un silencio cómodo mientras se dirigían al lugar más próximo de comida basura y pedían a lo grande. Cuando tuvieron la bolsa de papel con las hamburguesas y las patatas fritas y los batidos de chocolate entre ellos, él preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Yo te guío —dijo ella, llevándose una mano al estómago—. Y no me importa que corras un poco, porque ese olor me da hambre.

Alex siempre estaba hambriento con ella, pero desde luego no era de comida.

—¿Está lejos?

—Diez minutos.

Por suerte, fueron incluso menos en el tráfico de la noche y no tardaron en parar en un aparcamiento desierto encima de un acantilado, un lugar completamente aislado por un círculo de árboles.

—¿Qué sitio es este? —Alex no había estado nunca en esa parte de Sídney, un suburbio elegante en las afueras de la parte rica del este.

—Primero comer y luego hablar —repuso ella. Abrió la primera bolsa, sacó una patata y se la metió en la boca—. Mmm, muy buena —murmuró con un gemido de apreciación que viajó directo a la polla de él.

Alex la había oído gemir así otras veces, normalmente cuando la embestía y ella movía la cabeza de un lado a otro como si se balanceara en el límite entre el placer y el dolor.

¡Maldición! Tenía que comer enseguida o se lanzaría sobre ella para echarla en el asiento de atrás y poseerla de nuevo.

—No te había tomado por una mujer a la que le gustara la comida basura —dijo. Desenvolvió una hamburguesa, le quitó el pan de arriba y retiró los pepinillos.

—Casi lo único bueno que me dieron mis padres fue un metabolismo rápido —ella alzó la hamburguesa en el aire—. Puedo comer todas las que quiera de estas y no engordar. Mis amigas me odian.

Alex quería hurgar más en aquel comentario sobre sus padres, pero no deseaba que ella volviera a cerrarse en banda, cuando apenas acababa de

empezar a hablar.

—Tienes un cuerpo fantástico. A mí me gusta mucho —dijo. Tomó un mordisco de hamburguesa, deseando mordisquearla a ella.

Charlotte murmuró algo ininteligible, pero él captó alegría en sus ojos.

Devoraron las hamburguesas y las patatas fritas en un tiempo récord. Él no podía recordar cuándo había sido la última vez que había comido comida basura y pensó que seguramente sabía mejor a causa de ella.

—¿Tomamos las bebidas fuera, señora? —preguntó, con una reverencia que hizo que ella sonriera.

—De acuerdo. Hay algo que quiero enseñarte.

Caminaron juntos, sorbiendo los batidos, hasta el borde de los árboles, entraron por un claro abierto en estos y cruzaron un montículo de hierba con una pendiente gradual.

—O sea que este es uno de tus lugares favoritos, ¿eh?

—Lo será muy pronto, cuando haga una oferta.

¿Oferta? Llegaron a la cima del montículo y salieron a una calle en cuyo lado opuesto había casas modestas.

—Allí. Aquella —la joven señaló un bungalow de madera de estilo californiano situado dos casas más allá, a la izquierda—. Esa es la casa de mis sueños y la voy a comprar.

Alex captó el anhelo en su voz y el orgullo que encerraba su declaración.

—Me alegro por ti.

Su respuesta cayó como una piedra y ella se volvió a medias hacia él.

—¿No te gusta?

—No he dicho eso.

No hacía falta que lo dijera, teniendo en cuenta que su poco entusiasta respuesta estaba lejos de resultar elogiosa.

No le gustaba sentirse así, extrañamente incómodo, mirando la pequeña casa con su fachada recién pintada de blanco y sus ventanas con bordes beis. Un eucalipto gigante ocupaba el centro del cuidado césped, bordeado de lechos de flores. La casita la completaba una puñetera valla de madera, que era ridículamente azul verdosa en vez de blanca.

Pero pensar en Charlotte viviendo allí su sueño sin él no le sentó bien.

No porque quisiera formar parte de los sueños a largo plazo de nadie, pero después de una semana de aventura apasionada, no quería pensar en su final.

—Has pedido que te mostrara un lugar que me gustara y este lo es —

comentó ella. Y el dolor que expresaba su voz hizo que él quisiera golpearse la cabeza con algo—. En las últimas cuatro semanas vengo aquí casi a diario porque hace que me sienta bien.

Alex entendía aquello. Los aeropuertos le hacían sentirse así. Eran una prueba tangible de su vida de tránsito, la vida que quería.

No le gustaba vincularse mucho tiempo a nada ni a nadie, porque había visto de primera mano que aquello creaba desprecio y, en último extremo, la desintegración de todo lo que había de bueno.

No era tan tonto como para creer que todos los matrimonios eran como el de sus padres, pero tenía tan interiorizado el distanciamiento emocional que no le interesaba intentar rectificarlo. Vincularse demasiado, permitirse sentir, implicaba que, cuando la vida se pusiera difícil, como ocurriría inevitablemente, la caída sería mucho más dura. Él era muchas cosas, pero masoquista no era una de ellas.

—¿Ahora no hay un boom en el mercado inmobiliario de Sídney? —preguntó.

La implicación de su pregunta resultaba clara. Si tan buena era aquella casa de ensueño, ¿por qué no se había vendido ya?

—Sí, pero el dueño pide un precio muy alto —ella arrojó el batido a una papelera cercana y se cruzó de brazos como buscando consuelo—. He hablado con el agente inmobiliario y le he dicho cuál es mi límite. Cree que puede conseguir que el dueño ceda un poco. Y entretanto, rezo todas las noches para que no se me adelanten en la compra.

Sonaba tan pesarosa, que él no pudo resistirse a tocarla y le apoyó levemente la mano en el hombro. Ella no se apartó, lo cual era buena señal, teniendo en cuenta cómo había enfriado él su entusiasmo.

—Tu sueño es mi pesadilla —dijo con calma, sabedor de que tenía que mostrarse sincero si quería tener alguna posibilidad de pasar más tiempo con ella.

—¿Tú no tienes una casa? —ella lo observó con una intensidad que lo puso nervioso.

Alex negó con la cabeza.

—Muchas propiedades como inversiones, pero no una casa que llame hogar.

—Eso es triste.

Él se rebeló ante la perceptible lástima de ella.

—Tuve un hogar, la casa donde crecí, yapestaba. Así que me prometí que el día en que por fin pudiera escapar de aquella casa claustrofóbica en un pueblo de mala muerte, y de toda la mierda que contenía, no volvería a colocarme nunca más en una situación de ese tipo.

Charlotte se quedó pensativa, como si buscara las palabras adecuadas. Al fin contestó:

—Una casa puede ser una base. Un lugar donde echar raíces. Nada más.

—Eso son sandeces y los dos lo sabemos.

Alex, que se arrepentía de haber contado tanto, tiró también el batido a la papelera y se metió las manos en los bolsillos.

—Antes has hecho un comentario sobre tus padres y me dijiste que viajan por todo el mundo, así que supongo que no es difícil adivinar por qué quieres tanto una base estable.

No se sentía mal por hurgar en el punto débil de ella, pues el modo en que Charlotte frunció el ceño le dijo que era su punto débil.

—Todos queremos lo contrario de lo que tuvimos de niños. Para mí eso es libertad, para ti es estabilidad.

Señaló el bungalow.

—Me alegro de que persigas tus sueños. De verdad. Pero yo veo a una mujer que ha llevado una vida tranquila, seguramente adrede, para ser lo contrario de sus padres, que está deseando asentarse demasiado pronto, antes de haber conocido la mitad de lo que hay ahí fuera.

Abrió mucho los brazos. Supo que había hablado demasiado cuando ella se volvió, pero no antes de que viera un brillo en sus ojos.

¡Mierda! La había hecho llorar.

Vio que echaba atrás los hombros y enderezaba la columna antes de girarse hacia él.

—¿Y qué hay ahí fuera, Alex? ¿Qué atractivo tiene vivir con la maleta a cuestas, yendo de un lugar a otro y sin tener nunca tiempo de forjar amistades fuertes y una relación estable?

Alex, que se sentía como un capullo integral por haber pisoteado su sueño cuando ella había tenido agallas para abrirse a él, dijo:

—Simplemente no quiero que te pierdas la diversión antes de asentarte —vio que los ojos de ella brillaban de rabia y se apresuró a añadir—: No me interpretes mal, invertir en propiedad en Sídney es como comprar acciones en una mina de oro. Pero pedir una hipoteca grande a tus años, antes de que hayas

viajado y hecho todas esas cosas emocionantes, es algo importante y yo no quiero que te pierdas eso.

Charlotte ladeó la cabeza y lo observó. Y él tuvo la insólita sensación de que ella lo había calado.

Porque en el momento en el que había expresado en alto que no quería que ella se perdiera las aventuras de la vida, la había imaginado viviendo esas aventuras con él.

Una idea estrafalaria, tan alejada de su vida que no tenía gracia, pero en el momento en el que se le metió en la cabeza, pudo verla muy claramente. Si había despertado sexualmente con él, ¿cómo sería enseñarle otras cosas? ¿Mostrarle el mundo?

No quería estabilidad, pero no era contrario a tener una mujer maravillosa a su lado en sus viajes.

Ridículo. Hacía cinco semanas que la conocía, cuatro de ellas por teléfono y correo electrónico.

¿Por qué narices se le ocurría algo tan extraño?

Por no hablar de un punto importante.

La había considerado para ser la nueva directora de The Number Makers, un trabajo seguro que le permitiría comprarse la casa de ensueño que tenía delante.

Las directoras contables no renunciaban a sus sueños sensatos para seguir un capricho.

Sacudió la cabeza para despejarse, extendió el brazo y se sintió aliviado cuando ella le permitió tomarle la mano.

—¿Sabes qué? Olvida lo que he dicho. Puede que me dé un poco de envidia ver que estás mucho más evolucionada que yo, que a mis treinta y dos años, sigo siendo un vagabundo que jamás echará raíces.

Seguramente había dicho por fin lo que debía porque el rostro de ella se relajó.

—¿Tienes envidia?

Sonaba incrédula, pero eso era mejor que dolida, así que continuó:

—Creo que sí —le apretó las manos—. A tu edad yo seguía saliendo mucho de fiesta y levantando mi imperio.

Charlotte sonrió.

—Tú no tienes un imperio.

Alex le soltó una de las manos para llevarse un dedo a la sien.

—Aquí arriba sí. Y es un lugar mágico, lleno de mujeres núbiles y de dólares colgando de los árboles y un rey deslumbrante y atractivo que hace lo que quiere cuando quiere.

—Eso es mucha imaginación —la sonrisa irónica de ella le alegró el corazón a Alex—. Supongo que tendremos que aceptar que no estamos de acuerdo en lo que constituye un futuro.

—Sí —él tiró de la mano de ella para acercarla hacia sí—. Y gracias por mostrarme tu sueño. Me alegro por ti. Y siento mucho haberte molestado por ser tan directo.

—Me gusta la franqueza tanto como a ti —repuso ella. Apoyó la cabeza en su pecho—. No tenemos mucho tiempo juntos, ¿por qué desperdiciarlo andándonos con tiento y con juegucitos?

Alex la abrazó fuerte por la cintura y volvió a tener la sensación de antes, cuando la había imaginado viviendo la vida de sus sueños allí. La sensación se parecía a una indigestión, pero más fuerte.

No tenemos mucho tiempo juntos.

Normalmente le habría aliviado que ella supiera lo que había.

Entonces, ¿qué demonios le ocurría?

Capítulo 13

Charlotte tenía que conseguir devolver aquella relación a un terreno familiar antes de que se pusiera totalmente en ridículo.

Jamás debería haberle mostrado ese lugar.

¿Qué esperaba? ¿Que echara un vistazo a la casa de sus sueños después de conocerla cinco minutos y se arrojara de cabeza a la fantasía de felicidad eterna que imaginaba ella?

Era una idiota.

Una idiota que tenía que distraerse rápidamente si no quería echarse a llorar.

Así que hizo lo único que conocía que podía garantizar enderezar aquella aventura.

Se concentró en el sexo.

—Ven conmigo —tiró de la mano de él y volvió al coche casi corriendo.

Alex la siguió encantado, dando un paso largo por cada dos de ella. Charlotte pensó que aquella buena disposición a darse mutuamente placer era algo estupendo. Mantenía su mente concentrada en el aspecto físico y no dejaba mucho espacio para pensar en las preguntas sin respuesta que rondaban por su cabeza como mosquitos molestos.

¿Qué había ocurrido en el pasado de Alex para que no quisiera echar raíces nunca? ¿Por qué consideraba claustrofóbicos su casa de la infancia y su pueblo? ¿Quién le había causado tanto daño emocional para que a los treinta y dos años rehusara asentarse?

Y lo peor, ¿por qué tenía que plantar en ella la semilla de la duda, hacerle pensar que quizá fuera un gran error pedir una hipoteca fuerte antes de hacer cosas emocionantes como viajar?

Ella tenía un objetivo. Un sueño. Y nadie, y menos un vagabundo

encantador, la distraería de él.

Necesitaba esa casa.

Necesitaba un plan claro para el futuro.

No necesitaba desviarse de ese plan, por muy tentadora que fuera la visión momentánea de libertad que él había plantado en su cabeza.

¿Cómo sería dejar su trabajo y dedicarse a viajar un año? ¿No preocuparse de levantarse con el despertador, pasar los días explorando ciudades nuevas en lugar de estar atrapada detrás de un escritorio usando sus habilidades matemáticas, conocer a personas nuevas y ampliar su grupo social?

Durante los momentos en los que Alex le había dicho que le preocupaba que se asentara demasiado pronto, ella había entrevisto una vida distinta.

Podía ser maravillosa.

También podía conducir a que acabara como sus padres, sin nada que mostrar por sus años de trabajo, y ella no impondría bajo ningún concepto esa vida a sus hijos.

Llegaron al coche y se apoyó en el capó, con el metal todavía cálido bajo su trasero. Agarró las solapas de Alex y tiró de él hacia sí. Su beso fue torpe pero eficaz, pues él gimió y se acomodó entre sus muslos y el material de sus pantalones raspó la piel de ella con un roce delicioso.

En aquel momento decidió que enmarcaría ese vestido.

—Entremos en el coche —murmuró él. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja antes de succionarle los labios y jugar con la lengua en su boca.

Charlotte se estremeció ante la sensación que inundaba su cuerpo y lo abrazó con las piernas a modo de respuesta.

—No. Me gusta sentirme así... A la vista.

Alex sonrió. Sus dientes eran casi luminosos a la luz de la luna.

—Te gusta correr riesgos, ¿eh?

—Solo contigo —repuso ella, y era verdad.

Para ser un hombre al que conocía muy poco, Alex la hacía sentirse segura de un modo que nunca habría creído posible.

Normalmente le llevaba mucho tiempo habituarse a la gente, lo que explicaba por qué tenía tan pocos amigos.

Mak había sido compañera de piso, y era tan exuberante y extrovertida que Charlotte no había tenido más remedio que dejarla entrar en su corazón. Abby era amiga de Mak, habían sido compañeras de trabajo y había sido inevitable que las tres empezaran a pasar tiempo juntas.

Echaba mucho de menos a Mak, pero no la culpaba por perseguir su sueño de bailar en Broadway. También echaba de menos a Abby, pues su trabajo en Le Miel y Tanner, su novio sexy, la tenían demasiado ocupada para que pudieran verse tanto como antes.

¿Quizá por eso había dejado entrar a Alex tan de prisa en su vida? Soledad. Por otra parte, había estado sola la mayor parte de su vida, gracias a sus inseguridades inherentes, así que, ¿no era más bien que buscaba excusas que explicaran su lujuria y osadía con aquel hombre?

—Me estás matando, preciosa —él apoyó la frente sobre la de ella—. No llevo más preservativos encima.

Charlotte contempló un momento la posibilidad de decir que a la porra con los preservativos, pero no podía negar su lado racional. Aunque no se había acostado con nadie en años, un hombre que tenía el aspecto de Alex, que abrazaba un estilo de vida nómada, no habría sido célibe.

—Estoy limpio, por si te preguntas eso —dijo él, como si le leyera el pensamiento—, pero no tengo sexo sin protección.

Vaciló, como si no estuviera seguro de si debía decir algo más.

—No veo niños en mi futuro, así que no me arriesgo —añadió.

Como si ella necesitara que le recordara por qué jamás podrían tener otra cosa que una aventura pasajera. Pero una cosa era saber que no podía haber nada más entre ellos y otra que se lo impusieran por la fuerza de ese modo.

Podía haberle dicho que los condones no eran infalibles y, teniendo en cuenta que ella no tomaba anticonceptivos porque no practicaba el sexo de modo regular, en realidad jugaban a la ruleta rusa cada vez que lo hacían.

Pero aquel no era momento para sermones. Necesitaba parar las preguntas que circulaban por su mente y el sexo con Alex le garantizaba eso.

—Podemos hacer otras cosas —dijo, con un movimiento coqueto de la cabeza, un gesto que no había hecho en su vida pero que pareció funcionar, pues a él se le iluminó la mirada.

—Podrían arrestarnos por conducta obscena en público por hacer «otras cosas» aquí fuera.

Charlotte no quería contar que iba allí todas las noches a mirar con anhelo la casa de sus sueños y que nunca encontraba a nadie, así que separó las piernas y se bajó del capó.

—Siempre está el asiento de atrás —comentó. Enarcó una ceja en un gesto de invitación y, por suerte, él no necesitó que se lo dijeran dos veces.

—Eres increíblemente traviesa —dijo. Abrió la puerta y esperó a que entrara ella antes de seguirla—. Me gusta.

Cerró la puerta y activó los cierres. Su mirada resultaba inescrutable en la oscuridad, pues unas nubes acababan de cubrir la luna.

—Tumbate —dijo.

Su orden contenía un deje de desesperación, como si no pudiera esperar a lanzarse sobre ella.

—No.

Charlotte necesitaba estar al mando esa vez. Tenía que probarse que tenía algún control sobre aquello que se desarrollaba entre ellos, porque, en el fondo, su conexión era algo más que sexo y los dos lo sabían.

Se acercó más, puso una mano en la cremallera de él y en el bulto apreciable de debajo.

Alex respiró con fuerza y soltó el aire despacio mientras ella le bajaba la cremallera y el roce del metal era el único sonido en el automóvil.

—Charlie...

La joven no sabía si el gruñido de advertencia de él significaba que parara o que se diera prisa, así que deslizó la mano en los calzoncillos y apretó los dedos alrededor de aquel acero aterciopelado.

—¡Joder! —murmuró él cuando ella lo sacó.

Charlotte deslizó la mano arriba y abajo como tanteando el terreno, probando a ver qué le gustaba a él guiándose por los cambios en su respiración.

Cuando pasó el pulgar por el glande, él se sobresaltó levemente.

—¿Te gusta eso? —ella repitió el gesto, saboreando el poder de provocar deseo en un hombre como él.

—Me gusta todo lo que me haces —repuso Alex entre dientes cuando ella apretó más fuerte.

—Bien —dijo ella. Se inclinó a lamerlo.

Alex levantó ligeramente las caderas del asiento y Charlotte decidió que eso era buena señal.

Era la primera vez que hacía aquello y aunque tenía sus reservas sobre meterse algo tan grande en la boca, quería experimentar todo lo que pudiera con aquel hombre increíble.

Vacilante, puso los labios en torno al pene. Tenía un sabor acre, casi dulce, y lamió un poco. Él volvió a gemir y posó la mano en la cabeza de ella,

enredando un poco los dedos en su pelo.

Charlotte, animada, se lo introdujo más en la boca, todo lo que pudo, y quedó espacio suficiente para que colocara una mano entera alrededor de lo que sobraba.

Era tan grande que no resultaba sorprendente que la sensación de tenerlo dentro fuera tan buena.

Empezó a moverse, lentamente al principio, deslizándolo un poco fuera de la boca y volviéndolo a introducir, moviendo el puño en sincronía con la boca.

A juzgar por los gruñidos bajos que emitía, a Alex le gustaba. A ella también. Le gustaba chuparlo y le gustaba lamerlo. Su polo particular. Casi rio al pensarlo, pero no quería alterar el momento. Ni atragantarse.

Además, su primera mamada tenía un efecto inesperado en ella. Jamás había imaginado que la excitaría tanto.

Se movió con nerviosismo y él, como si sintiera su necesidad, deslizó una mano entre sus piernas. No era la postura más cómoda del mundo, estrujada en el asiento de atrás, con las rodillas en el suelo y la cabeza en el regazo de él, con Alex medio echado a lo largo del asiento de atrás con una mano en la cabeza de ella y la otra haciendo travesuras entre sus piernas, pero les funcionaba.

Cuando él empezó a frotar el clítoris, Charlotte aumentó automáticamente el ritmo y succionó con más fuerza, inclinando la cabeza y bombeando con la mano.

Él le apretó la cabeza con la mano y le tiró del pelo hasta hacerle daño. A ella no le importó, pues la otra mano le producía cada vez más placer. La acarició más deprisa y con más fuerza que nunca, hasta que ella llegó al clímax con una intensidad desconocida.

Alex la siguió con un grito ahogado y a ella el calor de él en la boca le resultó mucho más sexy de lo que jamás habría podido anticipar.

Después de desenganchar sus cuerpos como un par de contorsionistas, Charlotte se sentó a su lado, contenta de apoyar la cabeza en el hueco de su hombro.

—Eres increíble —dijo él. Le giró la cabeza para besarla en la frente—. Y estás llena de sorpresas.

—Todavía no has visto nada —contestó ella.

Pero su respuesta presuntuosa perdió parte de su impacto cuando la frase terminó con un hipido embarazoso y él se apartó para verle la cara buscando

alguna pista de su estado emocional.

«Buena suerte con eso» pensó ella, que no tenía ni idea de cómo había acabado allí, en el asiento de atrás del coche de un hombre sexy, haciéndole una mamada, cuando lo que quería era entregarle su corazón.

Pero no podía y eso garantizaba que se centraría más en el sexo y menos en preocuparse por cosas que no podía tener.

—¿Qué pasa?

Alex le puso un dedo debajo de la barbilla y le alzó la cabeza, aunque no podía ver mucho en el interior en penumbra. Charlotte se alegró más que nunca en su vida de que las nubes cubrieran la luna.

—Nada.

—Sabes que te voy a seguir dando la lata hasta que me lo digas, ¿verdad?

La joven, que se sentía muy frágil, no podía soportar un interrogatorio, así que optó por una verdad a medias.

—Es la primera vez que hago eso y no sé si he estado bien.

—¿Pero qué coño...? —murmuró él. La giró del todo hacia él. Carraspeó, más atónito de lo que ella esperaba—. ¿Quieres decir que esta ha sido tu primera mamada?

—¡Ajá! —ella se encogió de hombros, como si eso careciera de importancia, aunque lo cierto era que sentía bastante curiosidad por oír la valoración de él.

No porque quisiera una puntuación en sí misma, sino porque no le vendría mal algo de *feedback* para referencias futuras.

—Tesoro, lo que has hecho con la boca y la mano... —él sacudió la cabeza como si quisiera despejarse—. Ha sido fenomenal.

Charlotte sonrió como si acabaran de darle una medalla de oro por la felación.

—¿De verdad?

—De verdad —él le devolvió la sonrisa y en aquel momento las nubes despejaron la luna y la luz de esta le permitió a ella ver un brillo en los ojos de él—. Aunque quizá debería mentir y decir que ha sido bastante corriente para ver si así crees que tienes que practicar mucho.

—Estoy segura de que podría encontrar voluntarios para eso —declaró ella.

No se esperaba que él alzara la mano y le retorciera la nariz. Soltó un grito y lo apartó de un empujón, pero acabaron peleando en broma, riendo y cayendo uno encima del otro.

—Esto es bonito —declaró ella cuando se separaron por fin para respirar.

—¿Nosotros en el asiento trasero de un coche?

—Nosotros jugando y bromeando después de compartir algo íntimo —ella le puso una mano en el pecho—. Nunca pensé que me sentiría tan cómoda con el sexo, sobre todo porque no hace mucho que te conozco, pero me siento bien estando así contigo.

—La sensación es mutua, querida.

Alex la envolvió en un abrazo de oso y aunque ella sabía que aquello era solo un apelativo cariñoso que no significaba nada, allí, envuelta en el círculo de sus brazos y con el corazón lleno de necesidad, deseó que no fuera así y significara algo.

Capítulo 14

Alex llevó a Charlotte de vuelta hasta su coche, que seguía en el trabajo, la siguió a su casa para comprobar que llegaba sana y salva y después se alejó en la noche como un maldito cobarde.

La joven le había pedido que se quedara.

Él se había excusado con el trabajo.

Sí, un cobarde. Un gallina que no podía soportar pasar más tiempo con ella esa noche por si acababa diciendo la verdad.

Que ver la casa de sus sueños le había dado un susto de muerte.

Se había portado como un auténtico capullo, diciendo toda esa mierda de que se iba a asentar demasiado pronto, antes de conocer la vida. Y luego había retrocedido cuando había visto cómo le dolían a ella sus palabras.

Tendría que haberla llevado a su casa en ese momento. En vez de eso, había sido el recipiente de la mejor mamada que le habían hecho en su vida. Ella le había dejado sin palabras, literalmente, y, sin embargo, cuando bajaba a la tierra después del orgasmo, sólo había podido pensar en ella en aquella maldita casa sin él.

O con él.

Y eso era lo que le había asustado tanto que se había alejado tan deprisa como le permitían los neumáticos.

Porque en el momento en el que ella le había mostrado el bungalow de estilo California con su valla hortera pintada de azul, la había imaginado en el escalón de arriba y a sí mismo llegando a casa, donde lo esperaba ella. O quizá al contrario.

Charlotte sería una directora de primera cuando la ascendiera, así que quizá él pudiera quedarse una temporada en casa y dejar de ir de un lado para otro. Preparar comidas *gourmet* para su atareada mujer. Tener una botella de vino

tinto abierta en la mesa de comedor esperándola al final de un largo día. Escucharla y apoyarla. Prepararle un baño...

Él no podía hacer nada de eso.

Cuando llegó al hotel en un tiempo récord, se duchó y vistió, se puso loción de afeitado y se pasó un peine por el pelo.

Sabía lo que necesitaba para salir de aquella confusión.

Recordarse por qué había elegido aquella vida y lo bien que le hacía sentirse.

Así que se dirigió al único lugar que podía garantizarle una inyección de realidad en cualquier lugar del mundo.

El bar del hotel.

No importaba que fuera en Australia, Reino Unido o Asia, él siempre frecuentaba el bar del hotel. No porque fuera alcohólico, sino por la camaradería especial que solo se podía encontrar entre compañeros nómadas.

Gente que amaba viajar. Gente que llevaba el espíritu viajero en las venas. Gente que valoraba la aventura por encima de la estabilidad.

En aquel momento necesitaba estar con su gente.

Entró en el bar y se dirigió a un taburete vacío situado en medio del elegante mostrador de acero inoxidable que recorría toda la longitud de la habitación. Ese punto le ofrecía una vista ininterrumpida del bar y del puente de Sídney Harbour lanzando destellos al agua.

Era hermoso, pero él no estaba allí por las vistas. Necesitaba hablar con compañeros viajeros, intercambiar historias de sus recorridos, desesperado por distraerse de los pensamientos locos que le había provocado ver la casa de los sueños de Charlotte.

Un camarero joven con la cara llena de pírsines se detuvo frente a él.

—¿Qué le sirvo?

—Un vaso de su mejor *shiraz*, por favor.

El camarero enarcó una ceja, con lo que elevó tres aros más que los demás.

—¿A cuatrocientos dólares la botella?

—Sí, está bien.

Un buen vino tinto le calmaría el alma y le soltaría la lengua. Porque una vez allí, ya no le apetecía mucho hablar.

A su derecha se sentaba un hombre de negocios con traje de diseñador y, a su izquierda, una mujer más mayor con un severo vestido negro. Ambos miraban sus teléfonos móviles y sus pulgares volaban escribiendo mensajes.

El hombre tenía un whisky intacto delante y la mujer un gin tonic. Alexander reconoció también su expresión agobiada, la misma que solía tener él, la expresión que producía la prisa por cumplir algo dentro del plazo previsto para pasar al desafío siguiente.

El camarero no tardó mucho en colocar el vino delante de él y Alex se relajó después del primer sorbo. El sabor de uvas envejecidas se deslizó por su lengua. El final perfecto a un día de sobresaltos.

¿Por qué le había mostrado Charlotte la casa de sus sueños?

Esa pregunta no dejaba de atormentarlo y suscitaba un montón de preguntas más que prefería no contemplar.

¿Ella tenía planes ocultos?

¿Estaba confundiendo el sexo con algo más?

¿O quería probar que, por muy apasionados que fueran sus encuentros, en última instancia él no sería lo bastante bueno para ser el hombre con el que ella echaría raíces?

Eso último no debería molestarle, pero le molestaba. Había conocido otras veces esa sensación de inutilidad, con sus padres, cuando nada de lo que hacía o decía parecía suficiente para derrotar la tristeza que pendía sobre la casa.

Y él lo había intentado. Vaya si lo había intentado.

Había sacado las mejores notas, entrenado duro para que lo eligieran capitán del equipo de fútbol americano en invierno y del equipo de críquet en verano. Había empezado a trabajar en la heladería del barrio a los catorce años para ayudarles económicamente. ¡Qué narices!, incluso había ayudado a esquilar ovejas a su padre a pesar de que odiaba a esos animales lanudos y malolientes.

Se había dejado el culo en un esfuerzo por hacer felices a sus padres. Nada había funcionado y, al final, su padre había suicidado de todos modos.

—¡Vaya día, amigo! —el ejecutivo de su derecha colgó el teléfono y tomó su whisky—. ¿Nunca te has sentido como un hámster corriendo en una de esas condenadas ruedas?

Alex asintió y alzó su copa.

—Todo el tiempo.

El ejecutivo chocó su vaso con la copa de Alex.

—Por los hámsteres.

Alex sonrió y tomó otro sorbo mientras el otro hombre terminaba el vaso de un trago. Le tendió la mano.

—Soy Alex.

—Richard —se estrecharon las manos y el ejecutivo hizo señas al camarero para que le rellenara el vaso—. ¿Viajas mucho?

Alex asintió.

—Continuamente. Soy contable de oficio, pero ahora trabajo arreglando empresas que están en apuros.

—Impresionante —Richard acercó el vaso de whisky hacia sí—. Este es mi quinto hotel en la costa este en diez días y, aunque me gustan los cambios, estoy agotado.

—¿A qué te dedicas?

—Dirijo una empresa de seguridad. Protegemos de todo y a todos.

—¿Ese es tu lema?

—Debería serlo —Richard tomó un buen trago de whisky—. Déjame preguntarte algo. ¿Alguna vez te tomas vacaciones?

—Raramente —dijo Alex.

Le sorprendió que le entristeciera admitir eso, cuando normalmente no le importaba nada. Pasaba viajando el tiempo suficiente para que eso no le importara, pero de pronto le asaltó la idea de que estar sentado en bares de hotel intercambiando historias con desconocidos no era lo mismo que descansar al lado de una piscina leyendo por placer, no por trabajo.

—Pues deberías —Richard frunció el ceño y se pellizcó el puente de la nariz—. O acabarás como yo. Rico pero destrozado. Soltero y odiándolo.

Alex calculaba que Richard no podía tener más de cincuenta y cinco años. ¿Él también sería así dentro de veinte años? ¿Cínico pero quemado y lamentando su soltería?

Lo de relacionarse con compañeros de viaje no iba como esperaba. Richard resultaba deprimente.

Este movió su dedo anular, desprovisto de anillo.

—¿Asumo que no tienes grilletes y cadenas esperándote en casa?

Alex negó con la cabeza.

—Sin ataduras ni responsabilidades.

Normalmente se regodeaba en su soltería. ¿Por qué, entonces, su orgullosa declaración sonaba tan hueca?

—Yo solía ser como tú, un hombre atractivo que se enfrentaba al mundo —Richard se encogió de hombros y vació su segundo whisky en otros tantos minutos—. Jamás habría imaginado que eso perdería su atractivo.

¡Mierda! El viejo Richard era un verdadero aguafiestas.

—Me gusta ser nómada, viajar adonde me lleva el deseo, ganar algunos millones —dijo Alex desafiante, retando a Richard a disentir.

Le gustaba su vida. Le gustaba vivir en sus propios términos, no los de otra persona. En cuanto al futuro, estaría bien, porque tendría seguridad económica para llegar a la vejez sin tener que soportar que la infelicidad de su compañera lo arrastrara hacia abajo.

Richard puso los ojos en blanco y se inclinó sobre el mostrador.

—¿Y tú, querida? ¿También eres nómada? —preguntó.

Alex reprimió una mueca al oír la palabra «querida», pues la mujer austera del otro lado los miraba a los dos con aire estirado.

Para su sorpresa, no le tiró la bebida a Richard a la cara ni nada por el estilo. En lugar de eso, sonrió y la sonrisa suavizó la severidad de las líneas que enmarcaban su boca y sus ojos.

—Viajo bastante por trabajo, pero, cuando vuelvo, tengo un marido cariñoso esperándome en casa con las pantuflas y un puro.

Alex rio y Richard consiguió una risita pesarosa.

—No le hagas caso —Alex señaló a Richard con el pulgar—. Creo que ha tenido un mal día.

Richard hizo una mueca.

—Di mejor dos semanas malas. Los hoteles apestan.

La mujer enarcó las cejas.

—¿No te gusta viajar?

—Perdió su encanto hace tiempo —repuso Richard, observándola con curiosidad—. ¿Y a ti?

—Me encanta —a ella le brillaron los ojos con entusiasmo—. No hay nada como una habitación de hotel inmaculada al final de un largo día de trabajo o un bar como este donde conocer a personas interesantes.

Richard lanzó un gruñido de desaprobación y Alex asintió.

—Estoy de acuerdo.

—Por los nómadas —la mujer chocó su copa de vino con la de Alex y ambos tomaron un sorbo mientras él se preguntaba si había entrado de pronto en algún tipo de realidad alternativa, donde la mujer era el ángel colocado en su hombro izquierdo y Richard el diablo subido en el derecho.

La mujer pensaba de modo parecido a él y Richard todo lo contrario. Y en lugar de aclararse hablando con aquellos dos, estaba todavía más confuso que

antes.

Habría podido estar en aquel momento en el apartamento de Charlotte, con una mujer cálida y bien dispuesta.

En vez de eso, la había dejado para reafirmar su independencia.

¿En qué clase de idiota le convertía eso?

Capítulo 15

Charlotte no quería estar sola esa noche.

Con los sentimientos desbordados después de su extraña velada con Alex, sabía que pasaría toda la noche despierta, dándole vueltas a la cabeza.

Necesitaba una amiga, pero al llamar a Abby, no había sido con la idea de tener que quedar en el *nightclub* propiedad de Tanner, el novio de su amiga.

Cuando entró en el Embue, el ritmo machacón de la música le atacó los tímpanos y se arrepintió de no haberse quedado en casa.

Aquel lugar no tenía nada que ver con ella.

Estaba lleno de gente guapa relacionándose, de cuerpos hermosos bailando que le hacían sentirse decididamente fea con su vestido negro sencillo, la única prenda un poco cara que tenía. Y no necesitaba que nada le recordara que era una mujer corriente. Ya lo sabía.

Había insistido tanto en no salir de clubs con Mak y Abby que ellas habían terminado por dejarla en paz. Bromeaban con gentileza con que era un poco friki y acabaría solterona a menos que empezara a salir y conocer hombres. Charlotte se reía con ellas, pero sus amigas desconocían la verdadera razón por la que era una ermitaña a nivel social.

Sentía que le faltaba algo en todas las áreas de la vida.

—Sí, en el trabajo se defendía bien, pero socialmente no sabía actuar, conversar ni coquetear.

Nunca había aprendido a hacerlo.

Ser una introvertida en el colegio había hecho que no tuviera amigos. Había pasado casi todo su tiempo de ocio con los amigos heterogéneos de su tía: artistas, músicos, travestis llamativos. Le había gustado mezclarse con esas personas interesantes que también le habían hecho sentirse insignificante. No intencionadamente, sino porque no podía evitar compararse con sus estilos de

vida ostentosos mientras que ella se aplicaba con los deberes para intentar conseguir su sueño: convertirse en contable. ¡Yuju!

Pero no había sido solo eso. Había visto a esas personas entrar y salir de la vida de su tía y había pensado que, si su vivaz y encantadora tía no podía retener a sus amigos, ¿qué esperanzas tenía ella?

En su experiencia con sus padres, con los amigos de su tía, incluso con Mak, la gente acababa por marcharse. Así que era más fácil encerrarse en sí misma, esperar poco y dar lo mismo.

En algún momento del camino, su autoestima se había enredado con esa falta de vínculos serios y había acabado por descontrolarse desde entonces.

Odiaba ser una solitaria y sentirse así de inútil, pero hasta la llegada de Alex, se había considerado impotente para hacer algo al respecto.

Mientras observaba aquellos cuerpos ágiles y sinuosos moviéndose juntos en la pista de baile, sintió un anhelo tan fuerte que la dejó sin respiración y la mareó un poco.

Esas parejas exudaban sexo. Llevaban su sexualidad como una medalla, mientras que ella acababa de hacer la primera mamada de su vida en el asiento trasero de un coche y se había alejado insatisfecha cuando Alex no había insistido en pasar la noche.

Las lágrimas llenaron sus ojos y parpadeó rápidamente. Ir allí había sido un error, pero enamorarse de su aventura era un error mucho mayor.

Por eso estaba tan melancólica.

Anhelaba a Alex.

Ridículo, ya que casi no lo conocía y él había dejado más que claro que no le interesaba nada más que una aventura. ¡Qué narices!, la reacción que había tenido cuando le había mostrado la casa de sus sueños debería haberle servido para advertirla de que él no podía ser el hombre apropiado para ella.

Se había largado por eso, había alegado trabajo como excusa para no irse con ella. Doloroso. Pero ni siquiera esa reticencia tan obvia para intimar más había servido para que ella despertara.

Lo deseaba.

Para más de unas semanas.

Por el simple hecho de que la hacía sentirse una mujer diferente. Una mujer que podía estar al cargo dentro y fuera del dormitorio, una mujer dispuesta a salir de su zona de confort, una mujer que no temía correr riesgos.

Pero sería muy estúpido poner sus esperanzas de evolucionar hacia una

mujer nueva en un hombre destinado a irse sin mirar atrás. Lo que explicaba su confusión.

—¡A la mierda con esto! —murmuró.

Dio media vuelta para marcharse, pero divisó a Abby, que le hacía señas desde un rincón situado detrás de la barra principal.

Charlotte miró la salida con anhelo, pero había llamado a su amiga y sería de muy mal gusto dejarla plantada en aquel momento.

Enderezó los hombros y se abrió paso entre la multitud de cuerpos hermosos como si fuera una de ellos. ¡Ojalá!

—Me alegro mucho de que estés aquí —Abby sonrió y le dio un abrazo—. No puedo creer que hayas tardado tanto en venir.

Charlotte guardó silencio. Abby la soltó y la guio hacia un hermoso sofá de dos plazas de terciopelo dorado.

—¿Qué te apetece beber? —preguntó.

Charlotte reprimió la primera idea de pedir un refresco y decidió vivir un poco.

—Vodka con lima, por favor.

—Marchando enseguida —Abby habló en un artilugio que llevaba prendido al cuello.

—¿Qué es eso?

Abby se encogió de hombros.

—Me lo ha dado Tanner para que no tenga que abrirme paso hasta la barra.

—Y espantar a la lista de hombres que te rodearían —contestó Charlotte con sequedad.

Su amiga soltó una carcajada.

—Tú puedes pensar que es posesivo, yo prefiero considerarlo protector.

—Es un buen tío —repuso Charlotte, que no estaba dispuesta a admitir ni en un millón de años que se sentía amedrentada con Tanner.

Entre los tatuajes que llevaba y su modo de fulminar con la mirada, lo encontraba formidable. Sexy pero terrorífico. Jamás podría lidiar con un hombre como él, pero su amiga lo hacía sin dificultad.

—Sí que lo es —a Abby le brillaban los ojos siempre que hablaba de su novio. Mostraba una especie de resplandor de los que no se consiguen con ninguna crema de cuidado de la piel—. ¿Qué pasa contigo y el jefe sexy?

—Seguimos viéndonos —dijo Charlotte, y enseguida se echó a llorar.

—¡Oh, no, querida! —Abby la abrazó con fuerza mientras Charlotte sacaba

con el llanto parte de la tensión que la tenía tan confundida.

Casi nunca lloraba. Había aprendido muy joven que las lágrimas eran fútiles y solo lograban hinchar los ojos. Había llorado mucho cuando sus padres la dejaron con Dee, pero su tía nunca había mencionado sus ojos rojos e hinchados.

En vez de eso, Dee la mimaba con refrescos y magdalenas y la abrazaba incesantemente para compensar por la cruel indiferencia de sus padres con los tiernos sentimientos de una niña. En los años siguientes, al ver que sus padres no volvían por mucho que ella sollozara en la almohada por la noche, sus lágrimas habían acabado por secarse.

Por eso, encontrarse en pleno ataque de llanto le resultaba tan desconcertante como descubrir que podía estarse enamorando del hombre con el que tenía una aventura.

Abby no dijo nada, se limitó a abrazarla hasta que remitieron los sollozos.

—Lo siento mucho —dijo Charlotte, cuando la soltó su amiga. Sacó pañuelos del bolso y se secó la cara lo mejor que pudo. Sabía que debía de estar horrible, pero estaba demasiado exhausta para que le importara—. Debe de ser esa fase del mes.

Abby enarcó las cejas para implicar que no creía ni por un momento aquella excusa patética. Llegaron las bebidas, lo que salvó a Charlotte de tener que decir algo por un momento, en cuanto se alejó el camarero, Abby entró a saco.

—Muy bien, empieza a hablar y no pares hasta que me lo hayas contado todo.

—No hay mucho que contar —mintió Charlotte.

—La última vez que hablamos te habías acostado con él en un almacén antes de saber que era tu jefe —Abby le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Asumo que habéis vuelto a hacerlo?

Charlotte suspiró. Odiaba la punzada que sentía inevitablemente en el corazón cada vez que pensaba en la conexión que compartía con Alex.

—Varias veces.

—¿Y?

—Y yo dije que me parecía bien tener una aventura, pero creo que no estoy hecha para eso —terminó Charlotte con un hipido embarazoso, y cerró los ojos con fuerza para reprimir más lágrimas.

—¡Oh, querida! —Abby le pasó un brazo por los hombros y apretó antes de soltarla.

Cuando Charlotte abrió los ojos, Abby la miró con determinación.

—Espero que no te importe, pero soy tu amiga y voy a ser directa, ¿de acuerdo?

La mención de esa palabra hizo que Charlotte recordara que Alex le había dicho que ese era uno de los rasgos que más le gustaban de ella. Se preguntó cuánto le gustaría cuando ella usara su franqueza para dejarlo plantado antes de meterse aún más hondo en aquella historia.

—Hazlo.

—Desde que te conozco, no has salido con hombres. Tú no tienes citas y no socializas. ¿No crees que soltarte un poco con este hombre, que es obvio que te gusta lo suficiente para haber echado un polvo con él en el primer encuentro, es algo bueno? —Abby vaciló, se mordió el labio inferior antes de continuar—: Ya sé que buscas lo de «fueron felices y comieron perdices». Todas lo hacemos. Está en nuestro ADN o algo así. Pero tener una aventura antes de echar raíces puede ser lo mejor para ti.

—Tienes razón, sé que tienes razón.

¿Acaso no se había dado Charlotte la misma charla a sí misma? Pero usar la fría lógica para explicar su comportamiento lascivo y mantener la distancia emocional con Alex resultaba mucho más fácil en la teoría.

—¿Quizá confundo la lujuria con un sentimiento más fuerte? —Charlotte se encogió de hombros, como si sus preocupaciones no fueran gran cosa, cuando en realidad necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir—. Nunca he sentido esto por un hombre, así que tal vez sea algo que me supera.

También la aterrorizaba, por mucho que intentara disfrazar lo suyo con Alex como una aventura, sabía que al final le resultaría difícil alejarse.

Abby arrugó la frente.

—¿Has comentado tus miedos con él?

—¡Demonios, no! Acabaría la aventura al instante —Charlotte arrugó la nariz—. Alex no quiere ataduras. Viaja mucho, está poco tiempo en cada lugar.

Abby asintió, pensativa.

—¿Y ha sido sincero contigo desde el principio sobre que la aventura tenía fecha de caducidad?

—Ajá.

—Hmm —Abby tomó un sorbo de su cóctel, una bebida rosa brillante con burbujas que daría dolor de cabeza a Charlotte—. Sinceramente, no sé qué decir. Quiero que sigas divirtiéndote con ese hombre porque te viene bien,

pero tus lágrimas indican que ya te has implicado a nivel emocional y eso solo puede terminar mal para ti cuando se marche.

Charlotte consiguió sonreír débilmente.

—Acabas de expresar cómo me siento exactamente. Pero sin darme una solución.

Abby dio otro sorbo generoso a su cóctel, como si pensara que el alcohol le daría claridad.

—¿Hay alguna posibilidad de...? Es decir, ¿crees que él siente más por ti de lo que dice?

En sus momentos más ilusorios, cuando la abrazaba como si no quisiera soltarla nunca, a Charlotte le gustaba pensar que sí.

Pero había dejado de creer en cuentos de hadas mucho tiempo atrás, en la época en la que sus padres la habían dejado con su excéntrica tía para dedicarse a viajar por el mundo, y las únicas fantasías en las que creía en la actualidad eran las que ocurrían en las páginas de sus novelas favoritas.

—Ha dejado muy claro que lo nuestro es pasajero y nada más —dijo con una mueca de dolor. La verdad dolía.

—Entonces tienes que tomar una decisión —Abby le tomó las manos y se las apretó—. Seguir divirtiéndote y tomar lo que puedas conseguir. O acabarlo ahora antes de que sufras.

Charlotte le sonrió agradecida. No quiso decir lo obvio.

¿Y si ya era demasiado tarde?

Capítulo 16

La visita del viernes por la noche al bar del hotel no le había dado a Alex la distancia emocional de Charlotte que necesitaba. De hecho, solo había servido para enfatizar hasta qué punto había perdido atractivo esa parte de su vida. Aquello no era nada bueno.

Así que en la oficina se dejó llevar por la cobardía y la esquivó toda la semana.

Hablaban de trabajo cuando era necesario, sí, pero le dijo que necesitaba tiempo para organizar la nueva jerarquía entre los empleados y, por suerte, ella lo creyó.

También le adjudicó tres clientes nuevos, todos los cuales requerían mucho trabajo para cerciorarse de que estuviera ocupada.

Y lejos de él.

Pero todo eso estaba a punto de cambiar porque había estado tan inmerso en el trabajo las últimas horas que había perdido la noción del tiempo y ya eran las dos únicas personas que quedaban en la oficina.

¡Maldición!

Recordaba bien la última vez que había ocurrido eso, pues cada momento erótico se reproducía en su mente como una película sucia.

Su polla se endureció solo con pensar en ello y la miró a hurtadillas cuando vio que cruzaba la oficina exterior en dirección a la fotocopidora.

Ese día no había nada extraordinario en su ropa. Falda azul marino hasta la pantorrilla, camisa azul pálido, zapatos azul marino con apenas tacón. Encajaba en el estereotipo de la contable entregada a su trabajo, pero él sabía lo que había debajo de aquel exterior sosegado y apretó los puños para impedirle salir corriendo y desgarrarle las capas externas.

Ella pulsó unos cuantos botones de la fotocopidora y se inclinó hacia

delante, con lo que la falda se le ajustó al trasero. Alex reprimió un gemido. Su polla estaba ya dura del todo y le resultaba incómodo estar sentado.

A aquella distancia no se notaban líneas de las bragas e imaginó que llevaría un tanga. De raso negro. Suave. Sedoso. Fácil de apartar si le abría las piernas, la inclinaba más sobre la fotocopidora y la penetraba...

¡Joder!

Se levantó y dio una vuelta al escritorio, riñéndose por ser tan tonto pero incapaz de frenar su deseo continuo por ella.

Charlotte eligió ese momento para mirar por encima del hombro, con expresión astuta, como si supiera que la observaba.

Él llegó hasta la puerta de su despacho y entonces la mirada atrevida de ella se posó en la polla, en el bulto evidente en los pantalones.

Sacó la lengua y se lamió el labio inferior con un gesto tan provocativo, que Alex lo sintió hasta los testículos.

Aquella mujer era fuego y hielo.

Calor y frío.

Tentación y reserva.

Era algo especial.

Le sonó el teléfono móvil. Un hombre listo lo ignoraría y seguiría a la lujuria que palpitaba en cada centímetro de su cuerpo. Pero él se había convertido últimamente en un maldito idiota y la causa lo miraba en ese momento con una mezcla seductora de osadía y desafío.

Burlándose de él. Retándolo.

No había servido de nada evitarla. La deseaba tanto que ese deseo nublaba su visión.

Pero ceder en ese momento no acabaría bien para ninguno de los dos, porque sabía que Charlie quería más de él de lo que podía darle, así que le hizo un saludo amable con la barbilla, dio media vuelta y cerró la puerta del despacho.

—Esto es una mierda —murmuró Charlotte, furiosa por haberse dejado arrastrar de nuevo al juego estúpido de Alex.

Él llevaba toda la puñetera semana haciendo lo mismo. Un momento era todo trabajo y al siguiente le lanzaba miradas llenas de lujuria.

Ya estaba harta.

No podían seguir así. Aquello estallaría por algún lado y tenía la sospecha de que sería por el suyo. O en el cuello de él, si alguna vez volvía a tenerlo tan cerca como para rodearlo con sus manos.

Apreciaba la fe que tenía él en su ética del trabajo. Nunca había vivido un desafío profesional así, con los tres clientes que le había adjudicado ocupando la mayor parte de su tiempo. Con un poco de suerte, estaría en la cola para el gran ascenso del puesto de dirección que aseguraría que podría pagar de sobra la inminente hipoteca.

Tenía la sensación de que la estaba preparando para ese puesto y, aunque entendía la reticencia de él a hablar del tema, no podía evitar la esperanza. Pero todo el trabajo del mundo no podía distraerla de lo mucho que echaba de menos su contacto físico, lo mucho que anhelaba sus caricias.

No sería tan malo si no tuviera que verlo todos los días, contoneándose por la oficina con aquellos trajes de diseño que moldeaban su cuerpo a la perfección, sonriendo a todo el mundo, mostrándose afable y encantador porque él era así.

¿Cómo sería estar tan seguro de sí mismo? ¿Atraer a la gente sin esforzarse? ¿Ser un extrovertido natural que nunca conocía la agonía de la incertidumbre y la incomodidad?

Charlotte había aceptado cómo era mucho tiempo atrás, pero mentiría si no admitiera que sentía envidia de personas como Alex, que pasaban por la vida sin preocupaciones.

Por eso, después de una larga semana, había decidido quedarse atrás esa noche con la esperanza de que pudieran cruzar alguna palabra. Tal vez cenar juntos, o quizá disfrutar de algo más.

Porque después de su conversación con Abby el viernes anterior, había tomado una decisión.

Tomaría lo que pudiera mientras pudiera y despediría a Alex con una sonrisa cuando saliera de su vida.

Ella había querido eso.

Había llevado la iniciativa al principio.

No tenía sentido acobardarse porque se hubieran mezclado sus sueños a largo plazo con sus fantasías actuales.

La claridad no le llegaría dándole vueltas al tema.

La claridad le llegaría follando como una loca y terminando aquella aventura como una mujer bien satisfecha.

Antes había intuido que la miraba y le había encantado descubrir que la deseaba todavía tanto como ella a él, pues la prueba del deseo de él le había hecho la boca agua.

Pero Alex le había cerrado la puerta, dejándola intencionadamente fuera.

—Buena suerte con eso, amiguito —dijo, dando una patada a su mesa cuando intentaba canalizar su indignación ordenándola. Quería estar preparada para poner en marcha su plan en el momento en el que él intentara escapar.

La hizo esperar veinte minutos enteros antes de salir del despacho. Se detuvo en el umbral, inseguro, y la miró recoger su bolso y apagar la luz de su cubículo. Charlotte se mantuvo de espaldas a él porque no quería que viera la primera parte de su plan hasta que llegara el momento.

Echó a andar hacia el ascensor y él no se movió.

Si no la seguía, le estropearía el plan. Pero también sería una buena indicación de que ella había interpretado mal la situación y él había enfriado las cosas entre ellos antes de tiempo.

Charlotte pulsó el botón del ascensor y, cuando este llegó y se abrieron las puertas, Alex seguía sin moverse.

La joven entró, agradecida de que aquel edificio viejo no tuviera cámaras en los ascensores y apretó el botón para mantener las puertas abiertas.

Entonces se volvió.

Alex abrió mucho los ojos cuando vio la camisa de ella desabrochada hasta la cintura, mostrando un sujetador muy revelador de encaje de color crema.

Se había puesto lencería provocativa toda la semana con la esperanza de que él pudiera verla y, si aquello no funcionaba, nada lo haría.

Le dolía el dedo de apretar el botón del ascensor, y justo cuando había perdido la esperanza, avanzó hacia ella y casi tropezó en su prisa por reunirse con ella.

—¿Vas para abajo? —ella enarcó una ceja y reprimió una sonrisa de triunfo cuando él se lanzó sobre ella. Le puso una mano detrás de la cabeza, otra en el trasero y la besó en los labios.

Soltó el botón cuando él retrocedió con ella al rincón del ascensor, rozando con la polla dura el punto dulce de ella y haciéndola gemir.

La besó apasionadamente con ella aferrándose a él, que la devoraba como si no fuera a cansarse nunca. Le mordisqueó el labio inferior y deslizó la lengua en la boca de ella. Desafiante. Mandón.

Charlotte estaba tan excitada que se preguntó por un momento si podría

correrse solo con besos. Pero entonces él apartó la boca y pulsó el botón de parada. El ascensor se detuvo, pero ellos estaban solo empezando.

—¡Eres tan puñeteramente sexy! —murmuró él. Le subió la falda y le acarició los muslos—. ¿Tienes alguna idea de lo que me haces?

La joven le tocó la polla a través de los pantalones.

—Creo que sí.

Alex tiró del tanga de ella, que casi desgarró por la prisa. Su desesperación encantaba a la joven. Incentivada por el deseo evidente de él, le desabrochó la cremallera y deslizó su mano dentro.

—Te quiero dentro de mí ahora mismo.

Alex deslizó primero un dedo entre sus pliegues mojados, después otro, y gimió.

—Estás más que lista para mí.

«Siempre», pensó ella. Pero no lo dijo porque no quería espantarle.

—¡Tan mojada, tan dulce! —los dedos de él entraban y salían, rozando el clítoris a cada segunda caricia, antes de volver a entrar. Eran caricias seguras, magistrales, diseñadas para llevar la excitación de ella a niveles insoportables.

—Entra ahora —ella soltó un gritito entrecortado cuando él le metió un tercer dedo y la estiró, prendiendo fuego a sus terminaciones nerviosas.

Volvió a besarla en la boca al tiempo que se ponía un condón en tiempo récord y la penetraba hasta el fondo. La cabeza de ella golpeó la pared del ascensor, pero a Charlotte no le importó, pues el dolor pasajero se diluyó en una ola de placer que subía desde su núcleo hacia arriba.

Alex seguía besándola y le clavó los dedos en el trasero para izarla un poco y que pudiera abrazarlo con las piernas. La embistió repetidamente, fuerte y largo, de un modo muy placentero. Llenándola de un moco que ella no había podido imaginar ni en sus mejores sueños.

Cada vez que salía de ella y cada vez que volvía a embestir, rozaba el punto dulce de ella. Una y otra vez hasta que Charlotte se acercó al borde de un orgasmo tan poderoso que sintió espasmos musculares en la espalda.

Entonces él cambió el ángulo de las caderas y ella se precipitó en una caída libre de bendición carnal tan intensa que gritó.

Él la besó, se tragó sus gritos de placer y gimió en su boca por su propio placer, clavando los dedos en el trasero de ella con tanta fuerza que Charlotte estaba segura de que iba a tener moratones.

Le daba igual. No le importaba nada que no fuera lo que le hacía sentir Alex y deseaba poder sentir aquello todo el tiempo.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar ahora?

En cuanto la pregunta salió de sus labios, se arrepintió. En su estupor de después del sexo había sobrepasado una línea que habían acordado al principio. Y al añadir la palabra «ahora» había implicado que él podía ampliar su estancia en Sídney por lo que había entre ambos.

¡Mierda! Había metido la pata a lo grande.

—Me iré cuando se termine el proyecto, unas cuantas semanas como mucho —repuso él. Su tono frío la dejó helada. Se distanciaba de ella física y emocionalmente.

Alexander se volvió para darle tiempo a colocarse la ropa. Muy amable por su parte. Todo un caballero ahora que ya se la había tirado.

De acuerdo, aquello era muy injusto. Ella lo había seducido y cuando él se cerraba en banda como era de esperar, lo culpaba por ello.

—¿Te importa apretar el botón, por favor? Quiero irme a casa —dijo. Su voz sonaba tan puritana, tan remilgada, tan estirada, que se encogió por dentro.

—Desde luego.

El ascensor empezó a bajar de nuevo con ellos uno al lado del otro, mirando la cuenta atrás de aquellos números infernales.

¿Cómo podían tener una conexión física tan fuerte y que todo lo demás entre ellos acabara en aquel distanciamiento frío?

Cuando se abrieron las puertas en el aparcamiento y salieron, Charlotte adoptó el mejor semblante indiferente que pudo.

—Hasta mañana —dijo.

Alex le dio un beso, un simple roce de sus labios en los de ella y esa caricia tierna casi bastó para que ella se deshiciera allí mismo.

Cuando él se apartó, ella no fue capaz de interpretar el tumulto de emociones que oscurecían sus ojos.

—Mañana por la noche tendremos una cita. Te recojo en tu casa a las siete —dijo.

Y sin más, dio media vuelta, dejándola confusa y sorprendida, preguntándose qué demonios acababa de pasar.

Capítulo 17

Alex nunca en su vida se había sentido tan dividido.

Quería darle a Charlotte una noche que no pudiera olvidar.

Quería dejarla con gentileza.

Quería expresarle que le hacía sentir algo increíble pero que aquello tenía que terminar.

Después de lo de la noche anterior, estaba seguro de eso. Lo había sabido en el momento en el que ella le había preguntado cuánto tiempo más se quedaría. La joven había invertido demasiado en aquella aventura y lo más ridículo de todo era que quizá él también.

Era más fácil romper ya, antes de que acabara rompiéndole el corazón.

No quería hacerle daño. Ella era demasiado especial para eso. Y sabía que se lo haría si seguían pasando tiempo juntos.

El sexo era sensacional, pero de algún modo, siempre que se enrollaban, él se quedaba deseando más y, a juzgar por la pregunta de ella después del coito en el ascensor, a Charlotte le ocurría lo mismo.

No le había dejado opción.

Tenía que acabar aquello.

Esa noche.

Podría haberlo hecho la noche anterior, pero habría sido demasiado cruel cuando acababan de tener sexo. Además, sabía que Charlotte era una chica de las de flores y corazones. No había más que ver la condenada casa que tanto ansiaba.

Eso sería lo que le daría esa noche. Una noche de romanticismo, la noche que se merecía una mujer especial como ella. Y luego la llevaría a casa, le daría un beso casto y pondría fin a aquello.

La joven lo entendería. Ambos conocían la naturaleza pasajera de aquella

historia y él confiaba en que, una vez que ella tuviera el ascenso, estuviera demasiado ocupada para echarle mal de ojo en el trabajo.

Dos semanas más y él se iría de allí, dejaría Sídney y se iría a Auckland a un congreso antes de ponerse a sopesar sus opciones. Tenía empresas en Perth, Adelaida y Melbourne que exigían su atención y todavía no había decidido por cuál empezar. Quizá Perth sería la mejor opción. Estaba en la otra punta del país y no sentiría tentaciones de subirse a un avión y volver a Sídney si perdía la cabeza y acababa echando mucho de menos a Charlotte.

—Idiota —murmuró cuando llamó al timbre de su puerta.

Tenía un plan bien forjado.

Solo tenía que cumplirlo.

Se abrió la puerta y él contuvo el aliento. Charlotte estaba ante él con un minivestido morado de tirantes que realzaba todas las curvas de su cuerpo. Se había ondulado el pelo, que le caía en ondas suaves sobre los hombros. Se había puesto sombra de ojos de color humo y un pintalabios de tono ciruela que hacía que le brillaran los labios.

¡Joder! Era un bombón y estaba decidida a alterar el poco autocontrol que le quedaba.

No podía tirársela esa noche, no estaría bien, pero le iba a costar mucho no tocarla cuando todas las células de su cuerpo ansiaban echarse sobre ella.

—Estás fantástica —dijo al fin, cuando despegó la lengua del paladar y se adelantó a darle un beso en la mejilla—. Maravillosa.

—Gracias —ella se sonrojó y tiró del dobladillo del vestido con aire cohibido—. Mi compañera de piso dejó unos cuantos vestidos aquí cuando se fue a Nueva York y he asaltado su armario.

«Pues deberías hacerlo más a menudo», pensó Alex. Pero no lo dijo, por la sencilla razón de que no sería beneficioso verla metamorfosearse en una diosa del sexo después de esa noche.

Aquel pensamiento lo dejó sin aliento.

Por suerte, ella no notó nada raro, pues se volvió a recoger un bolsito negro y las llaves en la mesa del vestíbulo. Cuando se giró de nuevo, él había conseguido controlarse y forzaba una sonrisa que ocultaba el ardor que sentía en las entrañas.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa —Alex le puso una mano en la espalda y la guio hacia su coche. Sentía el calor de la piel de ella a través de la tela fina del vestido, lo

cual no ayudaba nada a su desenfrenada libido, que luchaba por soltarse.

—No me suelen gustar las sorpresas, pero en tu caso haré una excepción — ella le lanzó una mirada de coquetería por debajo de las pestañas y él enseguida deseó arrastrarla de nuevo al asiento de atrás.

—¿Estás coqueteando conmigo, señorita Baxter?

—Tal vez, señor Bronson.

Alex abrió la puerta del acompañante y esperó a que se sentara antes de inclinarse.

—Eres una mujer muy especial. Lo sabes, ¿verdad?

Una melancolía extraña nubló los ojos de ella, como si percibiera que aquel sería su último encuentro.

—Espero que digas eso en el mejor sentido posible y porque quieres decirlo —musitó.

—Sí, quiero —repuso él, y se sobresaltó al pronunciar sin darse cuenta aquellas dos palabras que tanto le aterrorizaban.

Cerró la puerta y dio la vuelta al automóvil, decidido a que aquella fuera una velada despreocupada y divertida. Era lo menos que podía hacer antes de dejar a la primera mujer que le había importado en mucho tiempo, tal vez en toda su vida.

De camino al exclusivo restaurante del puerto donde había reservado mesa, charlaron poco. Cuando pararon delante de la puerta y él entregó las llaves al aparcacoches, ella enarcó las cejas.

—Tengo entendido que se tarda un año en conseguir entrar aquí. ¿Cómo te las has arreglado?

Él se tocó un lado de la nariz y guiñó un ojo.

—El truco no está en lo que sabes sino a quién conoces.

Charlotte siguió mirándolo con recelo.

—Le he pedido un favor a un viejo amigo —añadió él—. Y antes de que pienses que traigo aquí a todas mis citas, que sepas que eres la primera.

—Me siento halagada —musitó ella.

Pero no lo parecía. De hecho, desde que habían llegado allí, parecía nerviosa.

Alex esperó a que bajara del coche antes de preguntarle:

—¿Qué te pasa?

La joven vaciló, como si no subiera bien qué contestar.

—No me interpretes mal. Creo que es fantástico que me hayas traído aquí,

pero supongo que eso refuerza el hecho de que, cuando compre la casa, no volveré a tener ocasión de hacer este tipo de cosas.

De todo lo que podía haber dicho, aquello era lo que menos esperaba Alex. No quería tener conversaciones profundas esa noche. Quería que ella se divirtiera para que lo recordara con cariño y no como al gilipollas que la había dejado plantada.

La respuesta de ella prácticamente reflejaba lo que le había dicho él cuando le había mostrado su futuro hogar.

¿Había escuchado lo que le había dicho y estaba pensando dos veces si debía meterse en un compromiso tan grande antes de experimentar todo lo que tenía que ofrecer la vida?

Un rayo de esperanza le hizo preguntarse cómo sería estar presente en el despertar de ella, hasta que se dio mentalmente una patada en el culo por pensar así.

Aunque Charlotte cambiara de idea en lo de pedir una hipoteca elevada, eso no significaba que él quisiera algo que no fuera a corto plazo. Fuera cual fuera el límite de tiempo en su relación, acabaría marchándose y rompiéndole el corazón. Y bajo ningún concepto quería ser responsable de eso.

Sonrió, decidido a que esa noche fuera especial.

—Estarás preparando comidas maravillosas en tu propia cocina. ¿Eso no será fantástico?

Charlotte consiguió una sonrisa trémula.

—Tienes razón. Puede que me esté acobardando porque la semana que viene voy a dar la entrada.

—¿Tan pronto?

¿Por qué aquello hacía que se sintiera vacío?

La joven asintió.

—Es emocionante, pero también terrorífico.

Le tembló un poco el labio inferior y él le tomó la barbilla y se la levantó ligeramente.

—¡Eh! Este es tu sueño. No dudes de ti misma porque eres increíble y puedes hacer todo lo que te propongas.

Algo de lo que él fue plenamente consciente cuando ella lo miró con adoración evidente.

¡Joder! Estaba empeñado en no partirle el corazón más adelante, pero ¿y si ya era demasiado tarde?

—Vamos a comer —gruñó.

La soltó, pero cuando entraron en el restaurante, no pudo sacudirse la sensación de que daba igual lo especial que intentara que fuera esa noche porque no supondría ni un ápice de diferencia.

Ella acabaría odiándolo al final de todos modos.

Después de pedir, volvieron a la conversación intrascendente. Habían pedido salmón de Tasmania con romero y ensalada de coliflor con comino y cerdo asado con mousse de tomate semiseco. Los platos llegaron sorprendentemente rápido y él vio a Charlotte devorar el suyo. Le encantaba que tuviera buen apetito... en todas las áreas de la vida.

Desafortunadamente, él no podía saborear nada. Porque cuanto más tiempo pasaba sentado enfrente de ella fingiendo que aquello era una cita normal entre dos personas que estaban locos el uno por el otro, más le costaba imaginar que no volverían a hacer aquello nunca más. Que él no volvería a besarla, tocarla ni enterrarse en su interior.

Aquello era una mierda.

Y el culpable era él.

—¿Qué ocurre? —ella colocó el cuchillo y el tenedor dentro del plato vacío y lo apartó un poco—. Estás distraído.

—Perdona —él hizo una mueca. No quería decirle la verdad todavía, no de ese modo, pero le resultaba cada vez más difícil contenerse.

—¿Es por el trabajo? ¿Hay algún problema? —Charlotte señaló el restaurante, con ventanales del cielo al techo y vistas sorprendentes del Sídney nocturno, con el brillo de los edificios cercanos reflejándose en el agua como luces de cuentos de hadas—. ¿Por eso me has traído aquí, para darme una alegría antes de las malas noticias?

Alex negó con la cabeza.

—No es nada de eso.

—¿Entonces qué es?

Charlotte observaba el rostro de él en busca de respuestas que Alex estaba reacio a darle. ¡Qué demonios!, ni siquiera habían llegado al postre todavía.

—Quería que esta noche fuera especial —dijo. Y no le sacaría nada más hasta que la llevara a casa. Aquel no era el lugar indicado para dar malas noticias.

La joven entornó levemente los ojos.

—Hay más.

Alex tendría que haber sabido que ella sería intuitiva, que captaría su humor por mucho que intentara ocultárselo.

Por suerte, en ese momento sonó el teléfono de ella, lo que le dio un respiro para controlar sus pensamientos.

Charlotte lo miró y enarcó una ceja.

—Perdona, tengo que contestar. Es mi tía.

—Adelante —él apartó su plato a medio comer.

Observó que la expresión de ella cambiaba de la alegría por hablar con su tía a la preocupación, aunque no pudo oír gran cosa de la conversación porque ella hablaba en murmullos y un pianista había empezado a tocar.

Cuando colgó, Charlotte arrugó la nariz.

—Siento hacer esto después de que te hayas tomado la molestia de conseguirnos una mesa aquí, pero tengo que irme a casa.

—¿Va todo bien?

—El mejor cliente de mi tía, un habitual que le mantiene el negocio abierto, ha hecho un pedido urgente y tengo que ir a prepararlo esta noche para que salga mañana a primera hora.

Alex intentó no reír.

El negocio erótico de su tía le había salvado de decir la verdad allí. Pero su alivio duró poco. La llamada de teléfono solo había retrasado lo inevitable.

—¿Te importa que nos vayamos ya? Me va a llevar toda la noche prepararlo todo.

—Claro que no —contestó él.

Pidió la cuenta por señas al camarero. Quería ofrecerse a ayudarla, pero sabía que pasar las horas siguientes a su lado eligiendo lencería y juguetes sexuales no era el mejor camino para acabar aquello.

—Vámonos.

Charlotte pasó todo el camino de regreso enfrascada con el teléfono móvil, buscando las compañías de mensajeros que solía usar su tía y organizando entregas.

Eso le dio a Alex la oportunidad de ensayar lo que le diría cuando llegaran a su apartamento, pero no tuvo ocasión, porque el teléfono le volvió a sonar cuando llegaban a su puerta. Era su tía para darle más órdenes.

Cuando colgó, le dio un beso en los labios a Alex.

—Perdona, pero tengo que empezar ya. Nos vemos mañana.

Y sin más, lo dejó mirando la puerta cerrada.

No había conseguido acabar con ella esa noche, así que tendría que prepararse mentalmente para hacerlo otro día.

Cuanto antes mejor.

Capítulo 18

Como si Charlotte necesitara que le recordaran lo considerado que era Alex, él le envió un mensaje de texto a la mañana siguiente para decirle que podía tomarse el día libre si lo necesitaba después de haber trabajado toda la noche.

Teniendo en cuenta que ella había dormido un total de dos horas después de terminar de preparar el pedido gigante del negocio de su tía, aceptó la oferta. Respondió con un mensaje dándole las gracias y despidiéndose «hasta pronto», refiriéndose al día siguiente. O quizá a esa noche, si reunía valor suficiente para ponerle otro mensaje por la tarde y pedirle que pasara por su casa.

No le gustaba cómo habían terminado las cosas la noche anterior.

Obviamente, él se había tomado muchas molestias para organizar una cena especial para ella, pero Charlotte había captado su reticencia en el restaurante, como si le molestara algo.

Le había sorprendido mirándola varias veces cuando creía que no le veía y no había conseguido desentrañar la expresión extraña de sus ojos.

Sabía que él había estado a punto de decirle algo cuando llamó su tía, y aunque quería mucho a Dee, en aquel momento la habría estrangulado. Alex tampoco se había ofrecido a ayudarla, lo cual era otra señal de alarma.

¿Qué pasaba dentro de aquella cabeza tan atractiva?

Charlotte se acurrucó en la cama, adormilada, leyó tres cuartas partes de una novela con descripciones sexuales explícitas que la tenía cautivada y durmió alrededor de una hora. Cuando despertó, la mañana había dado paso a la tarde y se sentía tan apagada como antes de dormir.

Había algo que la perturbaba, algo relativo a la noche anterior, una sensación que no había podido sacudirse desde que entró en aquel restaurante

elegante.

Una sensación que tenía algo de decepción por no poder volver a hacer algo así nunca más. La sensación de que renunciaba a muchas cosas por la casa de sus sueños, a cenas caras, días en spas y vacaciones... y, en última instancia, se preguntaba si los sacrificios valdrían la pena.

Quería esa casa. La anhelaba. Maldijo a Alex por plantar en su cabeza la idea de que se perdería algo si la casa la ataba económicamente de por vida.

Solo había un modo de salir de esa confusión.

Visitar su sueño.

Por enésima vez en las últimas semanas, se descubrió aparcada enfrente del bungalow de estilo californiano que la había cautivado desde el primer momento en que lo había visto en internet.

Podía ver claramente su vida detrás de aquella valla de madera.

Llegaría a casa después de un largo día, abriría la puerta, se quitaría los zapatos y caminaría descalza por las tablas barnizadas de color miel de la acogedora cocina, donde se serviría una copa de vino antes de acomodarse en el sofá de la sala de estar.

La sala tenía una chimenea y, aunque los inviernos de Sídney eran muy fríos, estaba deseando acurrucarse con un libro delante del fuego.

En la casa había una bañera con patas lo bastante grande para dos personas y una ducha doble moderna, un invernadero pequeño que daba a un jardín y un rincón para leer en el porche que ella había codiciado al instante y que se moría de ganas de probar.

Siguió mirando la casa, esperando la excitación inevitable, la sensación de estar levemente sin aliento que le producía cosquillas cada vez que la visitaba.

Ese día no se produjo.

Seguramente porque estaba cansada. Se frotó los ojos, bostezó, respiró hondo y se desperezó.

No sirvió de nada.

Extraño. Su casa, pues había llegado a considerarla suya en los últimos días, mientras finalizaba la hipoteca con el banco, parecía tan encantadora como siempre. Adoraba las ventanas de bordes color beis, el exterior recién pintado y la valla de color azul. Parecía un hogar, no solo una casa, el tipo de hogar que había anhelado desde niña, con la cabeza hundida en un libro mientras Dee hablaba sin cesar y ella optaba por vivir en mundos ficticios en vez de en el suyo, donde no les importaba nada a sus padres y preferían vivir

en una tienda de campaña antes que en una casa de verdad con su propia hija.

Pero mientras miraba la casa empezaron las dudas.

¿Iba a hacer lo correcto? ¿Quería atarse a una vida de deuda sin dinero para viajar o para placeres? ¿Dejar que los ladrillos y el cemento consumieran su vida? ¿Hacerlo ella sola hasta que encontrara al hombre de sus sueños que completara el resto de la fantasía y la ayudara a compartir la carga?

¿Y si eso no ocurría? ¿O si el hombre al que encontraba no quería vivir en esa casa? ¿Y si no quería asumir la responsabilidad de una hipoteca grande con ella? ¿Y si prefería salir a conformarse con cenas frugales en la casa?

Sintió náuseas y tragó saliva.

Lo tenía todo planeado. Primero conseguiría la casa y después seguiría lo demás. Una decisión cuidadosamente calculada que la había hecho feliz.

Hasta la llegada de Alex.

Él le había hecho aquello. Que deseara cosas que no quería antes. Diversión. Frivolidad. Fantasías.

—¡Maldito seas! —murmuró para sí, golpeando el volante con el puño.

Eso no ayudó. Desgraciadamente, tenía la sensación de que nada ayudaría, por muchas veces que imaginara su vida en aquella casa, no podía evitar ver a Alex en el jardín, en la cocina, en el dormitorio... la figura central en aquel escenario de felicidad eterna.

Y él había dejado muy claro que eso no ocurriría.

Lo cual la dejaba hecha polvo.

Capítulo 19

Alex supo que estaba en apuros cuando se pasó el día soñando despierto en el despacho, incapaz de concentrarse en el trabajo porque Charlotte no estaba allí.

Patético.

¿Desde cuándo se había convertido en un tonto enamorado que no podía pensar en nada que no fuera una mujer?

¿Enamorado?

¡Joder! En cuanto esa palabra entró en su cabeza, supo que tenía que sacarla de allí. Tenía que hacer algo drástico para quitársela de encima.

No amaba a Charlotte.

No era capaz de amar a nadie.

Ya no.

Así que hizo lo único que estaba seguro de que lo despertaría de aquella locura.

Sacó un billete para ir a su casa.

Tardaría mucho en conducir hasta aquel pueblo, no lejos de Broken Hill, el pueblo minero aislado situado a mil doscientos kilómetros de Sídney, así que sacó billete en un vuelo que partía esa noche y lo organizó para ausentarse dos días de la oficina.

Era una decisión disparatada e impulsiva, teniendo en cuenta que no había ido a Rocky Plains desde el funeral de su padre muchos años atrás y que había jurado no volver nunca.

Pero tenía que hacer aquello. Necesitaba recordar por qué nunca podría tener lo que Charlie quería.

«Charlie». Debería decirle que se iba, aunque, por otra parte, lo suyo era un rollo pasajero, no le debía explicaciones y, desde luego, no le facilitaría la

ruptura inminente que empezara a tratarla como a una novia a la que tenía que rendir cuentas.

Recogió sus cosas, dio instrucciones a la recepcionista relativas al trabajo que había que delegar y se dirigió al aeropuerto. Ni siquiera pasó por el hotel. No estaría tanto tiempo en Rocky Plains como para necesitar una maleta.

En el aeropuerto dio vueltas al teléfono móvil en la mano, dudando de si debía avisar a su madre de su llegada, pero decidió que no.

A ella le daría igual que apareciera o no. Nunca le había importado, al menos no desde que él se había ido de casa a la universidad sin mirar atrás.

Tenían una relación cortés. Relación que mantenían por obligación más que por un sentimiento real. Y él sabía por qué.

Alex no podía evitar culparse de la muerte de su padre y no podía soportar ver el juicio en la mirada omnisciente de su madre, como si ella también lo culpara.

Aunque ni el forense ni la policía habían podido establecer si su padre se había ahogado en la presa familiar por accidente o se había suicidado, Alex sabía la verdad.

Su padre había perdido la voluntad de vivir mucho tiempo atrás.

Él, su hijo, había visto pruebas de ello todos los días, creciendo en una casa donde a su padre no le importaba nada él por mucho que Alex se esforzara, y donde sus padres se odiaban mutuamente aunque hacían lo imposible por ocultarlo.

El vuelo duró dos horas y media y aterrizó en Broken Hill a las ocho de la tarde. Cuando salió del pequeño avión, lo primero que le asaltó fue el calor. Descendía como un manto pesado y opresivo, asfixiando a todos los seres vivos bajo su peso.

Alex había recorrido el mundo y había dado la bienvenida al calor de los trópicos, pero el calor del interior de Australia era muy diferente y le daba ganas de quitarse la corbata y tragar un litro de agua.

Alquiló un coche, condujo la media hora que había hasta Rocky Plains y se metió en el primer motel que pudo encontrar, donde pasó una hora tumbado en la cama desvencijada, mirando el techo moteado de manchas de agua. La lluvia en aquella zona era rara, pero cuando se producía, caía en un torrente implacable.

Alex no había pensado bien aquello.

En Sídney estaba tan desesperado por una inyección de realidad, que había

salido corriendo. Ahora que estaba allí, oyendo la risa estridente de los bebedores de cerveza del bar de al lado y algún gamberro que otro quemando rueda en la calle principal, se arrepentía de haber ido.

Debió de quedarse dormido por puro agotamiento y de tanto pensar, porque cuando despertó, entraba la luz del sol por la ventana sucia de la habitación.

Había llegado el momento de ir a casa y ver a su madre.

Sacó un zumo de naranja en la máquina expendedora del motel y condujo los diez minutos que había hasta la granja familiar. No era una granja de trabajo en sí, sino solo una casa pequeña, un granero y una presa en unas pocas hectáreas de tierra en mitad de ninguna parte.

Alex la odiaba.

Siempre había soportado mal aquel aislamiento y ser hijo único no había ayudado. Cuando no estaba obligado a soportar la compañía muy poco estimulante de sus padres, era porque vagabundeaba solo, conduciendo su bici de montaña por los caminos o disparando a latas con un rifle de aire comprimido. O nadando en la presa.

Cuando llegó al camino de entrada a la granja, se le encogió el corazón. Nunca había entendido por qué su madre había elegido quedarse allí después de la muerte de su padre, atrapada en mitad de ninguna parte, inmersa en malos recuerdos.

Estaría en casa. Siempre estaba. El padre de Alex había trabajado en el ferrocarril de Broken Hill y ella había dado clases por internet. No les había ido mal, hasta que su padre había perdido su empleo y se había dedicado a deprimirse en casa.

Entonces las cosas se habían puesto feas y Alex se había alegrado de terminar el instituto al año siguiente y escapar a la universidad.

Su madre seguramente oyó el coche, pues, cuando él hubo aparcado y salió del vehículo, ella, de pie en el escalón de atrás, lo saludaba con la mano.

Alex no se merecía la gran sonrisa que iluminó la cara de la mujer. No se merecía nada que no fuera un buen sermón por ser tan mal hijo.

Se acercó a la parte de atrás arrastrando los pies, como solía hacer en otro tiempo.

—Hola, mamá.

La sonrisa de ella se hizo más amplia.

—¡Qué agradable sorpresa!

En los pocos segundos que tardó en abrazarlo, él notó varias cosas. Se

había teñido el pelo gris de un color rubio de aspecto natural que suavizaba su rostro, llevaba maquillaje y ya no mostraba las líneas del ceño perpetuo que solía haber en su frente.

Su madre parecía más joven que la última vez que la había visto dos años atrás. La última vez le había pagado un billete de avión a Brisbane para que pasara tres días allí, algo que consideraba su obligación como hijo. Ella había percibido que él no ponía en ello el corazón, que se limitaba a gestos huecos como otras veces, y había regresado a casa al día siguiente. Alex no la había culpado por ellos, de hecho se había sentido aliviado.

En aquella visita ella había mencionado algo que había otro hombre en su vida, el nuevo dueño de un pub del pueblo. Alex no había querido saber detalles, pero le había deseado lo mejor. Si alguien se merecía ser feliz después de la mierda que había soportado durante años a causa de su padre, era ella.

Cuando lo abrazó y él captó olor a canela, tuvo un impulso súbito de llorar. La estrechó con fuerza y su intención de que el encuentro fuera breve se perdió en medio de una ola de emoción que casi podía calificar de arrepentimiento.

¿Por qué había tardado tanto en volver?

Cuando ella lo soltó, tenía los ojos húmedos.

—Entra y te haré una taza de té.

Alex anhelaba algo mucho más fuerte, pero se conformaría con el té por el momento. Cuando entró, se sintió catapultado hacia atrás en el tiempo. Recordaba entrar en esa cocina todos los días, hambriento de las delicias que horneaba su madre, pero deseoso de escapar para evitar la incomodidad inevitable que se instaló entre sus padres después de que su progenitor perdiera el empleo. Alex devoraba unas galletas de chocolate, guardaba algunas para más tarde, bebía medio cartón de leche y salía corriendo a su habitación con el pretexto de hacer los deberes. Se ponía auriculares para ahogar las posibles riñas y oía música hasta altas horas. Hacía todo lo que podía para sobrevivir.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día?

Alex parpadeó, se descubrió de pie todavía en el umbral y sacudió la cabeza para despejarse.

—Recuerdos —dijo. Entró en la cocina e inhaló profundamente—. Aquí sigue oliendo de maravilla.

—Porque horneo todos los días —ella se atareaba en la cocina y la

familiaridad de sus movimientos le oprimía a él de tal modo la garganta que no conseguía liberarla carraspeando—. No para mí, sino porque dono repostaría todas las semanas a la iglesia y ellos la venden.

Lo primero que se le ocurrió pensar a Alex fue por qué era ella tan altruista de pronto, cuando antes casi no era capaz de hablar educadamente con su padre. De inmediato se odió por pensar así.

—¿Y qué te trae por aquí? —ella le puso una taza de té delante, junto con un plato que contenía galletas, un pedazo de tarta de manzana y un *lamington*—. ¿Te pasa algo?

Teniendo en cuenta que él nunca iba a casa, era lógico que ella hubiera sacado esa conclusión.

—Va todo bien, mamá —la comida del plato olía de maravilla, pero él perdió el apetito al darse cuenta de que tendría que contarle parte de la verdad para explicar su visita inesperada—. Pero me he dado cuenta de que llevaba mucho tiempo evitando este lugar y quería verte —añadió. Se sintió como un bastardo cuando vio que su madre lo miraba a los ojos.

—Pues sean cuales sean tus razones, me alegra que estés aquí —la mujer se sentó enfrente de él y sorbió su té, observándolo con nerviosismo—. Has tardado demasiado.

Su riña sutil quedó colgando entre los dos y él buscó las palabras apropiadas para hacerle entender por qué se había mantenido lejos. Amargura, resentimiento y una indignación de mucho tiempo se mezclaban en su interior y le provocaban náuseas.

—¿Por qué te quedaste tú, mamá?

Lanzó la pregunta porque no podía resistir el silencio ni un minuto más. Quería preguntarle muchas cosas del pasado, pero sabía que sería inútil. ¿De qué serviría sacar a la superficie recuerdos podridos que solo servirían para hundirlos a ambos?

Pero tenía que saber la respuesta a esa pregunta. Necesitaba saber por qué había elegido quedarse, cuando él había tenido tantas ganas de escapar.

—Porque este es mi hogar —dijo ella con un encogimiento de hombros. Miró su té, incapaz de mirarlo a él, y apretó los labios—. Amaba este sitio. Siempre lo he amado, incluso cuando vivía tu padre y hacía todo lo posible por hacer que lo odiara.

Alzó la cabeza para mirarlo y su expresión era extrañamente desafiante.

—Sigo aquí porque me recuerda lo mucho que toleré y lo lejos que he

llegado —se golpeó el pecho—. Estoy orgullosa de ser una luchadora, no una rajada.

«Como tú».

Aunque no lo dijo, él vio la acusación en sus ojos y le sentó como una patada en el vientre.

—Yo no me rajé, mamá. Elegí marcharme de un lugar que solo tenía malos recuerdos —señaló la cocina a su alrededor—. Tú elegiste quedarte por tus razones, yo elegí irme por las mías, así que no hagas que me sienta mal por eso.

La mujer se desinfló un poco.

—No es mi intención hacer que te sientas mal —negó con la cabeza y los mechones que habían escapado de su coleta se pegaron a su rostro—. Es que no puedo entender por qué has estado fuera tanto tiempo, por qué no has venido a verme antes.

Su voz se elevó en un chillido que ella cubrió rápidamente con una tos.

—No quiero que te sientas culpable. Te agradezco los billetes de avión que me has comprado estos años para que pudiéramos ponernos al día en la ciudad, pero supongo que lo que quiero saber es por qué has vuelto ahora —alzó una mano antes de que él pudiera contestar—. Y no me digas tonterías como que querías verme, porque, si hubieras querido hacer eso, habrías venido en algún momento de los dos años que hace que no nos vemos.

Alex, reprendido y ya sin excusas, se cruzó de brazos y apretó los labios con rebeldía.

Su madre soltó una carcajada, un sonido que él casi nunca le había oído de niño.

—Tu padre ponía la misma expresión terca cuando le preguntaba algo a lo que no quería contestar.

Alex no quería visitar el pasado, pero su madre le había abierto la puerta y decidió entrar.

—¿Papá se suicidó? —preguntó.

Los ojos de su madre se cubrieron de sombras, que taparon la mirada desafiante anterior. Pero él necesitaba saberlo. Su intención original había sido ir allí, recordarse por qué nunca podía llevar una vida estable ni quedarse mucho tiempo en un sitio, pero luego se había impuesto su sed de saber la verdad. No había sido sano crecer en aquella casa taciturna. Conseguir respuestas solo podía resultar catártico.

—No puedo asegurarlo, pero a juzgar por su estado de ánimo en los días previos a su muerte, sí, creo que se suicidó.

¿Cómo podía su madre ser tan estoica? Como si hablara del perrito de la casa que se había ahogado por accidente en la presa años antes que su padre.

—¿Qué hubo de diferente en los días previos a su muerte? —preguntó Alex. Por mucho que temiera las respuestas, no podía dejar el tema.

—Tu padre padecía depresión, como sabes...

—En realidad, mamá, no lo sabía, porque los dos esquivabais hablar de eso conmigo. Tú te movías por aquí con cara seria y papá andaba a hurtadillas como si tuviera miedo de su propia sombra. Yo odiaba eso.

Su madre palideció y con ojos ausentes y expresión destrozada, como si él fuera un desconocido. Que, por supuesto, lo era. Al permanecer alejado tantos años por su propia paz mental, no se había detenido a pensar ni una sola vez cómo la afectaba eso a ella. Parecía siempre tan calmada en sus conversaciones telefónicas, tan serena, casi distante, cuando se veían en alguna ciudad, que casi daba la impresión de que no le importara si tenía un hijo o no.

Pero quizá hubiera hecho lo mismo que él, encerrarse en sí misma, apartarse de la situación, solo que en su caso emocionalmente en lugar de físicamente.

—No quería que llevaras la carga que yo —contestó ella, con tal suavidad que le tembló la voz—. Intentaba ocultarte gran parte de su comportamiento.

Una punzada de aprensión recortó un poco la resolución de él de saber la verdad.

—¿Qué comportamiento?

Ella suspiró, hundió los hombros y se abrazó el estómago.

—Tu padre tenía depresiones. Yo lo sabía cuando me casé con él y, en cierto modo, esa quietud silenciosa suya, me atrajo también. Siempre se medicaba para no dejarse vencer por ella, pero cuando perdió su empleo en el ferrocarril y se quedó en casa permanentemente, recordó la medicación. Dijo que las pastillas le afectaban el paladar, la vista y otros aspectos de su vida —se sonrojó y Alex decidió no entrar ahí—. Cuantas menos medicinas tomaba, más inestable se volvía. Malhumorado. Discutidor. Enfadado sin motivo...

La mujer apretó los dientes y se volvió a medias, pero no antes de que él entreviera adversidades que nunca había sabido que habían existido. El arrepentimiento por no haberlo sabido se mezclaba en él con rabia por su torpeza y ambas cosas se clavaban en sus entrañas como si quisieran

desgarrarlo de dentro afuera.

No quería saber cómo de grave había sido, pero él había empezado aquello y no podía echarse atrás.

—¿Te golpeó alguna vez?

Apretó inconscientemente los puños debajo de la mesa al pensar en su madre soportando malos tratos físicos sin que él se enterara.

Ella se mordió el labio inferior, como si ya hubiera hablado demasiado.

—No, pero las discusiones sin sentido resultaban a veces difíciles de soportar.

Su voz trémula le partía el corazón a Alex, pero antes de que pudiera ofrecerle consuelo, ella alzó la cabeza con aire desafiante.

—A veces odiaba a tu padre por el modo en que me trataba, pero también lo quería. Por eso me quedé y le dije claramente que, si no volvía a medicarse y ver a un psicólogo, lo mataría yo misma.

Alex, escandalizado, respiró hondo varias veces, pero eso hizo poco por calmar el ardor y las náuseas de su vientre.

—No tenía ni idea.

—Exactamente lo que yo quería —dijo la mujer. Se aflojó parte de la tensión que le mantenía los hombros rígidos—. Nuestro matrimonio no fue bonito y siento que tuvieras que ver la mayor parte. Intentaba esconder mi amargura, pero a veces se me notaba y tu padre lo veía. En esos días me preguntaba si no había puesto mi amor y mi lealtad en la persona equivocada —movió la cabeza—. Pero soy una luchadora. Me quedé para ayudarlo y porque quería cumplir mis votos —sonrió—. Tú eras otra razón válida para quedarme. Quería darte la vida de hogar que yo nunca tuve.

¡Joder! Aquello era de locos. Alex sabía que su madre había estado en acogida de niña, pero ¿permanecer en un matrimonio sin salida con un hombre deprimido por él? Como si él necesitara que le echaran más culpas encima.

—No debiste aguantarlo por mí.

¡Maldición! Hablaba como un desagradecido, pero su madre no se rebeló como esperaba.

—Tú no lo entiendes porque no tienes hijos. Cuando los tengas, lo entenderás —se llevó una mano al corazón—. Lo que sientes entonces aquí dentro... Harás lo que sea por tu hijo.

—Y yo te lo pago saliendo huyendo sin mirar atrás —él hizo una mueca. Odiaba la culpabilidad que se colaba en todas las células de su cuerpo. Había

sido un bastardo egoísta, tan empeñado en huir de su pasado, que no se había parado a pensar en lo que sería aquello para los que dejaba atrás, en particular para su madre—. Perdóname, mamá. Por todo.

Respiró hondo. Si había llegado hasta allí, tenía que contar el resto.

—Me he culpado durante mucho tiempo por la muerte de papá, pensaba que si me hubiera esforzado más por ser el hijo que él quería cuando estaba aquí, habría sido más feliz. Y después, cuando me fui, pensaba que tendría que haber venido más.

A ella le temblaban las manos cuando tocó brevemente la mejilla de él.

—Tu padre tenía una enfermedad mental. Los dos hicimos todo lo que pudimos, así que no te culpes por una decisión que, en último término, solo podía tomar él.

Sonrió y eso apartó la oscuridad de los recuerdos que la envolvían. Alex recordaba aquellas raras sonrisas, cuando lo miraba con orgullo y amor, como si no pudiera creer que él fuera su hijo. Y él adoraba esas sonrisas. Esos fragmentos breves en el tiempo en los que podía fingir que su madre era feliz y, por lo tanto, él también.

Ella lo había hecho todo por lealtad. Lealtad a su matrimonio, a su padre y a él.

Alex no podía imaginar querer tanto a otra persona. Quizá él nunca podría hacerlo.

Si tener una compañera y un hijo implicaba sacrificar una parte de su alma, no quería tener nada que ver con aquello.

La mano de ella le acarició la mejilla. Ya no temblaba.

—Eres un buen chico. Siempre lo has sido, aunque tengas un modo curioso de demostrarlo.

Alex quería prometerse que iría muchas más veces de visita, que dejaría de ser un hijo ausente. Pero no tenía intención de hacer promesas que no pudiera cumplir, a pesar de sus buenas intenciones, así que se conformó con contar la verdad, teniendo en cuenta que ella había hecho lo mismo.

—He venido a casa porque he conocido a alguien que quiere este tipo de vida —arrugó la nariz y señaló la cocina—. Quiere la casa, el jardín y la estabilidad que adormece la mente. Y yo necesitaba recordar por qué había huido de todo eso y por qué no puedo compartir nada de eso con ella.

Su madre ladeó la cabeza y lo observó con una intensidad que lo puso nervioso.

—Ella quiere todo eso, pero ¿te quiere a ti?

Ahí estaba el problema.

No lo sabía.

Había presumido de pensar que ella lo quería a él como parte de su escenario de felices para siempre, pero ¿y si había interpretado mal la situación? ¿Y si estaba contenta con una aventura pasajera, con disfrutar un poco en el terreno erótico antes de asentarse con un hombre tranquilo que le daría la seguridad a largo plazo que ansiaba?

Había sido un idiota.

Y lo peor era que, después de haber ido a su casa y hablado con su madre, sentado allí en la cocina que resultaba tranquila más que hostil y recordando los buenos tiempos más que los malos, se daba cuenta de que tener un lugar donde echar raíces quizá no fuera tan malo después de todo.

La idea de verse atrapado en un lugar con una mujer le aterrorizaba. El miedo de que su relación se estancara, el miedo de que se impusiera la rutina o el miedo de que se distanciaran. Su peor puñetera pesadilla hecha realidad.

Les había ocurrido a sus padres, pero ahora sabía la verdad. Los problemas de su padre habían sido orgánicos, procedían de una enfermedad mental, y su madre se había quedado por elección. Ciertamente lo había hecho por amor, amor a su padre y a él, pero tolerar un matrimonio de ese tipo parecía un sacrificio gigantesco.

Alex no podía ser tan generoso. No podía introducirse en los planes de vida de alguien cuando tenía los suyos propios.

Pero ¿qué pasaría si seguía siendo nómada hasta que despertara un día y se diera cuenta de que había renunciado a una mujer maravillosa a cambio de una vida de... nada?

Su madre no había salido huyendo cuando la situación se había puesto fea. ¿Y si pasarse la vida huyendo de un posible dolor de corazón no era tampoco la respuesta para él?

—Creo que la expresión de tu cara lo dice todo —su madre puso la mano en la mesa con la palma hacia arriba y él no dudó en colocar la suya encima—. A mí me parece que has afrontado algunos de tus miedos viniendo hoy aquí. ¿Por qué no vas hasta el final y te arriesgas a amar?

Alex le apretó la mano, incapaz de encontrar palabras para contestar.

Él no amaba.

No podía.

Pero ¿y si ya lo hacía?

Capítulo 20

El día anterior, Charlotte había creído que era muy bonito que Alex hubiera tenido la consideración de darle el día libre.

La noche anterior había esperado una llamada suya. O un mensaje de texto. O algo. Cuando no había sabido nada de él, había asumido que su amabilidad incluía también mostrarse solícito sobre su cansancio y dejarla sola para que se acostara temprano. Y esa mañana llegaba al trabajo y descubría que él se había tomado dos días libres sin decir adónde iba.

No tan amable después de todo.

No debería haberle importado porque, en teoría, no tenían una relación de compromiso y no necesitaba darle cuentas de su paradero. Pero le importaba. Lo que probaba lo metida que estaba en aquella relación a pesar de todas sus afirmaciones de lo contrario.

Solo había un modo de sacárselo de la cabeza. Concentrarse en el trabajo.

No llevaba ni media hora en la oficina cuando se percató de que las conversaciones de todos giraban en torno a los ascensos. Sus compañeros de trabajo insistían en que el puesto de directora sería para ella, y aunque Charlotte fingía incertidumbre, en el fondo sabía que tenían razón. Había terminado todos los trabajos que Alex le había encomendado antes de llegar a Sídney. Se había esforzado mucho por los clientes, había ido más allá de lo que se esperaba de ella en todos los aspectos de las cuentas nuevas.

Merecía ese ascenso.

Si Alex lo anunciaba a su vuelta, ella no vacilaría en pagar la entrada para la casa. Se moría de ganas.

—¿Dónde está la carpeta Proudman? —preguntó a la recepcionista cuando no pudo encontrarla en su mesa.

—Alex estuvo trabajando en ella antes de irse —la recepcionista señaló el

despacho de él con el pulgar—. Seguramente siga en su escritorio.

—Gracias.

Charlotte entró en el despacho de Alex como si fuera lo más natural del mundo, cuando siempre que ponía los pies allí su corazón latía y se encabritaba como un caballo salvaje.

Ese escritorio...

Incluso después de que él se fuera, no podría mirarlo sin sonrojarse. Nunca, ni en sus sueños más salvajes, había pensado que podía ser el tipo de mujer que echara un polvo en una mesa, y menos en su lugar de trabajo. Pero se había vuelto loca desde que conoció a Alex, y la locura continuaba.

Odiaba pensar en el final de su aventura, pero esta había cumplido su propósito. La había despertado sexualmente, la había hecho sentirse cómoda consigo misma en lo relativo a los hombres y eso serviría para que pudiera socializar y salir con hombres sin sentirse torpe. Después de todo, pronto tendría la casa y después seguiría el hombre responsable.

Cuando se sorprendió pasando sin darse cuenta las manos por el escritorio, movió la cabeza para salir de su ensueño y empezó a buscar la carpeta Proudman. Alex seguramente se había marchado con prisa, porque las carpetas estaban apiladas encima de varios documentos en una especie de desbarajuste, sin un orden aparente.

Empezó a ordenarlas, colocando las carpetas en un lado y los documentos en otro en un montón. El encabezamiento en uno de los documentos le llamó la atención. Ascensos.

No debía mirarlo. No lo haría. Pero la curiosidad pudo más que ella y echó un vistazo rápido. Se quedó paralizada.

Él había hecho una lista de los ascensos en orden descendiente, de los puestos directivos para abajo.

Su nombre no estaba el primero.

Le había dado su trabajo, el que ella tanto se había esforzado por conseguir, a Dennis, un hombre al que había enseñado ella cuando había entrado a trabajar allí tres años atrás.

¿En qué mundo retorcido era posible que un hombre con menos experiencia que ella pudiera ser su jefe en un futuro inmediato?

Invadida por la rabia, flexionó los dedos y arrugó el papel. ¡Maldición! Lo alisó rápidamente y lo colocó en la parte inferior del montón. A continuación revisó las carpetas hasta encontrar la que quería.

Alex le había dado su puesto a otra persona cuando había insinuado varias veces que sería para ella.

¿Quería castigarla por algo?

Y de ser así, ¿por qué?

La rabia pronto dio paso a un sentimiento familiar, sentimiento que alteraba siempre su confianza en sí misma y la hacía sentirse indigna.

No merecedora.

Una vez más había hecho lo que podía y no había sido suficiente. Y esa vez, como había sido tan estúpida de meter su dolorido corazón en la ecuación, las consecuencias serían mucho peores.

Alex, al igual que sus padres, había considerado que no era lo bastante buena.

Y eso le dolía profundamente, hasta lo más hondo de su alma.

Regresó a su mesa muy alterada. Se sentó y fingió trabajar, cuando en realidad pasó la hora siguiente mirando por la ventana imaginando todos los modos en los que podía castigar a su jefe.

Empezando por acabar lo que había entre ellos.

¿En qué había estado pensando para meterse en una aventura breve, irracional y fútil que solo podía terminar mal?

No solo tendría que lidiar con un corazón roto, porque sí, había sido lo bastante estúpida como para enamorarse un poco de él, sino que además tendría que soportar trabajar a las órdenes de un tipo al que le habían dado el ascenso que se merecía ella.

—¡Mierda! —murmuró.

Golpeó el escritorio con ambos puños, con lo que solo consiguió que le escocieran las manos. Mejor eso que los ojos. Respiró hondo varias veces para reprimir las lágrimas.

Eso era lo que pasaba por alimentar esperanzas.

Era lo que ocurría por permitirse creer que las cosas serían distintas esa vez, que él vería su valía, que no encontraría carencias en ella.

Había sido una tonta.

Pero eso se había acabado.

Cortaría con Alex en cuanto él volviera.

Alex deseaba haber tenido pelotas para afrontar antes su pasado. Nunca se

había sentido tan ligero, como si se hubiera quitado un peso de los hombros. Ver a su madre y conseguir respuestas a preguntas que llevaban años atormentándolo le había dado una visión más clara del futuro.

No tenía que huir del compromiso por miedo a terminar como sus padres.

Solo tenía que cambiar los límites de lo que haría que una relación funcionara para él.

Estaba en la puerta del apartamento de Charlotte, esperando a que esta le abriera y se balanceaba sobre los dedos de los pies para controlar los nervios.

No se había molestado en ponerle un mensaje al aterrizar, había querido darle una sorpresa.

La proposición que tenía para ella era monumental. Enorme. De las que cambian la vida. Si ella aceptaba, claro.

Lo haría. Él se emplearía al máximo para convencerla.

Sabía que ella sentía más por él de lo que dejaba entrever. Lo había visto muchas veces en sus ojos. Y en el modo en que se había abierto a él y le había confiado sus sueños y esperanzas.

Podían hacer que aquello funcionara. No le cabía duda. Solo necesitaban tener fe.

Charlotte tardaba una eternidad en abrir, así que volvió a llamar, esa vez con más fuerza. Cuando por fin ella abrió la puerta, Alex soltó de golpe todo el aire que había en sus pulmones.

La joven llevaba una toalla de baño larga, que ocultaba más de lo que mostraba, pero él sabía lo que había debajo y eso bastaba para borrar de su cabeza cualquier amago de pensamiento racional.

—Hola —dijo ella.

A Alex no le dio tiempo a decir mucho más. Entró, cerró la puerta con el pie y la abrazó.

Captó recelo en sus ojos y pensó que probablemente estaría furiosa con él por haberse ido sin decirle adónde. Pero captó también algo que le dio más miedo. Tristeza. Como si ella supiera que su tiempo juntos tocaba a su fin.

Si de él dependía, no sería así, así que se dispuso a mostrarle lo especial que era para él.

La tomó en sus brazos y la besó en la boca, saboreando el modo en que ella se abrió a él instantáneamente, con sus lenguas enredándose como si llevaran años sin besarse. Solo habían sido unos días, pero parecía una eternidad y él deslizó las manos debajo de la toalla, le agarró el trasero y la levantó en vilo.

Ella gimió cuando él la giró y la apoyó en la puerta. Y gimió más cuando él deslizó una mano entre ellos para tocar el clítoris, el botón hinchado y ya mojado.

Su beso se hizo más apasionado, hasta el punto de que él ya no podía respirar. Le dio igual. Siguió haciendo círculos precisos en aquel botón hasta que ella se deshizo con un gemido fuerte.

Se agarró a los hombros de él mientras Alex se ponía un preservativo y la penetraba, pensando que jamás se cansaría de entrar en ella. Parecía estar hecha para él.

Le clavó los dedos en el trasero y la levantó más, cambiando el ángulo de penetración. Charlotte le abrazó la cintura con las piernas, apretó fuerte y él soltó un gemido profundo.

Cada embestida lo acercaba más al final. Demasiado deprisa. No lo bastante deprisa. La fricción exquisita de su polla dentro de ella desencadenó una reacción que le nubló la mente hasta que solo fue capaz de pensar en ella y en aquello. En ese presente.

En algún momento le besó la mandíbula hasta la oreja, donde le murmuró lo que sentía en ese momento.

—Podría follarte así eternamente.

La joven ladeó la cabeza con un grito estrangulado, arqueó la espalda y pegó la pelvis a la de él. Aquello bastó para precipitarlo al orgasmo, con una explosión de calor que cegó a todo lo demás en el momento en el que se corría más fuerte que nunca en su vida.

Charlotte se dejó caer contra él, floja en sus brazos. La abrazó, sabiendo que jamás podría alejarse de ella por mucho que lo asustara pensar en algo duradero.

Cuando empezaron a dolerle los brazos de sostenerla, la depositó en el suelo con gentileza. Ella había perdido la toalla en algún momento, con lo que estaba gloriosamente desnuda. Alex se permitió un momento para apreciar su piel cremosa, los pezones erguidos, los pechos perfectos.

—¡Qué hermosa eres! —la besó en los labios—. Vuelvo en un momento.

Se limpió en el cuarto de baño, se echó agua en la cara para lavar el cansancio del avión y, cuando volvió, ella estaba sentada en el borde de un sillón, completamente vestida con pantalones de chándal y sudadera con capucha.

—Te prefiero con esa toalla —dijo él. Se sentó en el sofá y golpeó con la

mano el punto vacío a su lado.

Cuando ella no se movió, se dio cuenta de que no había pronunciado ni una palabra desde su llegada.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Muy bien.

No lo parecía. Su voz sonaba tensa y controlada.

—Un día ajetreado, estoy cansada.

—Yo también —repuso Alex.

Ignoró las campanadas de alarma que sonaron en su cabeza. Normalmente, después de hacer el amor, ella estaba encima de él, quería tocarlo y acurrucarse. Ese día su postura rígida y sus labios apretados lanzaban otro mensaje muy distinto.

Estaba furiosa con él por haberse marchado sin una explicación, así que le daría una.

—He ido un par de días a casa. Un viaje que surgió de pronto. Siento no habértelo dicho.

Charlotte enarcó una ceja.

—No me debes explicaciones.

¡Caray! Estaba muy cabreada.

—Tenía que ver a mi madre y aclarar algunas cosas —continuó él.

—Bien —una respuesta breve y seca.

—He venido directamente desde el aeropuerto porque quiero pedirte algo.

Respiró hondo y se lanzó en picado.

—Cuando me marche de Sídney, quiero que vengas conmigo. Que vivas una temporada viajando, compartamos algunas aventuras... —se interrumpió al ver que ella lo miraba con la boca abierta. Parecía estar impactada, pero no para bien.

Daba la impresión de que estuviera muy irritada, como si la hubiera molestado de algún modo. Su mirada bordeaba el odio.

¡Joder!

¿Había interpretado él mal su relación? ¿Lo había entendido todo mal?

Había asumido que le gustaba, que ella quería algo más que una relación pasajera. Su oferta de que formara parte de su vida era lo más cerca que había estado nunca de un compromiso a largo plazo con una mujer.

Afrontar sus miedos enraizados en el pasado lo había liberado, le había dado el coraje de abrazar un futuro nuevo con ella.

¿Pero y ella no lo quería?

—Di algo —musitó, con un tono de desesperación que no le gustó nada.

Charlotte apretó las manos en su regazo con fuerza. Tenía el ceño fruncido.

—¿Lo has hecho por eso? —preguntó.

—¿Hacer qué?

—¿Le vas a dar el puesto de director a Dennis Boage para que sea más probable que deje mi trabajo y me vaya a viajar contigo en un impulso?

No gritaba. Alex podría haber manejado furia irracional si hubiera gritado. Pero su tono helado y distante le asustaba tanto como la desolación de su mirada.

—¿De qué hablas?

—¡Lo he visto! —ella se levantó de un salto, mostrando por fin alguna señal de desafío—. Tu lista de ascensos, con mi nombre debajo del suyo.

Rodeó la mesita de centro y se acercó a él con los brazos en jarras, magnífica en su ira.

—Sabes lo que significa ese ascenso para mí, cuánto me importa comprar esa casa, ¿y me haces algo así?

Alex se levantó despacio, con una mezcla de incredulidad e indignación. ¿Tenía tan baja opinión de él que lo creía capaz de jugar con su carrera en provecho propio?

—¿Crees que esto es algún tipo de estratagema? —le tocó a él recurrir a la rabia, con un desdén frío inundando sus venas—. He venido directo desde el aeropuerto porque no podía esperar a estar contigo, a pedirte que continuáramos esta conexión fantástica que tenemos. ¿Y qué me encuentro? Acusaciones.

Se pasó una mano por el pelo.

—¡Joder! —murmuró entre dientes, incapaz de entender cómo había podido equivocarse tanto con aquella situación.

Por eso no quería compromisos emocionales nunca.

—¿Quizá si no te hubieras dedicado a espiar en mi escritorio te hubieras mostrado más proclive a mi propuesta? —preguntó. Notó que ella se ponía rígida—. O quizá no, teniendo en cuenta la baja opinión que tienes de mí.

Movió la cabeza.

—El documento que viste es una lista que hice al principio, cuando acepté el puesto. Las decisiones se basaban únicamente en las recomendaciones del antiguo director. Pero yo no trabajo así, ya te lo dije —se golpeó el pecho—.

Tomo mis propias decisiones. Tú me has visto hacerlo. He evaluado a todos de un modo justo. Incluida tú.

La apuntó con un dedo.

—Tú dijiste que podíamos tener una aventura fuera del trabajo. Dijiste que no mezclaríamos una cosa con la otra.

Se apartó de ella. La expresión pétrea de la joven mataba la poca esperanza que albergaba aún.

—Yo he cumplido mi palabra y mantenido el trabajo separado del placer. ¿Puedes tú decir lo mismo?

Se acercó a la puerta, deseando que ella dijera algo, lo que fuera, pero algo que arreglara aquello. Que dijera que estaba equivocado y ella sentía algo por él, que quería viajar, tener aventuras y ser su compañera el tiempo que fuera.

Cuando llegó a la puerta, ella seguía sin hablar.

Y Alex se alejó sin mirar atrás.

Capítulo 21

La confusión inicial que le invadió el cuerpo a Charlotte cuando se marchó Alex no tardó en dar paso a temblores y ella se dejó caer en el sofá y se abrazó el cuerpo con fuerza.

Estaba tan mareada que la habitación le daba vueltas y las náuseas le tensaban el estómago.

Se sentía enferma, como si hubiera ingerido *sushi* podrido, algo que había hecho una vez por accidente y no había olvidado nunca. Pero aquella vez no había sentido dolor en el pecho y ahora casi no podía respirar por el dolor que le oprimía los pulmones como si hubiera una venda que se fuera apretando progresivamente en torno a sus costillas.

Alex había ido allí a ofrecerle el mundo.

Y ella se lo había arrojado a la cara.

Nunca olvidaría su expresión cuando le había dicho la verdad. Desprecio absoluto.

Las lágrimas que estaba reteniendo rodaron por sus mejillas. Era la segunda vez en una semana que lloraba. Ella, que consideraba las lágrimas un desperdicio y pensaba que era mucho mejor seguir con el trabajo. Establecer objetivos. Trabajar duro. No lamentarse por carecer de familia, novio o vida amorosa.

Pero nunca se había sentido de ese modo. Abandonada. Sufriendo por la pérdida de algo, de alguien, maravilloso.

Su ordenador pitó sobre la mesa y se iluminó la pantalla, indicando que tenía una videoconferencia. De sus padres.

¡Mierda!

No llamaban casi nunca, excepto en los días obligados de cumpleaños y Navidad. Aquella llamada intempestiva solo podía significar una cosa.

Problemas.

Miró fijamente la pantalla, con ganas de ignorar la llamada. Pero lo inesperado del hecho le creaba ansiedad y no necesitaba más preocupaciones cuando pasara toda la noche despierta.

Se secó los ojos con el borde de la capucha y enderezó los hombros. Podía hacerlo. Hacía muchos años que había dominado el arte de fingir indiferencia hacia sus padres, de hacer creer que su abandono no le había dolido.

Pulsó el botón de contestar y esperó a que aparecieran sus caras en la pantalla. ¿Dónde estaban en aquel momento? ¿España? ¿Marruecos? ¿Nepal? Había perdido la pista de sus destinos después de un tiempo y solo miraba sus postales por encima antes de guardarlas en una caja.

De niña habían sido una gran alegría, postales que mostraban imágenes interesantes de lugares exóticos. Todos los días corría al buzón con la esperanza de recibir una, pero a medida que pasaba el tiempo sin que volvieran sus padres, había llegado a odiar esas postales, la prueba tangible de que a sus dos vínculos biológicos más próximos ella les importaba una mierda.

Podía contar con una mano la cantidad de veces que habían ido a visitarla a Sídney. La habían dejado con Dee el día después de su sexto cumpleaños y habían regresado a intervalos de dos años, normalmente una semana como máximo, hasta que cumplió los dieciséis. Para entonces ella ya no podía ocultar su aversión y ellos habían dejado de visitarla.

Pero las condenadas postales llegaban todavía con regularidad. Nada de correspondencia digital en su caso. ¿De verdad eran tan despistados que no comprendían que cada uno de esos rectángulos de cartón eran como un cuchillo en su corazón, un recordatorio de cómo le habían dado la espalda a su única hija?

Sus rostros aparecieron por fin en la pantalla y ella forzó una sonrisa.

—Hola, nómadas.

Casi nunca los llamaba ya mamá y papá. No le parecía bien, pues estaban tan lejos de ser verdaderos padres que no tenía gracia.

—Hola, querida.

Otra falsedad. Siempre la llamaban así y la molestaba tanto a los veinticinco años como cuando era adolescente.

—¿Va todo bien? —preguntó, intentando reprimir su amargura.

—Muy bien —repuso su madre, que no parecía ni un día más vieja que la

última vez que habían llamado cinco meses atrás. Su pelo rubio tenía algunos mechones grises, pero sus ojos de color avellana brillaban de alegría—. Hemos pensado llamarte para darte la noticia.

A Charlotte se le oprimió el corazón. Con los años se había vuelto inmune a las «noticias» de sus padres, que normalmente consistían en que querían conquistar otro nuevo destino remoto.

—¿Qué noticias?

¿Creían que estaba sinceramente animada o notaban que lo fingía? Después de lo que había pasado con Alex, le daba igual. Su vida se derrumbaba y ellos no tenían ni idea porque no habían estado allí el tiempo suficiente para llegar a conocer a su hija.

—Nos han concedido una beca para abrir una pequeña escuela en Papúa Nueva Guinea —su madre se apoyó en su padre, que la miraba como si hubiera creado la luna—. Es una oportunidad increíble de trabajar con los niños de allí y lo mejor de todo es que estaremos más cerca de ti.

Su madre se frotó las manos y su padre se inclinó hacia la pantalla.

—¿No es genial? Podremos ir de visita más a menudo. A ver a nuestra chica favorita.

Un resentimiento de largo tiempo le quemaba las entrañas a Charlotte. ¿Su chica favorita? Ella era su única chica y nunca les había importado una mierda.

—Te echamos de menos, querida —su madre le sopló un beso y su padre la imitó un momento después—. ¿Crees que podrías venir a visitarnos y ver lo que hacemos? ¿Captar un poco del sacrificio que hicimos dejándote atrás pero de lo mucho que hemos ayudado a niños menos afortunados?

Los dos la miraban con una felicidad tan evidente, que Charlotte sintió los primeros brotes de algo parecido al anhelo.

¿Cómo sería vivir la vida al máximo como sus padres? ¿Querer hacer el bien a otros? ¿Qué no te importaran las posesiones ni ahorrar para el futuro? ¿Vivir con la maleta a cuestas, sin pensar en pagar hipotecas ni facturas ni en la pensión de jubilación?

Siempre se había mofado de su estilo de vida porque creía que eran frívolos y estúpidos por su incapacidad de hacer planes para el futuro. Los había catalogado de egoístas por seguir su propio camino y abandonarla a ella para hacerlo.

Pero oírles decir que habían hecho un sacrificio dejándola atrás para ayudar

a otros menos afortunados le hizo pensar.

Nunca se le había ocurrido eso. Para empezar, porque había estado demasiado absorta en su autocompasión y en atribuir sus vagabundeos al egoísmo, no al altruismo.

¡Cómo había anhelado de niña tener unos padres normales! Padres que fueran a las sesiones de información del colegio, que fingieran ser el conejito de Semana Santa, el ratoncito Pérez o Papá Noel. Padres a los que les importara su hija.

Dee la adoraba, siempre lo había hecho, y el sentimiento era mutuo. A Charlotte no le había faltado de nada y su tía se había convertido en la madre que no había tenido. Pero por muy cariñosa que hubiera sido Dee, Charlotte jamás había podido olvidar que sus padres preferían cuidar a extraños antes que a su propia hija.

—¿Va todo bien? —su padre se inclinó de nuevo hacia la pantalla, una costumbre que a veces le gustaba a la joven—. Pareces disgustada.

—Estoy bien, papá.

Vio la mirada que intercambiaron sus padres, como si no se tragaran su excusa ni por un segundo. Buen momento para que descubrieran de pronto el gen de la maternidad y la paternidad.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó su madre, como siempre que hablaban. No tenían mucho en común y su madre había descubierto pronto que era mejor no preguntarle por su vida social... o la ausencia de vida social.

—Va bien.

—Es la segunda vez que dices «bien» en treinta segundos —su padre la apuntó con el dedo—. Señal segura de que no lo estás.

Charlotte no tenía intención de contarles el lío que había hecho con su vida amorosa, así que cambió de tema.

—Contadme más de ese proyecto en Papúa Nueva Guinea.

Aquello funcionó de maravilla, con sus padres turnándose para hablarle de la escuela que imaginaban y entusiasmándose cada vez más a medida que hablaban.

Charlotte apenas oía la mitad de lo que decían, ocupada como estaba en observar su lenguaje corporal. Se tocaban constantemente, se apoyaban el uno en el otro y se terminaban mutuamente las frases. Su padre besó a su madre dos veces, una en la cabeza, cuando ella se acurrucó contra él, y otra en la mejilla, cuando ella lo miró con adoración.

Entonces fue cuando a Charlotte la asaltó una idea.

Quizá recorrer juntos el mundo no había tenido nada que ver con abandonarla a ella.

Tal vez tenían una conexión tal que no necesitaban a nadie más en sus vidas.

¿Cuántas parejas seguían pareciendo tan enamoradas después de veintinueve años de matrimonio? No se le ocurría ninguna. Sus compañeros de trabajo a menudo criticaban a sus esposas y Dee ese se había divorciado a los veinticuatro años después de dieciocho meses de matrimonio.

Y allí estaban sus padres, aparentemente muy felices con sus elecciones de vida. Quizá no los perdonara nunca por haberla abandonado, por haber elegido su estilo de vida antes que a ella, pero acababa de darse cuenta de algo.

Su alegría de vivir se mostraba en sus palabras y en sus actos. Prácticamente resplandecían con ella.

Charlotte había elegido un objetivo contrario, hacer lo opuesto que ellos. Había elegido seguridad, estabilidad y una casa por encima del viaje y la aventura. Ahorrar en lugar de despilfarrar el poco dinero que tenía. Encontrar un hombre tranquilo y de fiar y crear una relación basada en la confianza y la amistad más que en una gran pasión.

Lo tenía todo calculado.

¿Por qué, entonces, tenía la sensación de que se había timado a sí misma?

¿Tal vez debería intentar emular el matrimonio y el estilo de vida de sus padres en lugar de huir de él?

Alex le había ofrecido esa oportunidad y ella la había rechazado. A un hombre que había sido totalmente sincero con que no quería compromisos a largo plazo no debía de haberle resultado fácil dar un vuelco tan completo y pedirle que se fuera con él.

En el momento de la propuesta, ella estaba enfadada, segura de que él le ofrecía la relación para compensar por haberle quitado el ascenso y haber comprometido así su futura hipoteca en la casa de sus sueños.

¿Pero y si estaba equivocada?

¿Y si Alex le había pedido que lo acompañara en sus viajes porque sentía que su conexión era mucho más profunda que el sexo?

Ella lo sentía así. ¿Por qué no iba a sentirlo él?

—Creo que vuestros planes son maravillosos, mamá y papá, pero tengo que irme. Lo siento. Hablaremos pronto.

Lo decía en serio, pero desconectó la llamada antes de que pudieran seguir hablando.

Tenía cosas que hacer. Cosas importantes.

Empezando por mostrarle a Alex que era el tipo de mujer que corría riesgos.

Capítulo 22

Alex había hecho muchas cosas impulsivas en su vida.

Comprar una casa no era una de ellas.

Pero tenía que hacerlo, porque si no lo hacía, perdería a Charlotte, y eso no podía ser.

Después de salir como una tromba de su apartamento, condujo sin rumbo, decidido a despejarse la mente. Giró donde no debía en una de las infames calles de dirección única de Sídney y acabó teniendo que ir por Harbour Bridge hasta Manly. Aparcó, se quitó los calcetines y los zapatos, se enrolló las perneras de los pantalones y caminó por la playa. Algo que raramente hacían hombres con traje, a juzgar por la cantidad de personas que lo miraban con extrañeza.

No supo si fue el aire fresco del mar, la sensación de la arena en los dedos de los pies o el simple hecho de caminar por placer y no para llegar a alguna parte, pero cuando volvió a su coche, la rabia había dado paso a la determinación.

Se había alejado del compromiso toda su vida. Había puesto muchas excusas, principalmente ante sí mismo, para no comprometerse a nivel sentimental con una mujer. Pero quería tener algo más que una aventura con Charlotte y, si ella no había aceptado su primera oferta, esa vez le haría una que no podría rehusar.

La joven valoraba la estabilidad, él no.

¿Y si pudieran encontrarse a medio camino?

Tardó dos horas en hacer el trato, firmar los papeles y legalizarlos para poder presentarle las pruebas tangibles de hasta dónde estaba dispuesto a llegar por ella.

No tenía ni idea de si llegaría a casarse, pues no podía eliminar todas sus

neurosis a la vez, pero admitir que la quería sería un buen comienzo. Sería suficiente por el momento.

Con los documentos en el bolsillo de la chaqueta, volvió velozmente al apartamento de ella.

Y se encontró con un juego decrépito de tres maletas en la puerta.

¡Mierda! No supo qué pensar al ver las maletas. ¿Ella se machaba? Quizá no lo quería después de todo.

La determinación de acero a la que había recurrido tantas veces en los negocios venció a sus dudas momentáneas.

Solo había un modo de averiguar lo que sentía ella de una vez por todas.

Golpeó la puerta y le sorprendió ver que se abría.

—¿Charlie? —llamó, entrando en el apartamento.

—Aquí —respondió ella, desde detrás de la puerta entreabierta del dormitorio.

Alex cerró la puerta principal y fue en su busca. Entró en el dormitorio y se detuvo al ver el desastre que había allí.

Montones de ropa desordenada por el suelo. Zapatos esparcidos por todas partes. Y tres maletas de marca que ocupaban un lugar de honor en la cama, abiertas y listas para ser llenadas.

—¿Vas a alguna parte? —él señaló las maletas con el corazón en un puño. ¿Había empezado ella a recoger para mudarse a la casa de sus sueños?

—Sí —Charlotte dejó un vestido verde que había visto tiempos mejores en un montón detrás de ella.

—¿Adónde?

—Aún no lo sé —la joven lo miró, dudosa—. Eso depende de ti.

—¿De mí? —preguntó él.

No se atrevió a albergar esperanzas. Todavía no. Ya había cometido el error de asumir demasiado, ¿y adónde le había llevado eso? A ninguna parte.

—No podía acompañarte en una aventura con esas maletas viejas, así que he invertido una parte importante de la entrada de mi casa en maletas nuevas —señaló las que había sobre la cama—. Así que más vale que todavía quieras llevarme de viaje contigo, porque si no, tendré tres maletas nuevas y ningún lugar al que ir.

Alex habría podido aullar de alegría.

Charlotte sentía también aquel sentimiento indescriptible y embriagador que desafiaba a la lógica. El tipo de sentimiento que los impulsaba a hacer cosas

extravagantes como despilfarrar parte de la entrada de la casa en maletas de diseñador. Como él comprando una casa.

—Te llevaré dondequiera que vaya —dijo, intentando mostrarse indiferente cuando sacó los documentos del bolsillo y se los tendió—. Pero antes quizá quieras echar un vistazo a esto.

—¿Billetes de avión? —la sonrisa suave de ella lanzó algo directo al corazón de él, algo que se instaló allí y que él jamás conseguiría expulsar.

Aquella mujer increíble estaba dispuesta a renunciar a sus sueños para estar con él. Y él se encargaría de que esa fe en él valiera la pena.

—No. Míralo.

Charlotte desdobló el papel, lo leyó rápidamente y él vio el momento exacto en el que asimiló lo que era.

—No te creo —susurró. Le temblaban las manos cuando releyó el documento y luego soltó un grito agudo—. ¿Has comprado la casa de mis sueños y la has puesto a mi nombre?

—Sí. Como dudabas de mis intenciones, tenía que hacer algo extravagante para probarte cuánto te quiero.

—Me quieres —murmuró ella, moviendo la cabeza como si quisiera despejarla—. No me puedo creer esto.

—Créelo, cariño —dijo él, apartando ropa con el pie en su camino hacia ella—. Así siempre tendrás la casa. Y quién sabe, puede que un día me dejes vivir en ella contigo. Pero por el momento, viajemos un poco y divirtámonos —se detuvo a medio metro de ella, ansiando abrazarla—. Sabiendo que tendrás un puesto de dirección esperándote cuando vuelvas a The Number Makers.

A ella le tembló el labio inferior y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eres el hombre más increíble que he conocido y no sé cómo darte las gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Comprar una casa no es nada.

—No hablo de la casa y lo sabes —ella se adelantó, apoyó las manos en el pecho de él y lo miró maravillada—. Me has despertado al sexo. Me has dado confianza en mí misma, me has hecho sentir valiosa por primera vez en mi vida. Y, sobre todo, me has hecho correr el riesgo de enamorarme de un nómada.

Alex sonrió como un idiota.

—O sea que tú también me quieres, ¿eh?

—Claro que sí. Y pienso demostrártelo de todos los modos posibles en todas las ciudades y en todos los países que visitemos —subió lentamente las manos hasta la cara de él—. Y no te preocupes, la única ropa interior que pienso llevar será lencería sexy.

Alex rio, la abrazó por la cintura, la alzó en vilo y giró con ella hasta que ambos estuvieron mareados.

Cuando se detuvieron, apoyó la frente en la de ella.

—Mi propio juguete, completo con accesorios lascivos. ¿Cómo puedo tener tanta suerte?

—Estás a punto de tener más todavía —dijo ella. Quitó las maletas de la cama, lo empujó sobre ella y se sentó a horcajadas encima de él—. Durante el resto de tu vida, si me aceptas.

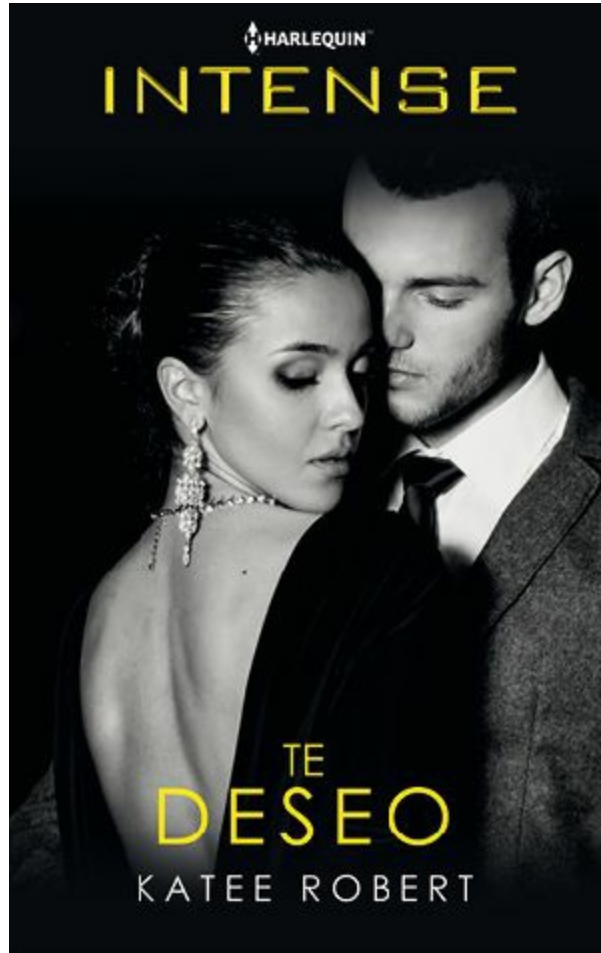
—¿O sea que soy el hombre de tus sueños? —él se incorporó sobre los codos y miró con interés lascivo cómo se quitaba ella la camiseta y la tiraba al suelo.

—Eres todos los sueños y todas las fantasías que he tenido en mi vida juntos —ella se desabrochó el sujetador y este siguió el mismo rumbo que la camiseta, con lo que mostró sus pechos desnudos—. Y me muero de ganas de compartir muchas aventuras contigo.

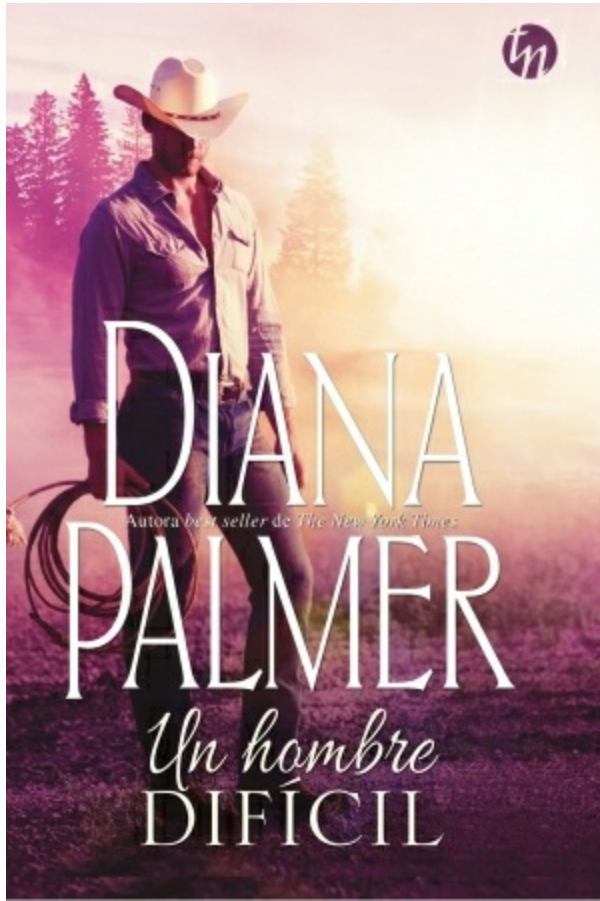
Alex extendió los brazos. Quería que ella llenara sus manos como había llenado su corazón.

—Empezando ahora —dijo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



tn

DIANA
Autora best seller de The New York Times
PALMER
Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

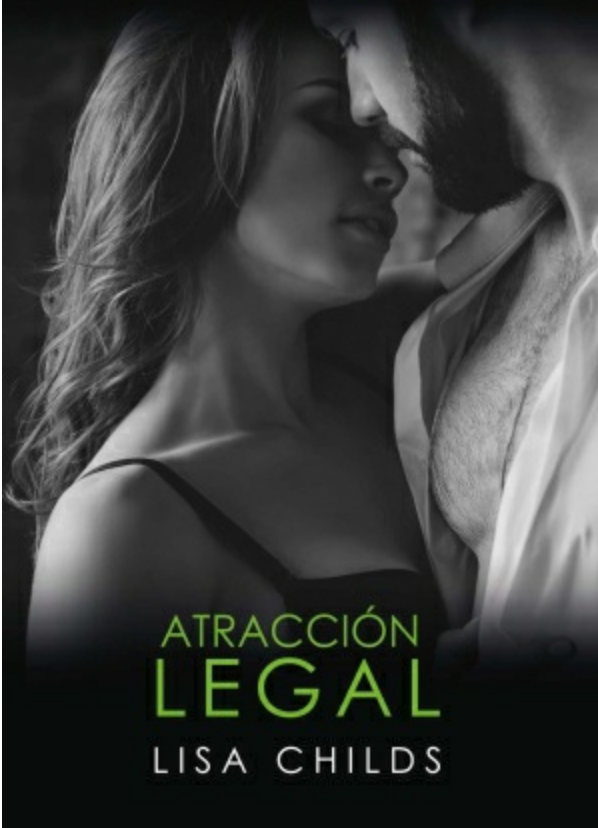
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

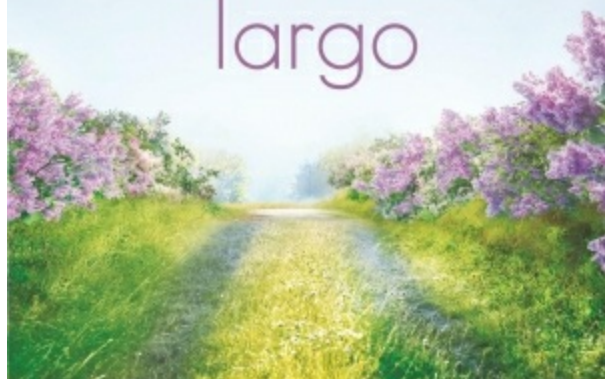
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)